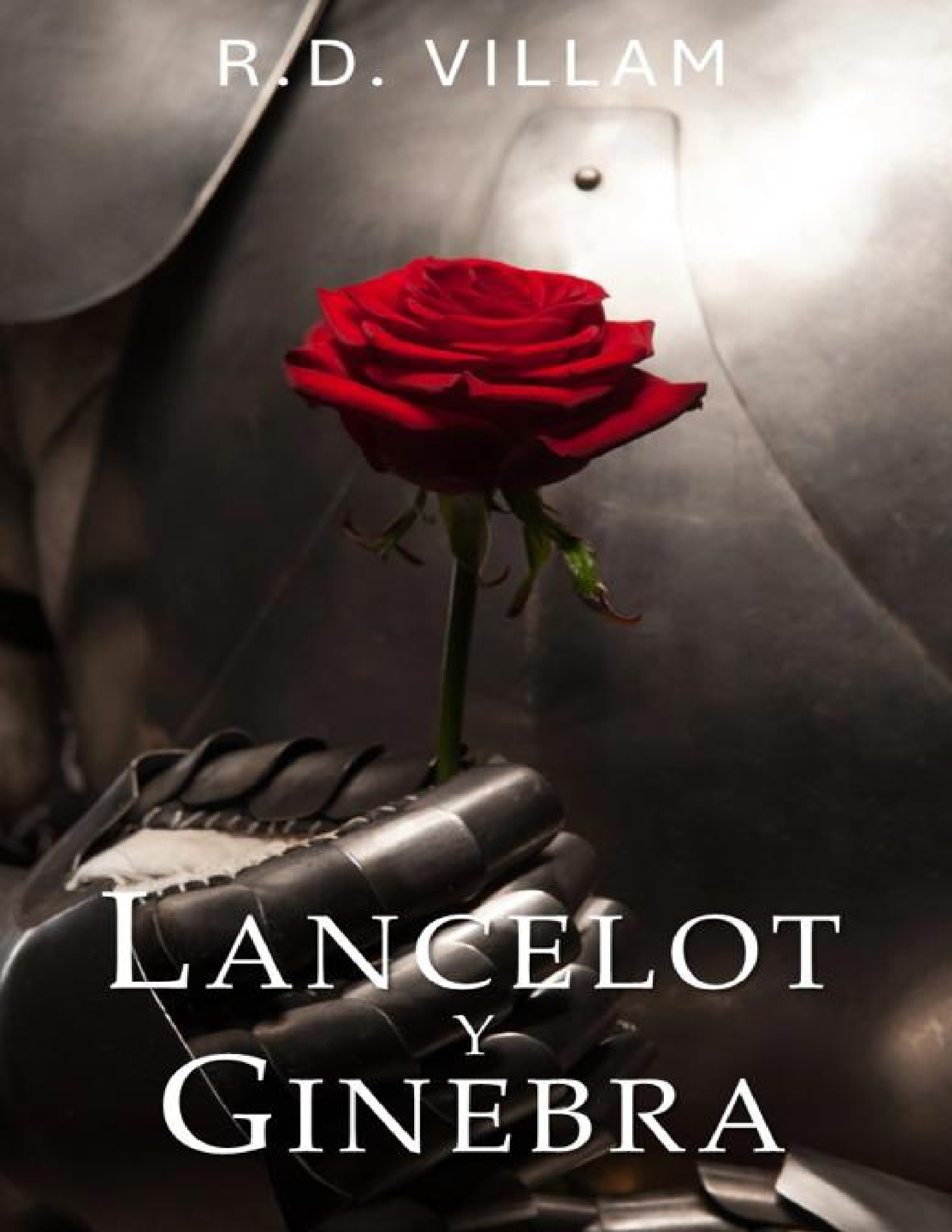

R.D. VILLAM
LANCELOT
Y
GINEBRA

R.D. VILLAM

Lancelot y Ginebra

Copyright © 2024 by R.D. Villam

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

R.D. Villam asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

Momento

Anhelo

Señales

Viaje

Fuego

Danza

Beso

Misión

Espejo

Cartas

Castillo

Desenlace

Por Amor

Exilio

Llamada

Esperanza

Fin

Camino

Futuro

Paz

Oración

Libre

Descanso

Enamorados

Momento



Se dice que todo caballero sueña con un momento en el que el tiempo se ralentiza y el mundo se desvanece—cuando el estruendo de las espadas, las charlas de los cortesanos e incluso el rugido de su propio estómago dejan de existir. Siempre pensé que era pura tontería poética, inventada por bardos y juglares desesperados por impresionar a damas con tendencia a desmayarse. Pero entonces la vi.

Allí estaba yo, de pie en el gran salón de Camelot, acabando de regresar de mi última aventura—una odisea angustiante que involucraba a una doncella, un dragón y una raíz de árbol particularmente terca que casi me hizo terminar mi búsqueda de cara al barro. Mi armadura, aún cubierta con los restos de dicha aventura, brillaba más por el sudor de la batalla que por cualquier pulido, pero estaba demasiado cansado para preocuparme. No deseaba nada más que una copa de vino y una larga siesta sin interrupciones.

Y entonces, cuando crucé el umbral del salón, ella entró en mi campo de visión. Sin fanfarria, sin coros celestiales, solo un simple momento—parpadeas y te lo pierdes. Pero para mí, fue *el* momento.

Ginebra.

Era la nueva reina, por supuesto, recién casada con Arturo desde hacía unas pocas semanas, pero en ese instante, los títulos y formalidades se evaporaron. Lo que vi no fue a una reina, sino a una mujer—no, a una visión—tan impresionante que incluso el poeta más elocuente se quedaría sin palabras. No estaba envuelta en las joyas y sedas que uno podría esperar; en su lugar, llevaba un vestido del azul más suave, un color que parecía reflejar los mismos cielos de Avalón. Su cabello, oscuro y suelto, enmarcaba un rostro que solo podría haber sido creado por los dioses con un sentido del humor particularmente bueno, como si dijeran, *A ver cómo manejan estos mortales esta.*

No fui la excepción a su cruel broma. Me quedé allí, completamente pasmado, con la boca abierta como un puente levadizo ante un ejército invasor. Mi mano, que estaba a medio camino de ajustar mi abollada coraza, se congeló en el aire. El gran Lancelot, el matador de dragones y campeón de torneos, reducido a un tonto balbuceante en cuestión de segundos.

Y entonces, justo cuando pensaba que la situación no podía empeorar, nuestras miradas se cruzaron. Los ojos de ella eran de un verde profundo y penetrante—esmeraldas que parecían ver a través de las capas de metal deslustrado y la túnica empapada de sudor, hasta el corazón del hombre en el que de alguna manera me había convertido. Durante un breve y aterrador momento, estuve convencido de que podía ver cada pensamiento ridículo que había cruzado por mi mente, desde preguntarme si los dragones preferían a los caballeros poco hechos o bien cocidos, hasta contemplar los méritos de dejarme crecer una barba para cubrir mi barbilla perpetuamente magullada.

Pero en lugar del ridículo que merecía, sus labios se curvaron en una sonrisa—una sonrisa tan cálida y sincera que se sintió como una manta envolviendo mi alma cansada de la batalla. Y con esa sonrisa vino una chispa, una pequeña llama que encendió algo dentro de mí que no tenía nada que ver con la caballería, el honor o los caballeros de la Mesa Redonda.

Oh no, esto era algo completamente diferente—algo mucho más peligroso.

—Sir Lancelot —dijo ella, con una voz suave como el mejor hidromiel, y tan embriagadora como éste—. He oído que has regresado victorioso.

Por un momento, consideré hacerme el interesante—ofrecer un comentario ingenioso o una broma encantadora, algo que la hiciera reír y verme como algo más que otro bruto armado. Pero lo único que salió fue un gruñido que fácilmente podría haber sido confundido con los estertores de muerte de un buey.

—En efecto, mi señora —finalmente logré balbucear, inclinándome tan apresuradamente que mi casco se deslizó hacia adelante, obstruyendo mi visión. Cuando me enderecé, me encontré con su risa—musical, contagiosa y absolutamente devastadora.

Y así, el gran Lancelot del Lago quedó completamente, irrevocablemente condenado.

Mientras la veía alejarse para saludar a los demás en el salón, sentí algo cambiar dentro de mí, algo que en ese momento no pude poner en palabras. Todo lo que sabía era que mi vida, que hasta entonces había estado definida por el estruendo de las espadas y la emoción de la batalla, estaba a punto de tomar un rumbo muy diferente.

Para bien o para mal, había encontrado la única cosa más peligrosa que cualquier dragón: el amor. O al menos, algo peligrosamente parecido.

Y así comenzó mi tormento silencioso, mientras me quedaba allí en mi armadura abollada, ya no el caballero invencible que siempre había pensado ser, sino más bien un hombre que acababa de vislumbrar su propio corazón reflejado en los ojos de una reina.

Que el cielo me ayude.

* * *

Es curioso cómo uno puede sentirse completamente en control en un momento y luego, con una sola mirada, ser arrastrado a un torbellino de confusión. Como Reina de Camelot, estaba acostumbrada al orden, a saber mi lugar, y a tener un firme control sobre las riendas de mi vida. Pero entonces llegó Sir Lancelot, y toda mi cuidadosamente construida compostura salió galopando hacia el horizonte sin siquiera mirar atrás.

La primera vez que lo vi, estaba preparada para quedar impresionada. Arturo había hablado muy bien de su caballero favorito, pintándolo como un ejemplo de caballerosidad, valentía y, me atrevo a decir, modestia. Oh, cómo hablaba Arturo de esa última cualidad. El mejor caballero de toda la tierra, y sin embargo tan humilde, tan modesto. Francamente, esperaba encontrarme con un hombre que inclinaría la cabeza tan bajo que quizá nunca volvería a enderezarse.

En cambio, lo que me encontré fue a un hombre que parecía haber regresado de una batalla con todo el bosque y haber salido perdiendo. Allí estaba, medio oculto bajo un casco que parecía decidido a tragarse su rostro, con una armadura que se asemejaba más a un rompecabezas que a un traje de acero. Y aun así, a pesar de todo eso, había algo en él que captó mi atención y la mantuvo firmemente.

Quizás fue la manera en que parecía tan… bueno, tan humano. Para entonces, había conocido a muchos caballeros, todos ellos ansiosos por demostrar su valía, por alardear de sus hazañas y por desfilar en armaduras relucientes que probablemente veían más pulido que batalla. Pero Lancelot era diferente. No estaba posando, no intentaba impresionar. Simplemente… estaba allí, un poco desaliñado por los bordes, y con la apariencia de alguien que había vagado accidentalmente en el castillo equivocado y no estaba del todo seguro de cómo salir.

Y luego estaban sus ojos. Cuando finalmente logró levantar ese absurdo casco, los vi—de un azul claro y, para mi sorpresa, llenos de una vulnerabilidad que no esperaba. Era como si estuviera buscando algo, y no pude evitar preguntarme si lo encontró en mí. Ese pensamiento, por ridículo que fuera, me envió un escalofrío que no había sentido desde mi infancia, cuando cada nuevo día prometía una aventura.

Me habló, eventualmente. Un simple saludo, nada más, pero la manera en que tropezó con sus palabras, como si cada una fuera un arma nueva y desconocida, me hizo sonreír. Había algo entrañable en su torpeza, una especie de sinceridad torpe que lo distinguía de los caballeros pulidos y elegantes a los que me había acostumbrado.

Reí—oh, no pude evitarlo—y por un fugaz momento, vi un destello de algo en sus ojos. ¿Era miedo? ¿Incertidumbre? ¿O tal vez algo más profundo, algo que reflejaba mi propia confusión? Lo que fuera, desapareció tan rápido como llegó, reemplazado por una apresurada reverencia y una retirada aún más apresurada. Parecía un hombre que acababa de darse cuenta de que había dejado sus pertenencias más importantes en un edificio en llamas.

Mientras lo veía irse, sentí un extraño tirón en mi corazón, una sensación que tanto me intrigaba como me inquietaba. ¿Qué era lo que me atraía de este hombre? ¿Era su fuerza, templada por esa vulnerabilidad inesperada? ¿O era algo más, algo que no podía nombrar, pero que me hacía querer saber más?

Siempre me había enorgullecido de ser una mujer de razón, alguien que podía mirar una situación y verla por lo que era, sin dejarse llevar por el sentimentalismo. Y sin embargo, aquí estaba, de pie en el gran salón de Camelot, sintiéndome como una niña con un enamoramiento, todo por un caballero que ni siquiera podía ponerse bien la armadura.

Más tarde esa noche, mientras me sentaba junto al fuego, me encontré pensando en él de nuevo. Pensé en su tranquila fortaleza, en la forma en que se había presentado ante mí sin pretensiones, y en la forma en que sus ojos habían buscado los míos. Pensé en las historias que Arturo me había contado—de dragones asesinados, de batallas ganadas, de doncellas salvadas. Pero el Lancelot que había conocido no era el héroe de esas historias. Era algo más, algo más… real.

El fuego crepitó, y me di cuenta de que mi curiosidad era más que un simple capricho pasajero. Quería conocer a Lancelot, no como el héroe de las historias de Arturo, sino como el hombre que era cuando nadie lo miraba. ¿Qué lo impulsaba a arriesgar su vida una y otra vez? ¿Qué había debajo de ese exterior modesto? Y, lo más importante, ¿por qué parecía tan diferente de los otros caballeros, tan distante y a la vez tan presente?

Sabía que estos pensamientos eran peligrosos, que conducían por un camino que no tenía derecho a recorrer. Pero mientras miraba las llamas, no pude sacudirme la sensación de que, para bien o para mal, mi vida acababa de tomar un giro que no había anticipado.

Sir Lancelot du Lac. El nombre ya se había convertido en parte de la leyenda de Camelot. Pero para mí, era algo más. Era un misterio, uno que no podía esperar a desentrañar.

Y a la luz parpadeante del fuego, me hice una promesa silenciosa a mí misma: descubriría quién era realmente este caballero, incluso si eso significaba arriesgarlo todo.

Anhelo



Hay algo en los torneos que saca lo mejor y lo peor de un caballero. Por un lado, es una oportunidad para demostrar tu habilidad, para recordarle a todos que, sí, eres tan bueno con la lanza como dices ser. Por otro lado, es un desfile ostentoso de plumas de pavo real, donde la verdadera batalla es ver quién se lleva el mayor golpe al ego.

Así que, naturalmente, cuando llegó el anuncio de que Camelot organizaría un gran torneo en honor a la Reina Ginebra, me encontré dividido entre la emoción y el temor. Emoción, porque aquí estaba una oportunidad para demostrar de una vez por todas que mis victorias no eran solo cuestión de suerte o de bardos demasiado entusiastas. Temor, porque, bueno, digamos que la idea de competir bajo la atenta mirada de Arturo y su recién casada reina era suficiente para hacer que mi estómago diera un par de volteretas.

Pero luego pensé en ella—Ginebra—y todas esas dudas se desvanecieron, reemplazadas por una determinación que no había sentido en años. Esto no se trataba solo de demostrar mi valía a Arturo, aunque el cielo sabe que eso ya era razón suficiente. No, esto se trataba de ella. La reina que me había sonreído, que había reído conmigo y que, de alguna manera, en el lapso de unos breves momentos, había puesto mi mundo patas arriba.

No era tan tonto como para pensar que podría ganarme su corazón—no cuando ya pertenecía a mi rey. Pero quizás, solo quizás, podría ganar algo casi tan valioso: su admiración. Y así, entré en el torneo, no con la confianza casual de un caballero experimentado, sino con la callada y ardiente resolución de un hombre que tenía algo que probar.

El día del torneo amaneció brillante y claro, como si los mismos cielos hubieran decidido darnos a todos una oportunidad justa. El campo era un mar de colores, con banderas ondeando alto mientras los caballeros desfilaban ante la corte reunida. Alcancé a ver a Ginebra en las gradas, sentada al lado de Arturo, y mi corazón dio un vuelco. Estaba resplandeciente con un vestido de un verde profundo, su cabello brillando como oro bajo el sol de la mañana. Hice un gran esfuerzo por no quedarme mirándola, pero logré apartar la vista justo a tiempo para evitar arremeter contra un poste de tienda.

Las primeras rondas fueron fáciles—probando la valentía de caballeros que eran o demasiado jóvenes para saber mejor o demasiado viejos para importarse. Los despaché rápidamente, con un

par de golpes bien colocados que los hicieron caer de sus caballos y rodar por el polvo. Cada victoria traía una ola de aplausos, y cada vez, no podía evitar mirar hacia las gradas, buscando una señal de que ella me estaba mirando.

Y entonces llegó la ronda final. Solo quedábamos yo y Sir Gawain, el oponente más formidable que podría haber pedido. Un hombre de honor, habilidad, y una tendencia a tomarse las cosas un poco demasiado en serio. Cabalgó al campo con una expresión de determinación sombría, mientras yo hacía todo lo posible por parecer despreocupado, como si la idea de ser atravesado por mi compañero caballero fuera solo otro martes.

Nos alineamos, lanzas bajadas, los caballos resoplando e impacientes. Podía sentir el peso de cada mirada en la multitud, pero ninguna más que la suya. Esto era todo. Mi momento para brillar—o, alternativamente, mi momento para ser arrojado al suelo sin ceremonias frente a la mitad del reino.

Se dio la señal, y cargamos. El suelo retumbaba bajo nosotros, el viento silbaba a través de mis oídos, y por un breve, emocionante momento, el mundo se redujo a solo yo, Gawain, y la punta de mi lanza. Nos encontramos en el medio con un estruendo que reverberó por todo mi cuerpo, pero me mantuve firme, mi lanza golpeando con precisión. El escudo de Gawain se astilló, y salió volando, aterrizando con un golpe que resonó por todo el campo.

Contuve a mi caballo, girando justo a tiempo para ver a Gawain levantándose, con una sonrisa resignada en el rostro. Me dio un gesto de respeto, que devolví, sintiendo una oleada de alivio. Había ganado—no solo el torneo, sino algo más intangible, algo que me importaba mucho más que un trofeo brillante.

Mientras la multitud estallaba en vítores, volví mi mirada hacia las gradas, buscándola. Y allí estaba, de pie ahora, con las manos entrelazadas, una expresión de tranquila admiración en su rostro. No vitoreó, no saludó ni gritó, pero en ese momento, nuestros ojos se encontraron, y lo supe. Había ganado lo que vine a buscar.

Arturo, siempre el rey generoso, me presentó el premio—una fina espada, intrincadamente trabajada e incrustada de joyas. Pero no fue la espada lo que hizo que mi corazón latiera con fuerza. Fue la manera en que Ginebra me sonrió mientras me arrodillaba ante ella, la sutil inclinación de su cabeza cuando susurró: —Bien hecho, Sir Lancelot.

Fueron solo unas pocas palabras, dichas en voz baja para que solo yo las escuchara, pero significaron todo. Eran un gesto, un pequeño reconocimiento de que yo era más que solo otro caballero al servicio de la corona. Era alguien que había captado su atención, aunque solo fuera por un momento.

Y mientras me levantaba, la espada pesada en mi mano, me di cuenta de que este torneo había sido más que solo una prueba de habilidad. Había sido una prueba de algo mucho más profundo—una batalla librada no con espadas y lanzas, sino con coraje y determinación. Había ganado el torneo, sí, pero más importante, había ganado su secreta admiración.

Esa noche, mientras yacía en mi cámara, con el peso de los eventos del día cayendo sobre mí, no pude evitar sonreír. Había demostrado mi valía—no solo a Arturo, sino a la única persona que realmente importaba. Y aunque nuestros caminos nunca se cruzaran como yo desearía, sabía que llevaría ese momento conmigo por el resto de mis días.

Porque a veces, una victoria no se trata de ganar el premio. A veces, se trata de ganar el corazón de alguien que te ve por quien realmente eres, aunque nunca puedan decirlo en voz alta.

Y en eso, había tenido éxito.

* * *

Lo primero que te enseñan sobre ser reina—bueno, después de la parte sobre no dejar que la corona se te caiga durante las apariciones públicas—es cómo mantener un aire de gracia sin esfuerzo. No te dicen cuánto esfuerzo realmente requiere, especialmente cuando tu corazón insiste en comportarse como un bufón de la corte demasiado entusiasta.

Siempre me he enorgullecido de mi compostura. Después de todo, no es fácil estar casada con el mejor rey de nuestro tiempo. Una debe comportarse con dignidad, con elegancia, y con una sonrisa que sugiera que no estás internamente preocupada por si eres digna de tal hombre. Pero últimamente, esa sonrisa se ha vuelto un poco más difícil de mantener, y sé exactamente a quién culpar.

Sir Lancelot du Lac.

Comenzó de manera inocente. Una mirada aquí, una sonrisa allá—gestos inofensivos, o al menos eso me convencí a mí misma. Pero a medida que los días se convirtieron en semanas, esos momentos fugaces se convirtieron en algo más. Se convirtieron en lo mejor de mi día, en la razón por la cual mi corazón daba un vuelco en medio de los procedimientos cortesanos que de otro modo me aburrían hasta las lágrimas.

Al principio, pensé que era solo admiración. ¿Quién no admiraría a Lancelot? Era todo lo que un caballero debía ser—valiente, leal, e increíblemente apuesto, con una habilidad para hacer que su armadura abollada pareciera tener carácter en lugar de descuido. Y, sin embargo, a medida que pasaban las semanas, la admiración dio paso a algo mucho más peligroso: el anhelo.

Fueron las miradas las que lo provocaron. Las miradas robadas a través de la corte, cuando pensaba que nadie me estaba mirando. Esos momentos en los que nuestros ojos se encontraban y, por un instante, el mundo parecía detenerse. Era como si fuéramos las únicas dos personas en la sala, y todos los demás eran simplemente un telón de fondo para nuestra conversación silenciosa.

Por supuesto, esos momentos nunca duraban. El deber siempre llamaba—Arturo con sus reuniones del consejo, los cortesanos con sus interminables demandas, y la sombra siempre presente de lo que se esperaba de mí como reina. Pero en esos breves segundos en los que nuestras miradas se cruzaban, sentía que algo se agitaba dentro de mí, algo que me emocionaba y me aterrorizaba al mismo tiempo.

Intenté reprimirlo, de verdad lo hice. Me recordé a mí misma mis votos, mis responsabilidades, el hecho de que Arturo no solo era mi esposo, sino mi rey. Lancelot era su caballero más leal, un hombre que había jurado lealtad a él y a Camelot. El mero hecho de entretener sentimientos por él no solo era prohibido, sino también traicionero.

Y sin embargo…

Cada día se volvía más difícil ignorarlo. Me encontraba buscándolo entre la multitud, mis ojos atraídos hacia él como por alguna fuerza invisible. Cuando no estaba allí, la corte se sentía más vacía, el aire más pesado. Pero cuando estaba presente, la sala parecía cobrar vida, los colores eran más brillantes, los sonidos más nítidos. Y siempre, siempre, esas miradas—intensas, significativas, cargadas de una electricidad que no podía ni explicar ni escapar.

Empecé a preguntarme si él también lo sentía. ¿Se aceleraba su corazón cuando nuestras miradas se encontraban? ¿Sentía el mismo tirón, la misma necesidad desesperada de apartar la vista antes de que alguien se diera cuenta? ¿O era todo producto de mi imaginación, una fantasía tonta conjurada por una reina solitaria en una jaula dorada?

Una tarde, durante una discusión particularmente tediosa sobre rutas comerciales, lo vi al otro lado de la sala. Estaba de pie junto a la entrada, con una postura relajada, pero su mirada estaba fija en mí. Por un momento, olvidé dónde estaba, quién era. Olvidé todo excepto la forma en que sus ojos parecían atraerme, llenándome de calidez y de un anhelo que hacía difícil respirar.

Rápidamente aparté la mirada, centrándome en los tapices que revestían las paredes como si contuvieran las respuestas a todos los misterios de la vida. Pero era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Sentía el rubor subiendo por mi cuello, el signo inequívoco de emociones que no tenía derecho a sentir.

Esa noche, mientras estaba sentada junto a mi ventana, la brisa fresca susurrando a través de las cortinas, traté de darle sentido a todo. ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? Había estado contenta—si no exactamente feliz, al menos resignada a mi papel. Pero Lancelot había perturbado ese delicado equilibrio, arrojando mi mundo al desorden con nada más que una mirada.

Sabía que no podía continuar así. Lo que fuera esto—esta obsesión, esta locura—tenía que sofocarla antes de que me consumiera. Yo era la Reina Ginebra, esposa del Rey Arturo, el hombre más venerado de la tierra. Tenía deberes, obligaciones, y una reputación que mantener. No había espacio para locuras, ni lugar para un amor que nunca podría ser.

Pero mientras cerraba los ojos e intentaba someter mi corazón, supe que era una batalla que estaba destinada a perder. Porque la verdad era que cada mirada robada, cada conexión momentánea, era un salvavidas en un mundo que a menudo se sentía demasiado frío, demasiado solitario.

Y así, me encontré atrapada en una red de mi propia creación, una reina anhelando a un caballero que nunca podría ser suyo. Cada día me decía que lo dejaría, que me distanciaría, que apartaría la mirada. Pero cada día, cuando nuestras miradas inevitablemente se cruzaban, sabía que la mentira que me decía a mí misma no era más que eso—una mentira.

Lancelot era prohibido, inalcanzable, y sin embargo era lo único que no podía dejar de desear.

Así que hice lo que cualquier reina sensata haría en mi situación: resolví fingir que no estaba pasando. Desempeñaría mi papel, sonreiría cuando fuera necesario, y mantendría mis pensamientos firmemente en los deberes que tenía por delante.

Pero en el fondo, sabía que con cada mirada, me hundía más y más en un amor que nunca podría ser expresado, nunca podría ser actuado, pero que perduraría en mi corazón como una melodía agridulce, una que llevaría conmigo siempre.

Porque aunque podía reprimir mis sentimientos, no podía borrarlos. Y con cada mirada a través de la corte, me recordaba que algunas cosas, una vez sentidas, nunca podrían ser olvidadas.

Señales



Hay momentos en la vida de un hombre en los que se da cuenta de que está al borde de algo vasto y aterrador. Para algunos, es la primera vez que enfrentan a un enemigo en el campo de batalla, con el frío agarre del miedo apretando su corazón mientras se preguntan si ese día será el último. Para otros, es la realización de que su destino no está en las hazañas que han hecho, sino en las decisiones que toman—decisiones que darán forma a sus vidas de maneras que aún no pueden comprender.

Para mí, ese momento llegó en la quietud de una tarde de verano, con el sonido de risas lejanas y la luz del día desvaneciéndose, proyectando largas sombras en el patio de Camelot. Estaba solo, con mi espada a mi lado, el peso de mi armadura presionando sobre mí como una manifestación física de la carga que había elegido llevar. No era la armadura de la batalla, claro —era la armadura del deber, del honor y de un amor que nunca podría cumplirse.

Ginebra.

Incluso pensar en su nombre se sentía como una traición, aunque nunca lo hubiera pronunciado en voz alta de la manera en que mi corazón me lo gritaba. Pero no importaba. El juramento que hice esa tarde no necesitaba palabras. Era un juramento tan silencioso como la noche, tan inquebrantable como los muros de piedra que me rodeaban.

La serviría fielmente. La protegería, estaría a su lado, y lucharía por su honor, sin importar el costo. Y lo haría todo manteniendo mi amor encerrado, un secreto tan profundo que ni siquiera yo podría volver a encontrarlo.

Suena noble, ¿verdad? Un caballero haciendo un juramento no expresado a su reina, jurando protegerla con su vida mientras se niega a sí mismo lo que más desea. Pero si piensas que es un gesto grandioso y romántico, claramente nunca has estado enamorado de alguien que no puedes tener. Porque la verdad es que no es noble. Es una tortura.

Cada día, era puesto a prueba. Cada día, enfrentaba el desafío silencioso de estar cerca de ella, de ver su sonrisa, escuchar su risa, y saber que nada de eso era para mí. ¿Lo peor? Era amable conmigo. Siempre. Incluso en esos breves momentos en los que nuestras miradas se cruzaban y captaba un atisbo de algo—algo que se sentía como una carga compartida—sabía que era solo mi tonto corazón jugándome trucos.

Toma esta mañana, por ejemplo. Un simple desayuno en el Gran Salón, la corte reunida para compartir el pan y las últimas noticias. Me senté en mi lugar habitual, lo suficientemente lejos de la cabecera de la mesa para ser respetuoso, pero lo suficientemente cerca para sentir el calor de su presencia. Ella hablaba con Arturo, su risa resonando como música. Mantuve la cabeza gacha, concentrado en mi comida, tratando de ignorar cómo se aceleraba mi pulso cada vez que miraba en mi dirección.

Y entonces ocurrió. Un sirviente, nuevo en la corte y claramente nervioso, tropezó con sus propios pies, enviando una bandeja de frutas rodando por la mesa. Fue un pequeño percance, pero uno que provocó un coro de jadeos sorprendidos y algunas risas ahogadas en el salón. Extendí la mano instintivamente, atrapando una manzana errante antes de que pudiera caer al suelo. Cuando levanté la vista, ahí estaba ella, sonriéndome con esa misma mirada de tranquila admiración que me había dado después del torneo.

—Gracias, Sir Lancelot —dijo, con una voz suave, sus ojos fijándose en los míos por un momento que duró un segundo demasiado.

Quise decirle que atraparía mil manzanas, mataría mil dragones y libraría mil batallas si eso significaba que podría quedarme a su lado. Pero en lugar de eso, simplemente asentí, murmurando algo sobre el deber, mientras sentía el peso de ese juramento no dicho presionando sobre mí como un yugo.

El resto del día fue un borrón, una neblina de deberes y responsabilidades que cumplí con precisión mecánica. Entrené con los caballeros más jóvenes, ofreciendo consejos y orientación lo mejor que pude, todo el tiempo tratando de mantener mis pensamientos alejados de ella. Pero no importaba cuánto lo intentara, ella siempre estaba allí, en el fondo de mi mente, su presencia como una llama que no podía apagar.

Cuando llegó la noche, estaba exhausto—no por el esfuerzo físico del día, sino por el esfuerzo que requería mantener mis sentimientos bajo control. Mientras estaba de pie en el patio, la fresca brisa del crepúsculo acariciándome, supe que esta era mi vida ahora. Una vida de juramentos silenciosos, de amor no expresado, y de un deber que nunca flaquearía, sin importar el costo para mi propio corazón.

Porque la verdad es que había hecho mi elección. Había elegido servirla, protegerla, incluso si eso significaba negarme a mí mismo lo que hacía que la vida valiera la pena. Era una elección que me definiría, que daría forma a cada una de mis acciones a partir de ese momento.

Y así, me quedé allí, solo en la creciente oscuridad, y reafirmé ese juramento silencioso. La amaría desde lejos, la protegería con mi vida, y nunca le dejaría saber la profundidad de mis

sentimientos. Era un juramento hecho no por debilidad, sino por fuerza—una fuerza que necesitaría cada día, mientras ella estuviera a mi lado.

Pero incluso mientras hacía ese juramento, no pude evitar preguntarme cuánto tiempo podría mantenerlo. ¿Cuánto tiempo podría soportar estar en las sombras, observándola desde la distancia, sin romperme? ¿Cuánto tiempo podría soportar la tortura de amar a alguien que nunca podría ser mío?

Solo el tiempo lo diría. Pero por ahora, haría lo que tenía que hacer. Mantendría mi juramento, sin importar el costo.

Porque eso es lo que hacen los caballeros. Hacemos sacrificios. Luchamos batallas que nadie más puede ver. Y llevamos el peso de nuestros juramentos silenciosos, incluso cuando amenazan con aplastarnos.

Y así, seguiría sirviéndola, protegiéndola, y amándola—en silencio, siempre en silencio.

Por todo el tiempo que fuera necesario.

* * *

Hay un cierto placer en descifrar un misterio, especialmente cuando el misterio en cuestión es un hombre que ha jurado permanecer como un enigma. Lancelot du Lac, el caballero de los ojos silenciosos y el corazón que habla con gestos en lugar de palabras—se había convertido en mi rompecabezas, mi acertijo por resolver.

Por supuesto, se suponía que no debía darme cuenta. Una reina debería estar por encima de esas cosas, demasiado ocupada con los asuntos de estado para preocuparse por las sutiles señales en el comportamiento de un caballero. Pero el corazón tiene una manera de hacer espacio para lo que desea, y el mío había encontrado mucho espacio para las señales silenciosas de Lancelot.

Todo comenzó con cosas insignificantes—una mirada que se prolongaba, un tono más suave en su voz cuando pronunciaba mi nombre. Fácilmente podría haberse descartado como cortesía, quizás incluso como caballerosidad. Pero yo sabía mejor. Después de todo, me había criado en una corte donde cada palabra, cada mirada, era pesada y medida. Sabía cuándo algo estaba mal, cuándo la superficie del estanque se ondulaba por lo que se movía debajo.

Toma como ejemplo el otro día. Una tarde típica en Camelot, el sol brillando sobre el patio donde los caballeros de Arturo se entrenaban y practicaban el arte de la guerra. Había tomado la costumbre de observarlos desde mi balcón, ostensiblemente para apoyar los esfuerzos del rey de

mantener a los caballeros mejor entrenados de toda la tierra. En verdad, los observaba porque sabía que Lancelot estaría allí, su forma inconfundible incluso entre los más valientes y mejores.

Mientras me inclinaba sobre la barandilla, fingiendo estar interesada en los detalles del combate con espadas, inevitablemente mis ojos lo encontraron. Estaba en medio de un combate, sus movimientos fluidos y precisos, cada golpe medido, cada defensa calculada. No había vacilación, ni duda—excepto, claro está, cuando levantó la vista y me vio observándolo.

Fue solo un parpadeo, un momento tan breve que cualquiera podría haberlo pasado por alto. Pero yo lo vi—la manera en que sus ojos se encontraron con los míos, la forma en que su agarre se apretó en la empuñadura de su espada, solo por un segundo, antes de que volviera su atención a su oponente. En ese instante, el equilibrio del combate cambió, y su adversario aprovechó la oportunidad, asestando un golpe que casi lo desarmó.

Casi.

Con un floreo que solo podría describirse como “lancelotiano” (si tal palabra existiera, y si no existiera, debería), recuperó el control, terminando el combate con una maniobra diestra que envió a su oponente al suelo, jadeando por aire. La multitud vitoreó, y Lancelot, siempre la imagen de la humildad, ofreció su mano al caballero caído, ayudándolo a ponerse de pie.

Pero incluso mientras lo hacía, su mirada volvió a mí, solo por un instante, y en esa mirada vi todo lo que intentaba ocultar.

No era solo admiración o lealtad—era algo más profundo, algo que no se atrevía a poner en palabras. Y en ese momento, lo supe. Supe que su corazón estaba tan enredado como el mío, que el juramento silencioso que había hecho para servirme estaba impregnado de un amor que nunca podría expresar. Un amor que mostraba de mil pequeñas maneras, ninguna de las cuales estaba destinada a ser vista, pero todas las cuales había notado.

Había otras señales también. La forma en que se posicionaba un poco más cerca de mí de lo necesario durante las reuniones del consejo, su presencia como una sombra tranquilizadora que siempre podía sentir, aunque no pudiera verlo. La manera en que siempre parecía saber cuándo necesitaba algo—una copa de agua, un momento de respiro del interminable desfile de cortesanos—y lo proporcionaba sin necesidad de que se lo pidiera, como si pudiera leer mis pensamientos.

Y luego estaban los regalos. Pequeños, aparentemente insignificantes detalles que aparecían en mi escritorio o entre las flores de mi jardín. Una pluma de halcón, una piedra alisada por el río, una flor prensada—cada uno un símbolo de algo que solo nosotros dos podíamos entender. No había notas, ni firmas, pero sabía que eran de él. Lo sabía por la forma en que mi corazón

reaccionaba cada vez que encontraba uno, un escalofrío de reconocimiento que no podía confundirse.

Me decía a mí misma que estos eran solo los actos de un caballero leal, un hombre que tomaba en serio su deber. Pero en el fondo, sabía mejor. Sabía que cada gesto, cada mirada, era un mensaje—un mensaje que nunca podría entregar con palabras, pero que yo escuchaba fuerte y claro.

¿Y qué pasaba con mi propio corazón? ¿Qué significaba que diera la bienvenida a estas señales, que las buscara, que atesorara cada una como si fuera una declaración de amor en lugar de una mera cortesía? ¿Qué significaba que me encontrara pensando en él más a menudo de lo que debería, preguntándome qué estaba haciendo, dónde estaba, y si pensaba en mí como yo pensaba en él?

Estas eran preguntas que no me atrevía a responder, no del todo. Pero a medida que pasaban los días, la verdad se volvía más difícil de negar. Había visto las señales del amor de Lancelot, y al hacerlo, había reconocido algo que nunca podría decir en voz alta.

Porque al reconocer sus sentimientos, también había reconocido los míos.

Y así, seguí desempeñando mi papel, sonriendo amablemente cuando me atrapaba la mirada, agradeciéndole educadamente cuando me ofrecía uno de esos pequeños regalos silenciosos. Pero en mi corazón, se estaba gestando una tormenta—una tormenta de emociones que no podía controlar, por más que lo intentara.

Porque la verdad era que no quería controlarlo. Quería sentirlo, dejar que me envolviera, disfrutar del calor de su amor no expresado, aunque solo fuera por un momento. Y eso era lo más peligroso de todo.

Por ahora, seguiría viendo las señales, percibiendo los mensajes no expresados que pasaban entre nosotros en miradas y gestos. Pero sabía que esto no podría continuar para siempre. Tarde o temprano, algo tendría que ceder. Y cuando lo hiciera, sabía que la tormenta dentro de mí estallaría, y nada volvería a ser igual.

Pero hasta que llegara ese día, atesoraría estas señales, estos pequeños símbolos de un amor que nunca podría ser. Los mantendría cerca, incluso mientras mantenía mi corazón bajo llave, sabiendo que la llave estaba en manos de un caballero que nunca se atrevería a usarla.

Y esperaría.

Viaje



Si hay algo que no te dicen cuando te entrenas para ser caballero, es que las batallas más difíciles no se luchan con espadas. No, las verdaderas pruebas del temple de un caballero no tienen lugar en el campo de batalla, sino dentro de su propio corazón. Y déjame decirte que mi corazón ha estado librando una guerra contra sí mismo desde hace tiempo, y las bajas comienzan a acumularse.

La primera vez que me di cuenta de esto fue durante lo que desde entonces he venido a llamar como *El Incidente*—un nombre que elegí porque *El Día en que Lancelot Casi Perdió la Cabeza y Posiblemente su Alma* parecía un poco demasiado dramático, incluso para mí.

Todo comenzó, como suele suceder, con una simple petición de Arturo. El rey me había convocado a sus aposentos, con una expresión tan seria como nunca antes la había visto. Ahora, Arturo no es un hombre dado a las teatralidades—deja eso para los bufones de la corte—por lo que, cuando me miró con esos ojos que parecían tormentas, supe que lo que estaba a punto de decir era de suma importancia.

—Lancelot —comenzó, su voz cargada con el peso del reino—, necesito que hagas algo por mí. Algo que no confiaría a nadie más.

Por supuesto, acepté de inmediato. ¿Qué más podría hacer? Soy Lancelot, el caballero que nunca dice no, el hombre que seguiría a Arturo hasta las mismas entrañas de la guarida de Mordred si me lo pidiera. Pero a medida que Arturo exponía su petición, un lento y creciente temor comenzó a apoderarse de mí.

—Debes acompañar a Ginebra a los territorios del norte —explicó Arturo—. Ha habido informes de disturbios, y necesito asegurarme de que esté a salvo. Iría yo mismo, pero la situación aquí requiere mi atención.

Habló de las ramificaciones políticas, de la necesidad de diplomacia, pero todo lo que escuché fue: *Debes pasar días—quizás semanas—solo con Ginebra, lejos de los ojos vigilantes de la corte*.

Y fue entonces cuando comenzó la batalla.

Por un lado, estaba mi lealtad a Arturo, mi rey y mi amigo. ¿Cómo podría negarme? Confiaba en mí por encima de todos los demás, y sabía que proteger a Ginebra no era solo una

cuestión de deber, sino de honor. Por otro lado… estaba Ginebra misma. La mujer que había llegado a ocupar cada uno de mis pensamientos, la reina que silenciosamente había capturado mi corazón con cada mirada, con cada palabra no pronunciada.

El mero pensamiento de estar solo con ella, lejos de Camelot, lejos de las murallas cuidadosamente construidas alrededor de mis sentimientos, era suficiente para hacerme cuestionar mi cordura. Pero, ¿qué opción tenía? Rechazarlo habría suscitado preguntas que no podría responder, y peor aún, habría significado traicionar la confianza que Arturo había depositado en mí.

Así que, con el corazón pesado y una oración silenciosa de que de alguna manera podría sobrevivir a esta prueba con mi honor intacto, acepté.

El viaje hacia el norte fue tanto una bendición como una maldición. El paisaje era impresionante, con colinas onduladas y frondosos bosques que parecían extenderse hasta el infinito. Pero apenas lo notaba. Mi mente estaba demasiado ocupada con la mujer que cabalgaba a mi lado, su presencia como un constante y reconfortante tormento.

Hablamos, por supuesto—conversaciones triviales, en su mayoría, sobre el clima, el estado de los caminos, los últimos chismes de la corte. Pero cada palabra se sentía como una prueba, cada mirada un desafío. Y todo el tiempo, podía sentir cómo la tensión crecía, como la presión en un caldero que tarde o temprano explotaría.

La prueba llegó la tercera noche. Nos habíamos detenido para acampar en un claro apartado, el aire impregnado con el aroma de los pinos y el sonido distante de un arroyo murmullante. Era un lugar tranquilo, sereno—exactamente el tipo de entorno que sería ideal para un encuentro romántico, si uno estuviera inclinado a eso.

Lo cual, por supuesto, no estaba. O al menos, me decía a mí mismo que no lo estaba.

Pero mientras el fuego crepitaba y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo nocturno, Ginebra se acercó a mí, su expresión pensativa, sus ojos reflejando las llamas.

—Lancelot —dijo suavemente—, he estado pensando…

Esas palabras fueron suficientes para enviar mi corazón a un pánico absoluto. ¿Pensando? ¿Sobre qué? ¿Sobre nosotros? ¿Sobre la forma en que nuestras miradas se prolongan un poco demasiado, sobre cómo nuestras conversaciones están llenas de palabras no dichas? Seguramente no podría estar—

—Sobre Arturo —continuó, y casi colapsé de alivio—y con un toque de decepción.

Habló de sus preocupaciones, de sus miedos por el reino, y de sus dudas sobre su lugar en él. Y mientras hablaba, yo la escuchaba—realmente la escuchaba—no como caballero, sino como

un hombre que la amaba. Quise acercarme, consolarla, decirle que todo estaría bien. Pero en su lugar, mantuve mi distancia, ofreciendo solo palabras de consuelo, mis propias emociones cuidadosamente ocultas.

Y luego me miró, de verdad me miró, su mirada buscando algo más en la mía. Y en ese momento, lo supe. Supe que podía ver la verdad, que podía sentir el amor que intentaba desesperadamente ocultar.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Qué podía decir? ¿Que la amaba? ¿Que no deseaba nada más que tomarla en mis brazos y nunca soltarla? ¿Que cada momento que pasaba con ella era tanto una bendición como una maldición, porque sabía que nunca podría ser?

No. No podía decir nada de eso. No podía traicionar a Arturo. No podía traicionarme a mí mismo.

Así que, hice lo único que podía hacer. Me levanté, le di la espalda, y me alejé, con el corazón rompiéndose con cada paso.

Esa noche, mientras yacía en el suelo frío y duro, el sueño me eludía. La decisión que había tomado me atormentaba, carcomiéndome el alma como una herida que no deja de sangrar. Había elegido a Arturo, como sabía que debía. Pero al hacerlo, también había elegido una vida de tormento, una vida en la que siempre estaría atrapado entre el deber y el deseo, entre el amor y la lealtad.

Y cuando amaneció, supe que esto era solo el comienzo. Habría otras pruebas, otras batallas que luchar—no con espadas, sino con mi propio corazón. Y las lucharía, como siempre lo había hecho, en silencio.

Pero incluso mientras me decidía a continuar por este camino, no pude evitar preguntarme si ya había perdido la batalla más importante de todas.

* * *

Si hubiera sabido que este viaje al norte se sentiría más como navegar por un campo minado de emociones que como una simple misión diplomática, quizás habría insistido en que Arturo viniera conmigo. O al menos habría enviado a alguien menos… complicado. Pero, por supuesto, eso no era una opción. Así que aquí estaba, cabalgando por el idílico campo junto a Sir Lancelot du Lac, el hombre que podía desestabilizarme con una sola mirada y desarmar mi cuidadosamente construida compostura con nada más que un suspiro.

Los primeros días fueron manejables, si no exactamente cómodos. Manteníamos la conversación ligera, nuestras interacciones corteses, y me había convencido de que la tensión que sentía entre nosotros no era más que un producto de mi imaginación hiperactiva. Después de todo, yo era una reina, y él mi caballero. Nada más, nada menos.

Pero luego, ocurrió lo de anoche.

Un momento, estábamos hablando—sobre Arturo, sobre el reino, sobre cosas que importaban—y al siguiente, algo cambió. Lo vi en sus ojos, un destello de algo profundo, algo que trataba desesperadamente de ocultar. Y entonces se levantó, me dio la espalda, y se alejó como si el mero hecho de estar cerca de mí fuera demasiado para soportar.

Me dejó aturdida, mirando el fuego, preguntándome qué demonios había hecho para causar tal reacción. ¿Había dicho algo incorrecto? ¿Había cruzado una línea sin darme cuenta? ¿O era algo más, algo mucho más complicado?

Lo sabía, por supuesto. En el fondo, sabía exactamente lo que estaba pasando. Pero reconocerlo significaba abrir una puerta que no estaba segura de poder cerrar de nuevo.

Por la mañana, me había convencido de que estaba exagerando. Lancelot era un hombre de deber, y simplemente estaba siendo cuidadoso, sin querer excederse. Pero incluso mientras intentaba descartarlo, el recuerdo de esa mirada en sus ojos persistía, atormentándome mientras continuábamos nuestro viaje hacia el norte.

No fue hasta más tarde ese día, cuando nos detuvimos para un breve descanso, que me encontré confiando en alguien a quien nunca había planeado involucrar en esta complicada red—mi doncella, Elinor.

Elinor había estado conmigo desde los primeros días de mi matrimonio con Arturo, una chica tranquila y observadora que tenía el don de saber cuándo hablar y cuándo permanecer en silencio. Era el tipo de persona en la que podías confiar tus secretos, no porque no los compartiera, sino porque entendía el peso que llevaban.

Estábamos sentadas junto a un arroyo, el sonido del agua relajante en la tranquila tarde. Lancelot había ido adelante para explorar el área, dejándonos solas, y me encontré mirando las ondas en el agua, perdida en mis pensamientos.

—Su Majestad —dijo Elinor suavemente, rompiendo el silencio—, parece preocupada.

La miré, sorprendida. Elinor rara vez hablaba a menos que se le hablara, y no esperaba que notara que algo andaba mal. Pero, claro, ella siempre era más perceptiva que la mayoría.

—No es nada —respondí, aunque incluso mientras lo decía, sabía que no era verdad. Y por la expresión en el rostro de Elinor, ella también lo sabía.

—¿Es Sir Lancelot? —preguntó, su tono suave, sin juzgar.

La pregunta me tomó por sorpresa, y sentí un calor repentino subir por mis mejillas. ¿Cómo podría saberlo? ¿Cómo podría saberlo alguien? Había sido tan cuidadosa, tan decidida a no dejar que mis sentimientos se notaran.

Pero Elinor había visto a través de mí, como siempre lo hacía.

Suspiré, sabiendo que no tenía sentido negarlo. —Sí —admití, mi voz apenas un susurro—. Es Lancelot.

Ahí estaba. Lo había dicho. Las palabras colgaron en el aire entre nosotras, cargadas de significado.

Elinor no dijo nada de inmediato, simplemente asintió como si hubiera estado esperando esto. Después de un momento, se inclinó un poco más cerca, su expresión suavizándose. —Usted se preocupa por él —dijo, más una afirmación que una pregunta.

—Sí —susurré, sintiendo cómo la verdad de ello se asentaba en mi pecho como una piedra —. Pero no puedo.

Elinor asintió de nuevo, sus ojos llenos de comprensión. —Usted ama al rey —dijo, y pude escuchar el suave recordatorio en su voz. Un recordatorio de quién era yo, de los votos que había tomado.

—Sí —repetí, pero esta vez, las palabras se sintieron diferentes. Menos seguras. —Pero no es lo mismo.

No lo era. Mi amor por Arturo era real, de eso no tenía duda. Pero era un amor construido sobre el deber, sobre la responsabilidad compartida, sobre el peso de una corona que ambos llevábamos. Era un amor que había crecido con el tiempo, moldeado por los roles que jugábamos. Pero con Lancelot… era diferente. Era inmediato, intenso, y absolutamente aterrador.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté, más para mí misma que para Elinor.

Elinor extendió la mano, colocando una mano reconfortante sobre la mía. —Debe tener cuidado, Su Majestad —dijo suavemente—. Estos sentimientos… son peligrosos. Para ambos.

—Lo sé —dije, mi voz quebrándose un poco—. Pero no sé cómo detenerlos.

Elinor guardó silencio por un momento, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Quizás no tenga que detenerlos —dijo finalmente—. Pero debe controlarlos. Debe recordar quién es usted, y quién es él. Y nunca debe olvidar lo que está en juego.

Sus palabras fueron un recordatorio sobrio de la realidad que enfrentábamos. No se trataba solo de mí o de Lancelot; se trataba del reino, de Arturo, de todo lo que habíamos construido

juntos. Y sin embargo, incluso mientras asentía, reconociendo la verdad de lo que decía, no pude evitar sentir una punzada de tristeza.

Porque sabía, en el fondo, que no importaba cuánto intentara controlar mis sentimientos, siempre estarían ahí, hirviendo bajo la superficie, esperando un momento de debilidad para surgir y consumirlo todo.

Y en ese momento, me di cuenta de cuán peligroso era realmente este camino. Estaba caminando sobre hielo delgado, y cada paso que daba me acercaba más al borde.

Pero incluso sabiendo eso, no podía evitarlo. No podía detener la forma en que mi corazón se aceleraba cuando lo veía, la forma en que mis pensamientos se desviaban hacia él cuando debería estar concentrada en otras cosas. No podía detener el deseo de estar cerca de él, de escuchar su voz, de ver esa mirada en sus ojos que me decía que no estaba sola en esto.

Así que hice lo único que pude. Le susurré mi confesión a Elinor, sabiendo que guardaría mi secreto, y juré ser más fuerte, mantener mi distancia, proteger lo que estaba en juego.

Pero incluso mientras hacía ese juramento, sabía que sería una batalla. Una batalla entre el deber y el deseo, entre la lealtad y el amor.

Y en mi corazón, temía que fuera una batalla destinada a perder.

Fuego



Si hay algo que puede distraer a un hombre de las complejidades de un amor prohibido, es la aparición repentina y aterradora de un dragón. Por supuesto, no estoy hablando en sentido figurado—aunque los dragones metafóricos en mi vida han sido bastante difíciles de manejar últimamente. No, este era un dragón real, con escamas, aliento de fuego y un temperamento que sugería que no había tenido una buena comida en bastante tiempo.

Estábamos de regreso a Camelot después de la misión diplomática en el norte—una misión que había sido exitosa en todos los aspectos, excepto en la parte donde casi pierdo la cordura tratando de mantener mis sentimientos por Ginebra bajo control. Si hubiera un torneo para caballeros que pudieran esconder sus emociones tras una expresión estoica, estoy bastante seguro de que me habría llevado el premio. No es que me sintiera particularmente orgulloso de ello.

Mientras atravesábamos un remoto pueblo enclavado en las colinas, no fuimos recibidos con los habituales vítores y ofrendas de pan y vino, sino con una escena de total devastación. Las casas habían sido reducidas a ruinas humeantes, las cosechas quemadas hasta convertirse en cenizas, y los aldeanos se apiñaban en lo que quedaba de la plaza del pueblo, con el miedo grabado en sus rostros.

No tardamos en descubrir por qué.

—Dragón —murmuró uno de los aldeanos, su voz temblorosa—. Salió de las montañas hace tres días. Lo quemó todo. Se llevó al ganado… y a mi hija… —Su voz se quebró, y no necesitaba escuchar más.

No había duda sobre lo que debía hacerse. Este era un desafío que requería la atención de un caballero, y si había algo por lo que estaba agradecido en ese momento, era por la oportunidad de concentrarme en algo—cualquier cosa—que no fuera la reina que cabalgaba a mi lado.

Me ofrecí para enfrentar al dragón, naturalmente. No porque tuviera un deseo de muerte (aunque, después de los últimos días, empezaba a preguntármelo), sino porque sabía que esta era una tarea que requería no solo fuerza, sino una mente clara. Y si matar a un dragón no despejaba mi mente de los pensamientos sobre Ginebra, nada lo haría.

O eso pensé.

Encontrar al dragón no fue difícil—aparentemente, la sutileza no era una de sus virtudes. Se había instalado en una cueva al borde del pueblo, la entrada chamuscada y el aire espeso con el olor a azufre. Mientras me acercaba, podía sentir el calor que emanaba de la cueva, como si la misma tierra estuviera en llamas.

No tenía miedo. No realmente. Pero había una parte de mí—quizás la parte que había estado lidiando con demasiado tumulto emocional últimamente—que dudaba. Después de todo, esto era un dragón, no un lagarto sobredimensionado que pudiera espantarse con un palo afilado. Pero entonces pensé en los aldeanos, en el hombre que había perdido a su hija, y supe lo que debía hacer.

Con una respiración profunda, entré en la cueva, mi espada desenvainada, el peso del mundo (y de mi corazón) pesado sobre mis hombros.

El dragón estaba esperando, por supuesto. Era una cosa monstruosa, todo dientes y garras y ojos que brillaban como brasas ardientes. Se levantó cuando entré, su boca abriéndose en un rugido que sacudió las mismas paredes de la cueva. Pero no iba a retroceder. Había enfrentado peores—bueno, quizás no peores, pero ciertamente más complicados. Después de todo, los dragones son criaturas directas. O te comen o no lo hacen.

Yo, sin embargo, había pasado las últimas semanas tratando de no dejar que mi corazón me consumiera.

La batalla que siguió fue feroz y ardiente, literalmente. El dragón arremetió, y yo esquivé, mi espada brillando mientras golpeaba sus escamas, cada golpe enviando chispas al aire. El dragón exhaló fuego, y rodé fuera del camino, el calor abrasando el aire a mi alrededor. Fue una danza de muerte, una que había ensayado mil veces en mi mente pero nunca de esta manera.

Pero incluso mientras luchaba, una parte de mí no podía dejar de pensar en ella. En Ginebra, esperando en el pueblo, su rostro pálido de preocupación mientras yo cabalgaba para enfrentar a esta bestia. En la forma en que me había mirado durante nuestro viaje, las palabras no dichas colgando entre nosotros como una espada suspendida por un hilo. Y fue ese pensamiento—el de ella, lo que significaba para mí—lo que me dio la fuerza para asestar el golpe final.

El dragón cayó con un rugido que resonó en toda la cueva, su cuerpo masivo colapsando en un montón de escamas y humo. Me quedé allí por un momento, jadeando, mi espada aún en alto, esperando a que se levantara de nuevo. Pero no lo hizo. La batalla había terminado.

Cuando salí de la cueva, arrastrando mi espada detrás de mí, fui recibido con vítores de los aldeanos. Se apresuraron a agradecerme, su alivio palpable, pero mis pensamientos estaban en

otro lugar. Todo lo que podía pensar era en regresar con Ginebra, en ver su rostro cuando le dijera que el peligro había pasado.

Pero el verdadero peligro, lo sabía, estaba lejos de haber terminado.

Cuando finalmente regresé al pueblo, Ginebra estaba esperando, sus ojos grandes y llenos de alivio al verme acercarme. Hubo un momento—un latido—en que vi algo en su expresión, algo que reflejaba los sentimientos que había estado luchando tan arduamente por suprimir. Pero tan rápido como apareció, desapareció, reemplazado por la reina calma y compuesta que conocía tan bien.

—Gracias, Sir Lancelot —dijo, su voz firme, pero sus ojos traicionando la tormenta interior.

—Era mi deber —respondí, las palabras sabiendo amargas en mi boca. Porque la verdad era que no había sido solo por deber. Había sido algo más, algo que no podía permitirme reconocer.

Mientras continuábamos nuestro camino de regreso a Camelot, los vítores de los aldeanos desvaneciéndose en la distancia, me di cuenta de que matar al dragón había sido la parte fácil. El verdadero desafío estaba por delante—regresar a la corte, a Arturo, y al papel que se esperaba que desempeñara. Ocultar el fuego que ardía dentro de mí, un fuego que ningún dragón podría igualar.

Porque ese fuego no nacía de la ira o del miedo. Nacía del amor—amor por una reina que nunca podría ser mía, y cuya mera presencia era un recordatorio constante de la batalla que nunca podría ganar.

Y así, seguí cabalgando, mi corazón pesado con el peso de mis sentimientos no expresados, sabiendo que la parte más difícil aún estaba por venir.

Pero por ahora, había cumplido con mi deber. El dragón estaba muerto, el pueblo a salvo. Y en cuanto al fuego dentro de mí… bueno, eso tendría que esperar para otro día.

* * *

Nunca te dicen, cuando eres una niña soñando con convertirte en reina, que la corona no es lo único que llevas puesto. No, hay algo más, algo mucho menos visible pero infinitamente más pesado. Es una corona de espinas, tejida con los afilados pinchos del deber, las expectativas y, lo peor de todo, el amor no correspondido. Y déjame decirte, se clava profundamente.

Cuando Lancelot y yo regresamos a Camelot después del viaje al norte, podrías haber pensado que traíamos de vuelta un tesoro de dragones en lugar de solo a nosotros mismos. La corte estaba alborotada con nuestro regreso triunfal, aunque sospechaba que la mitad de la

emoción provenía de los rumores que giraban en torno a lo que podría haber ocurrido durante nuestra ausencia. Si tan solo supieran.

Desempeñé mi papel como siempre, sonriendo con gracia, asintiendo en los momentos apropiados y asegurando a todos que todo había salido bien. Pero por dentro, sentía que me estaba desmoronando, poco a poco, bajo el peso de todo. Porque la verdad era que el viaje había sido todo menos fácil. El dragón que Lancelot había matado fue solo el comienzo de los desafíos que enfrentamos, y pronto me di cuenta de que mi propia batalla apenas estaba comenzando.

A medida que nos adaptábamos nuevamente al ritmo de la vida en la corte, me encontré anhelando la simplicidad de aquel pueblo, el peligro claro y directo del fuego de un dragón. Al menos con un dragón sabías dónde te encontrabas—o te comía, o lo matabas. Pero con Lancelot… bueno, esa era una batalla sin un claro vencedor y sin un final a la vista.

Arturo nos dio la bienvenida con los brazos abiertos, su alivio al vernos a salvo evidente en la calidez de su abrazo. Le sonreí, mi rey, mi esposo, y sentí la familiar punzada de culpa atravesar mi corazón. Él no tenía idea, por supuesto. Arturo era muchas cosas—valiente, honorable, amable—pero no era un hombre dado a la sospecha. Confiaba en mí completamente, y esa confianza era tanto una bendición como una maldición.

A medida que pasaban los días, me encontré refugiándome cada vez más en el rol de reina, usándolo como un escudo para protegerme del caos que amenazaba con abrumarme. Pero cuanto más llevaba esa corona, más sentía que sus espinas se clavaban en mi piel, recordándome el precio que pagaba por mi posición.

La corte estaba llena de gente—nobles, consejeros, caballeros, todos compitiendo por mi atención, por una palabra o una mirada de su reina. Y sin embargo, a pesar de la constante presencia de otros, nunca me había sentido más sola. Ellos solo veían lo que yo quería que vieran—la reina compuesta, elegante, que gobernaba al lado de su rey. No veían a la mujer detrás de la corona, la mujer cuyo corazón estaba dividido en dos.

La soledad era peor por la noche, cuando el castillo estaba en silencio y me quedaba sola con mis pensamientos. Me quedaba despierta, mirando el techo, pensando en Lancelot, en la forma en que me había mirado durante nuestro viaje, en las cosas que no habíamos dicho. Sabía que estaba jugando un juego peligroso, pero no podía evitarlo. Mi corazón había sido atrapado en una trampa, y no importaba cuánto lo intentara, no podía liberarlo.

Una noche, después de un día particularmente largo de deberes cortesanos, me encontré vagando por los jardines sola, el aire fresco de la noche un alivio bienvenido del ambiente

sofocante del castillo. La luna estaba alta, proyectando una luz plateada sobre las flores, y por un momento, me permití olvidar—olvidar la corona, la corte, el peso de mis responsabilidades.

Pero incluso en ese momento de soledad, no pude escapar de los pensamientos que me atormentaban. La imagen de Lancelot, de pie en la cueva del dragón, su espada en alto, apareció ante mis ojos. Me había sentido tan orgullosa de él, tan aliviada cuando regresó ileso. Y sin embargo, ese alivio había sido ensombrecido por la realización de que me importaba de una manera que no debía. De una manera que no podía.

Me senté en un banco de piedra, la superficie fría me anclaba mientras tomaba una respiración profunda. —¿Qué estoy haciendo? —susurré a la noche, como si pudiera ofrecerme una respuesta. Pero no hubo respuesta, solo el susurro de las hojas en la brisa y el lejano ulular de un búho.

Pensé en Arturo, en la vida que habíamos construido juntos. No era perfecta, pero era nuestra, y sabía que él me amaba a su manera. Y yo lo amaba también—de eso no tenía duda. Pero el amor que sentía por Lancelot era diferente. Era un fuego que ardía bajo la superficie, imposible de extinguir, no importa cuánto lo intentara.

Y ese fuego me estaba consumiendo.

No sabía cuánto más podría soportarlo. Cada día, veía a Lancelot en la corte, nuestras miradas encontrándose brevemente antes de que ambos apartáramos la vista, pretendiendo que nada había cambiado. Pero todo había cambiado. Lo sentía en la forma en que mi corazón se aceleraba cuando entraba en la sala, en la forma en que mi respiración se detenía cuando pronunciaba mi nombre.

Y sin embargo, yo era la reina. Tenía responsabilidades, deberes que iban más allá de mis propios deseos. No podía permitirme dejar que mi corazón me gobernara, no cuando tanto estaba en juego.

Pero oh, cómo deseaba hacerlo. Cómo deseaba lanzar la precaución al viento, confesar mis sentimientos, dejarme amarle de la manera en que tanto anhelaba. Pero sabía que no podía. La corona que llevaba no era solo un símbolo de mi poder, sino un recordatorio de los sacrificios que había hecho, de los sacrificios que continuaría haciendo.

Ser reina era más solitario de lo que jamás había imaginado. Era una vida llena de gente, de ruido, de demandas constantes, y sin embargo no dejaba espacio para lo único que realmente deseaba: un amor que fuera mío, y solo mío.

Cerré los ojos, dejando que el aire fresco me envolviera, e intenté apartar esos pensamientos. Yo era la reina, y haría lo que debía hacer. Enterraría mis sentimientos en lo más profundo, los

escondería tras la máscara del deber y la decencia, y esperaría que con el tiempo, se desvanecieran.

Pero mientras me sentaba allí, con el peso de la corona pesado sobre mi cabeza, supe que esas espinas siempre estarían allí, clavándose en mi corazón, recordándome lo que nunca podría tener.

Y así, me levanté, ajusté mi vestido y volví al castillo, la reina una vez más. Pero mientras caminaba por los pasillos, no podía quitarme la sensación de que la corona que llevaba no estaba hecha de oro, sino de hierro y espinas, una carga que nunca me abandonaría realmente.

Por ahora, continuaría llevándola, desempeñando mi papel, siendo la reina que Camelot necesitaba. Pero en mi corazón, sabía que la batalla que libraba dentro de mí nunca sería realmente ganada.

Y ese era el peso más pesado de todos.

Danza



Hay una cierta ironía en ser aclamado como el mejor espadachín de todo Camelot. No es que no aprecie los elogios—¿quién no disfrutaría ser conocido como el caballero que puede desarmar a un oponente con un simple movimiento de muñeca o derrotar a un dragón antes del desayuno? Pero la verdad es que mi habilidad con la espada siempre ha sido más una maldición que una bendición, especialmente cuando se trata de asuntos del corazón.

Y en estos días, mi corazón siente que está librando su propia guerra, una que ningún duelo de espadas puede resolver.

Aquella mañana me encontró en el patio de entrenamiento, con el sol apenas levantándose y el aire aún fresco con los restos de la noche. Había tomado la costumbre de entrenar temprano, antes de que la corte despertara, porque era el único momento en que podía estar a solas con mis pensamientos—o mejor dicho, a solas con los pensamientos que intentaba desesperadamente evitar.

Mi oponente era Sir Gareth, un buen caballero y un hombre aún mejor. Era una de esas almas raras que podía levantar el ánimo de todos a su alrededor sin siquiera intentarlo, y su optimismo era tan implacable como sus golpes de espada. Normalmente, disfrutaba de nuestras sesiones, pero hoy, mi mente estaba en otra parte.

La cuestión con la esgrima es que es tanto un juego mental como físico. Cada movimiento es calculado, cada golpe planeado tres pasos por adelantado. Debes estar enfocado, ser preciso y tener un control total. Lo cual, por supuesto, es exactamente lo opuesto a cómo me siento cada vez que Ginebra está cerca.

Es extraño canalizar emociones en el manejo de la espada. Algunos caballeros lo hacen por ira, otros por miedo. Yo? Lo hacía por amor—si es que se puede llamar amor a este complicado y tortuoso embrollo. Cada movimiento de mi espada, cada parada, estaba impregnado de los sentimientos no expresados que amenazaban con abrumarme.

Gareth lanzó una estocada, y yo contrarresté, nuestras espadas chocando con un sonido agudo que resonó en todo el patio. Pude ver la sorpresa en sus ojos mientras lo empujaba hacia atrás, mis movimientos más agresivos de lo habitual. No estaba solo practicando—estaba

luchando, batallando contra el fuego que ardía dentro de mí, tratando de expulsarlo con cada golpe.

—Estás en buena forma hoy —dijo Gareth, sin aliento pero sonriendo mientras bloqueaba otro golpe—. ¿Algo en la cabeza, Lancelot?

—Nada que te concierna —respondí, aunque el tono en mi voz probablemente sugería lo contrario. Volví a blandir mi espada, obligándolo a retroceder, su sonrisa desvaneciéndose al darse cuenta de que esta no iba a ser nuestra sesión habitual y relajada.

Pero no estaba solo enfrentando a Gareth. Estaba luchando contra el recuerdo de Ginebra, la forma en que me miró cuando regresamos a Camelot, la manera en que sus ojos se encontraron con los míos por un momento demasiado largo antes de que ella se apartara. Era el peso de sus palabras no pronunciadas, la tensión que hervía entre nosotros como una olla a punto de explotar.

Y así, luché. Luché contra el recuerdo de su sonrisa, el sonido de su voz, la forma en que mi corazón me traicionaba cada vez que ella estaba cerca. Cada golpe era una confesión, cada parada un intento desesperado de recuperar el control. Pero no importaba cuántas veces desarmara a Gareth o cuántas veces cayera al suelo, no podía sacudirme la sensación de que estaba perdiendo una batalla mucho mayor.

—Vamos, Lancelot, tómalo con calma —dijo Gareth, su sonrisa ahora reemplazada por una expresión de preocupación mientras lo hacía caer al suelo por tercera vez consecutiva—. Empiezo a pensar que tienes un dragón escondido en tu túnica.

Me detuve, respirando con dificultad, mi espada aún en alto mientras lo miraba desde arriba. Un dragón. Si tan solo fuera así de simple. Podría haber lidiado con un dragón. Pero esto? Esto era algo completamente diferente.

Le ofrecí mi mano, ayudándolo a ponerse de pie mientras intentaba estabilizar mi propia respiración. —Disculpa, Gareth. Supongo que estoy un poco distraído hoy.

—¿Un poco? —rió, sacudiendo la tierra de su túnica—. Si esto es estar distraído, recuérdame que nunca te desafíe cuando estés completamente concentrado.

Forcé una sonrisa, aunque se sentía vacía. —Quizás otro día.

Gareth asintió, claramente dándose cuenta de que algo andaba mal, pero siendo el buen amigo que era, no insistió en el tema. —Dejémoslo por hoy. Ya me has vencido suficiente por una mañana.

Mientras él dejaba el patio, me quedé allí, con la espada aún en la mano, mirando el espacio vacío donde había estado. El problema de ser el mejor espadachín de Camelot era que nadie veía

lo que yacía bajo la superficie. Veían la habilidad, la precisión, las victorias. Pero no veían la lucha, el tormento que venía con ello.

Porque la verdad era que mi espada era tanto mi refugio como mi torturador. Era lo único que me permitía canalizar las emociones que no podía expresar, pero también era un recordatorio constante de las batallas que nunca podría ganar. No importaba cuántas veces golpeara, no importaba cuántos oponentes derrotara, no podía salir de esta.

Bajé mi espada, su peso de repente sintiéndose como demasiado para soportar. No había victoria en esta batalla, ningún enemigo a derrotar. Solo estaba yo, solo con mis pensamientos, mi espada y el fuego que ardía dentro de mí—un fuego que ninguna habilidad podría extinguir.

Mientras enfundaba mi espada y me giraba para dejar el patio, supe que el verdadero desafío no residía en la danza de las espadas, sino en la danza del corazón. Y esa era una danza que no estaba seguro de saber cómo dominar.

Pero una cosa era cierta: seguiría intentándolo. Porque eso es lo que hacen los caballeros, ¿no? Luchamos, incluso cuando las probabilidades están en nuestra contra. Incluso cuando la batalla parece imposible de ganar.

Y así, continuaría luchando, practicando, canalizando mi amor en cada golpe, con la esperanza de que algún día pudiera encontrar la paz de la única manera que conocía—en la danza de las espadas.

* * *

Hay una especie de magia que flota en el aire durante un baile de máscaras. Es una noche en la que incluso los protocolos más rígidos de la corte parecen relajarse, donde el peso de una corona se siente un poco más ligero y donde, por unas pocas horas preciosas, puedes fingir ser cualquiera menos tú misma. Por supuesto, es precisamente por eso que tanto anhelo como temo estos eventos. Ofrecen una probada de libertad, pero la libertad, como he aprendido, puede ser una cosa peligrosa.

El salón de baile era un torbellino de colores y sonidos, risas y música mezclándose en el aire mientras figuras enmascaradas giraban por el suelo. Cada rostro estaba oculto tras máscaras ornamentadas—algunas simples, otras elaboradamente adornadas con plumas y joyas—pero todas diseñadas para darle al portador la oportunidad de salir de su propia piel por una noche.

Como reina, se esperaba que fuera la anfitriona y supervisara tales eventos con gracia y elegancia, un papel que desempeñaba con facilidad ensayada. Pero esta noche, había decidido

permitirme un poco de escapismo yo misma. Mi máscara era una delicada creación de plata y azul, con suficiente detalle para hacerla hermosa, pero no tanto como para gritar realeza. Mi vestido era sencillo en comparación con algunos de los despliegues ostentosos a la vista, pero era elegante, y lo que era más importante, me permitía moverme con facilidad por la multitud sin atraer demasiada atención.

Arturo, bendito sea, estaba en su elemento—fácilmente reconocible incluso detrás de su máscara, estaba presidiendo un grupo de nobles en el extremo opuesto de la sala, deleitándolos con una de sus muchas historias. Cruzó su mirada con la mía una vez, levantando su copa en un brindis silencioso, y yo devolví el gesto con una sonrisa. Pero mi corazón no estaba en ello. Mi corazón estaba en otro lugar, o más bien, con otra persona.

Sabía que él estaba aquí, por supuesto. Lancelot nunca estaba lejos de mis pensamientos, pero esta noche, en el anonimato del baile de máscaras, la idea de él era casi insoportable. Habíamos acordado, tácitamente, mantener nuestras distancias, mantener los frágiles límites que habíamos establecido. Pero esta noche, con todos disfrazados y los roles invertidos, me pregunté si esos límites podrían desdibujarse, aunque solo fuera por un momento.

Y entonces, como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, apareció.

No lo vi al principio. La sala estaba abarrotada, llena de figuras enmascaradas que comenzaban a mezclarse entre sí a medida que avanzaba la noche. Pero lo sentí—sentí el cambio en el aire, la sutil conciencia que siempre tenía cuando él estaba cerca. Me giré, y allí estaba, una figura alta con una máscara oscura que cubría lo justo de su rostro para hacerlo irreconocible, pero no lo suficiente como para ocultar la intensidad familiar de su mirada.

No habló, no lo necesitaba. Simplemente extendió su mano, una invitación silenciosa que envió un escalofrío por mi espalda. Por un momento, vacilé, mi corazón atrapado entre el deber y el deseo. Pero entonces la música cambió—a una melodía lenta y encantadora que parecía envolverse a nuestro alrededor como un hechizo—y me encontré colocando mi mano en la suya.

Nos movimos hacia la pista de baile, la multitud apartándose lo suficiente para dejarnos espacio, aunque dudo que alguien se diera cuenta o le importara. Después de todo, para ellos, éramos solo otra pareja de bailarines enmascarados, otra historia en un mar de historias. No sabían que este baile era diferente, que este momento era uno que ambos habíamos estado anhelando y temiendo en igual medida.

La mano de Lancelot estaba cálida contra la mía, su toque tanto familiar como electrizante. Mientras comenzábamos a bailar, sentí que la tensión en mis hombros se desvanecía, reemplazada por una sensación de paz que no había sentido en lo que parecía una eternidad. La

música guiaba nuestros pasos, pero era más que un baile—era una conversación, una confesión, una breve escapada del mundo que nos mantenía a ambos cautivos.

—Te ves hermosa esta noche —murmuró, su voz baja y llena de una sinceridad que hizo que mi corazón doliera.

—Y tú estás tan apuesto como siempre —respondí, mi propia voz más suave de lo que pretendía. Las máscaras lo hacían más fácil, de alguna manera—más fácil decir las cosas que no podíamos decir cuando nuestros rostros estaban descubiertos, más fácil ser quienes realmente éramos bajo el peso de nuestros títulos.

Por un tiempo, simplemente bailamos, el mundo a nuestro alrededor desvaneciéndose en el fondo mientras nos perdíamos en el momento. Era como si nada más existiera, como si lo único que importara fuera la sensación de su mano en mi cintura, la forma en que nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, el entendimiento tácito de que ambos estábamos caminando peligrosamente cerca del borde de algo que no podíamos controlar.

Pero entonces, mientras la música se intensificaba, Lancelot hizo algo que me emocionó y me aterrorizó a la vez. Me acercó más, tan cerca que pude sentir su aliento contra mi mejilla, y susurró, —Si las cosas fueran diferentes…

Era una afirmación, no una pregunta, pero quedó flotando en el aire entre nosotros, cargada de significado. Quise responder, decirle que yo deseaba lo mismo, que soñaba con un mundo donde pudiéramos estar juntos sin que las sombras del deber y la lealtad se cernieran sobre nosotros. Pero las palabras se atoraron en mi garganta, ahogadas por la realidad que ambos conocíamos demasiado bien.

—Esta noche —susurré de vuelta, mi voz temblorosa—, pretendamos que lo son.

Sus ojos buscaron los míos, incluso a través de la máscara, y por un momento, pensé que podría decir algo más, algo que lo cambiaría todo. Pero en su lugar, simplemente asintió, un gesto pequeño, casi imperceptible, y seguimos bailando, nuestros movimientos más fluidos, más íntimos, como si la misma música nos hubiera tejido en un solo hilo.

Por ese breve tiempo, nos permitimos creer la mentira—que no éramos reina y caballero, atados por el deber y el honor, sino simplemente un hombre y una mujer, libres para amar sin consecuencias. Era una mentira hermosa, una que sabía que se rompería en el momento en que la música se detuviera, pero me aferré a ella con todas mis fuerzas, saboreando su dulzura incluso mientras sentía el aguijón de lo inevitable.

Cuando las últimas notas de la canción se desvanecieron en la noche, nos detuvimos lentamente, nuestras manos aún entrelazadas, ninguno de los dos dispuesto a soltar aún. La

multitud a nuestro alrededor aplaudió educadamente, ajena a la tormenta de emociones que se agitaba entre nosotros.

—Deseo… —comencé, pero las palabras murieron en mis labios. No pude terminar la frase, no pude poner en palabras el anhelo que llenaba mi corazón.

—Yo también —dijo suavemente, su pulgar acariciando el dorso de mi mano en un gesto tan tierno que me dejó sin aliento.

Pero el hechizo se estaba rompiendo, la realidad de quienes éramos regresando con cada segundo que pasaba. Lentamente, con reticencia, nos separamos, nuestras manos permaneciendo unidas solo un momento más antes de que finalmente nos soltáramos.

—Buenas noches, mi señora —dijo, su voz volviendo al tono cuidadoso y medido del caballero que sirve a su reina.

—Buenas noches, Sir Lancelot —respondí, mi propia máscara volviendo a su lugar mientras me alejaba.

Mientras me giraba y volvía a la multitud, el peso de la corona parecía asentarse de nuevo en mi cabeza, más pesado que antes. La libertad del baile, el fugaz sabor de lo que podría haber sido, ya estaba desvaneciéndose en el recuerdo, dejando solo la familiar punzada en su lugar.

Pero por ese baile, habíamos sido libres. Y por eso, siempre estaría agradecida.

Mientras la noche avanzaba, me mezclé con los otros invitados, mi sonrisa en su lugar, mi máscara ocultando la tormenta interior. Pero en mi corazón, sabía que el baile había terminado, y la realidad había regresado.

Aun así, mientras miraba al otro lado de la sala y lo veía, por un momento, me permití recordar la sensación de su mano en la mía, la forma en que nuestros corazones habían latido como uno solo.

Y supe que, sin importar lo que sucediera después, ese baile sería un recuerdo que atesoraría para siempre—un breve momento de libertad en un mundo que nunca nos permitiría ser realmente libres.

Beso



Hay un dicho que dice que los caballeros están hechos de hierro y acero, inquebrantables en la batalla e inalterables en su lealtad. Pero si eso es cierto, entonces debo haber sido forjado con un defecto, porque la noche en que besé a Ginebra por primera vez, me sentí tan frágil como el vidrio—listo para romperme con el más leve toque.

Era tarde, mucho después de que la corte se hubiera retirado, y el castillo estaba envuelto en un pesado silencio, ese tipo de silencio que solo llega cuando el mundo finalmente decide descansar. No tenía intención de verla, ni plan alguno de cruzar los límites que habíamos mantenido con tanto cuidado. Pero entonces, nada de lo que ocurrió esa noche salió según lo planeado.

Me encontré en los jardines, atraído allí por una inquietud que no podía sacudirme. La luna colgaba baja en el cielo, bañando todo en una suave luz plateada que hacía que el mundo se sintiera como un sueño. Y tal vez eso era—a dream, un momento fugaz suspendido entre la realidad y lo imposible.

No estuve solo por mucho tiempo. La escuché antes de verla, el suave susurro de su vestido mientras se movía entre las sombras, el aroma de jazmín que flotaba en el aire mientras se acercaba. Y cuando entró en la luz de la luna, con su rostro medio oculto por las sombras, sentí como si el destino finalmente hubiera decidido jugar su truco más cruel.

—Lancelot —dijo, su voz apenas un susurro, pero fue suficiente para hacerme estremecer.

—Su Majestad —respondí, aunque el título se sintió incorrecto en ese momento, como una barrera que no podía soportar reconocer.

Ella se acercó, sus ojos buscando los míos, y pude ver la misma incertidumbre, el mismo conflicto que me había atormentado durante tanto tiempo. Pero había algo más también—algo crudo y no dicho que flotaba entre nosotros como un secreto que ambos temíamos admitir.

Por un largo momento, ninguno de los dos se movió. Estábamos demasiado cerca, pero no podía obligarme a dar un paso atrás, a romper el hechizo que nos había unido en primer lugar. Su mirada se clavó en la mía, y supe entonces, con una claridad que era tanto aterradora como excitante, que este era el momento que lo cambiaría todo.

—Ginebra… —comencé, pero las palabras se atoraron en mi garganta. ¿Qué podía decir? ¿Que la amaba? ¿Que la había amado desde el momento en que la vi por primera vez, que cada mirada, cada toque, cada palabra no pronunciada no había hecho más que profundizar ese amor hasta consumirlo todo? ¿Que sabía que esto estaba mal, que estábamos jugando con fuego, pero que no podía dejar de desearla?

Pero no necesitaba decir nada de eso porque ella lo sabía. Pude verlo en sus ojos, en la manera en que se suavizaron al dar un paso más hacia mí, en la forma en que su respiración se aceleró apenas perceptiblemente. Y en ese momento, todas las razones por las cuales esto no podía, no debía, suceder se desvanecieron, dejando solo a los dos y el insoportable peso de nuestros deseos no expresados.

Así que hice lo único que podía. Acorté la distancia entre nosotros, mi mano alcanzando su mejilla, mi pulgar acariciando su piel de una manera que era tanto tierna como desesperada. Ella se inclinó hacia mi toque, sus ojos cerrándose, y eso fue todo el aliento que necesitaba.

La besé.

No fue un beso nacido de la pasión o el deseo—aunque esos sentimientos estaban allí, ardiendo bajo la superficie. No, este fue un beso nacido de algo más profundo, algo que había estado construyéndose durante demasiado tiempo. Fue un beso que hablaba de todas las cosas que nunca podríamos decir en voz alta, un beso que cargaba con el peso de cada mirada robada, cada toque prolongado, cada secreto que habíamos mantenido oculto del mundo.

Sus labios eran suaves, y por un momento, sentí como si el mundo hubiera dejado de girar, como si el tiempo mismo se hubiera detenido solo para permitirnos este único, perfecto instante. Podía sentirla temblar bajo mi toque, y me pregunté si ella podía sentir el mismo temblor en mí.

Y por ese breve, glorioso instante, nada más importó. Ni la corona, ni el reino, ni las consecuencias que seguramente seguirían. Éramos solo nosotros, perdidos en un beso que se sentía como si hubiera tardado toda una vida en llegar.

Pero entonces, la realidad volvió a golpear.

Me aparté, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, el sabor de ella aún persistente en mis labios. La expresión en sus ojos era una mezcla de sorpresa y algo más—algo que reflejaba la confusión y el anhelo que sentía dentro de mí. Quise decir algo, disculparme, explicar, pero las palabras no salieron. En su lugar, simplemente nos quedamos allí, mirándonos, el peso de lo que acababa de ocurrir presionándonos como una fuerza física.

—Nosotros… no podemos… —susurró, su voz temblorosa, y supe que tenía razón. No podíamos. Pero eso no me detuvo de querer hacerlo. No detuvo el dolor en mi pecho ni la forma

en que mi corazón me gritaba que la tomara de nuevo entre mis brazos, que la besara otra vez, que olvidara todo lo demás y simplemente estuviera con ella.

Pero no lo hice. No podía.

—Tienes razón —dije, aunque las palabras sabían amargas en mi boca—. No podemos.

Y sin embargo, incluso mientras lo decía, sabía que esto no sería el final. Porque la verdad era que habíamos cruzado una línea, y no había vuelta atrás. No importaba cuánto intentáramos negarlo, dejarlo de lado, ese beso lo había cambiado todo.

Pero por ese momento, escondidos del mundo, nos habíamos permitido olvidar. Nos habíamos permitido ser solo Lancelot y Ginebra, no caballero y reina, no servidor y soberana. Y aunque sabía que las consecuencias me perseguirían, aunque sabía que este beso solo haría que el fuego dentro de mí ardiera con más fuerza, no podía arrepentirme.

Mientras nos separábamos, volviendo a los roles que estábamos destinados a desempeñar, no pude evitar mirar atrás hacia ella, esperando captar un último vistazo de la mujer que me había besado con todo el amor y anhelo que yo mismo sentía.

Y cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que llevaríamos este momento con nosotros, guardado en los rincones más profundos de nuestros corazones, un secreto que protegeríamos ferozmente, incluso de nosotros mismos.

Pero los secretos tienen una forma de desentrañarse, y sabía que esto era solo el comienzo.

Porque un beso, una vez compartido, nunca puede ser recuperado. Y tampoco los sentimientos que lo acompañan.

* * *

Dicen que la culpa es una corona que pesa más que cualquier diadema de oro, y yo, Ginebra, Reina de Camelot, he descubierto cuán cierto es eso. He llevado muchas coronas en mi vida—coronas de deber, de responsabilidad, de expectativas—pero ninguna ha oprimido mi espíritu tan fuertemente como la culpa que ahora se enrosca alrededor de mi corazón, apretando con cada día que pasa.

Han pasado días desde aquella noche en el jardín, y aún no puedo sacudirme el recuerdo de los labios de Lancelot sobre los míos, de cómo su toque encendió algo dentro de mí que había enterrado hace mucho tiempo. El mundo debería haberse desvanecido en ese momento, pero en lugar de eso, se ha aferrado a mí con una venganza, negándose a dejarme olvidar las consecuencias de mis actos.

Y Arturo—mi querido, noble Arturo. Me mira con esos ojos llenos de confianza, tan llenos de amor y admiración, y apenas puedo sostener su mirada sin sentir el aguijón de la traición arder en mi pecho. ¿Cómo es posible que no lo vea? ¿Cómo puede estar a mi lado, tan ajeno a la guerra que se libra dentro de mi alma? Me pregunto si nota cómo me estremezco cuando toma mi mano, o cómo mi sonrisa se siente como una máscara que se desliza lentamente de mi rostro.

Cada momento que paso con él es un recordatorio de los votos que he roto, de la confianza que he destrozado. Y sin embargo, a pesar de todo esto, mis pensamientos vuelven continuamente a Lancelot, a ese beso que ha atormentado cada uno de mis momentos de vigilia desde entonces. Es como si mi corazón se hubiera dividido en dos, y yo estuviera desesperadamente tratando de recomponerlo, sabiendo que, por más que lo intente, nunca volverá a ser entero.

Esta mañana, mientras estaba frente al espejo, ajustando mi corona, vislumbré a la mujer en la que me he convertido—una mujer que sonríe y saluda, que habla con autoridad y gracia, pero que, en verdad, se está desmoronando por dentro. El reflejo que me devolvía la mirada no era el de una reina, sino el de una mujer que se ahoga en su propia culpa, luchando por mantener la cabeza sobre el agua mientras las olas de arrepentimiento la arrollan.

Tenía que escapar, aunque solo fuera por un momento. Las paredes de Camelot, que alguna vez fueron mi santuario, ahora se sentían como una prisión, cada piedra impregnada del peso de mis secretos. Así que me retiré al único lugar donde podía respirar—el jardín, donde el recuerdo de nuestro beso persistía como un fantasma, burlándose de mí con lo único que no podía tener.

Mientras deambulaba por el jardín, el aroma de las rosas llenando el aire, no pude evitar sentir que la belleza a mi alrededor era una burla de la agitación interior. ¿Cómo podía el mundo ser tan sereno cuando mi corazón estaba en caos? ¿Cómo podía el sol brillar tan intensamente cuando todo lo que sentía era oscuridad?

Encontré un banco apartado, escondido entre la hiedra, y me dejé caer sobre él, enterrando mi rostro en las manos mientras el peso de mi culpa amenazaba con aplastarme. Quería gritar, clamar, confesarlo todo solo para librarme de esta carga insoportable. Pero sabía que no había nadie para escucharme, nadie que pudiera ofrecerme la absolución que tan desesperadamente anhelaba.

Por un momento, me permití imaginar cómo sería decirle la verdad a Arturo—ver la sorpresa en sus ojos, el dolor al darse cuenta de la profundidad de mi traición. Lo imaginé dándome la espalda, el vínculo que compartíamos roto irreparablemente, y la idea fue demasiado dolorosa

para soportar. No podía perderlo, no de esa manera. Y sin embargo, sabía que al mantener este secreto, estaba perdiendo una parte de mí con cada día que pasaba.

Lancelot. Su nombre era una oración y una maldición, un bálsamo y una herida que se negaba a sanar. ¿Cómo podía amarlo y aún así afirmar que amaba a Arturo? ¿Cómo podía sostener a ambos hombres en mi corazón sin desgarrarlo?

La respuesta era simple: no podía.

Pero eso no detenía los sentimientos que me devoraban, que retorcían mis entrañas hasta que sentía que podía romperme. Amaba a Lancelot—eso ya no podía negarlo—pero el amor que sentía por él era prohibido, manchado por los votos que había hecho a Arturo. Y así, me encontraba atrapada en una situación imposible, sin salida que no condujera a la ruina.

—Ginebra.

El sonido de mi nombre me sacó de mis pensamientos, y levanté la vista para ver a Elinor, mi doncella, parada a unos pocos metros de distancia. Su expresión era de preocupación, sus ojos buscando los míos como si pudiera ver la agitación escrita en mi rostro.

—Elinor —dije, rápidamente limpiando las lágrimas que comenzaban a acumularse en mis ojos—. Yo… necesitaba aire.

Ella asintió, su mirada suavizándose con comprensión. —Pensé que podrías estar aquí —dijo con dulzura, moviéndose para sentarse a mi lado en el banco—. Has estado inquieta últimamente. Puedo verlo en tus ojos.

No tenía sentido negarlo. Elinor me conocía mejor que nadie, y tenía una manera de ver a través de la fachada que levantaba para el resto del mundo. Pero aun así, no podía contarle todo. La carga era mía y no podía arrastrarla conmigo.

—Es solo que… es difícil, Elinor —confesé, mi voz apenas un susurro—. Ser reina, ser… todo lo que se espera de mí. A veces me pregunto si soy lo suficientemente fuerte para cargar con todo.

Ella extendió la mano, tomando la mía, su toque cálido y reconfortante. —Eres fuerte, Ginebra. Más fuerte de lo que sabes. Pero incluso los más fuertes necesitan ayuda a veces. No tienes que cargar con el peso del mundo sola.

Sus palabras eran amables, pero solo hicieron que la culpa apretara su agarre en mi corazón. ¿Cómo podía explicarle que no era el peso de la corona lo que me estaba aplastando, sino el peso de mi propia traición? ¿Cómo podía decirle que la culpa que sentía no era solo por fallar como reina, sino por fallar como esposa, como mujer?

—Elinor —comencé, mi voz temblando—, ¿alguna vez… has amado a alguien tanto que duele?

Sus ojos se abrieron ligeramente, y por un momento, temí haber dicho demasiado. Pero luego asintió, su expresión volviéndose nostálgica. —Sí, lo he hecho. Pero el amor… el amor no siempre es fácil, Ginebra. Puede ser la cosa más hermosa del mundo, pero también puede ser la más dolorosa. A veces, es ambas cosas.

Tragué con fuerza, la verdad de sus palabras cayendo sobre mí como una manta pesada. —¿Y si… qué pasa si ese amor es incorrecto? —pregunté, mi voz apenas más que un susurro—. ¿Qué pasa si es un amor que no debería ser?

Elinor me miró durante un largo momento, sus ojos llenos de una mezcla de comprensión y tristeza. —Entonces tienes que preguntarte qué es lo que importa más—el amor, o las consecuencias.

Cerré los ojos, sintiendo las lágrimas deslizarse por mis mejillas. Sabía la respuesta a esa pregunta, pero no la hacía más fácil de aceptar. Las consecuencias de mi amor por Lancelot eran demasiado grandes, demasiado devastadoras. Y aun así, la idea de renunciar a él, de no volver a sentir su toque, era un dolor que no sabía si podría soportar.

—No sé si puedo elegir —susurré, la confesión desgarrando mi corazón.

Elinor apretó mi mano suavemente, ofreciéndome el consuelo que podía. —A veces, no tenemos elección, Ginebra. A veces, la elección se toma por nosotros.

Asentí, sabiendo que tenía razón. La elección ya se había hecho, en el momento en que pronuncié mis votos a Arturo, en el momento en que me convertí en reina. Pero eso no detenía la culpa de devorar mi alma, no detenía el dolor en mi corazón de crecer con cada día que pasaba.

Y así, me quedé allí en el jardín, el peso de mi culpa presionando sobre mí como una corona de espinas, sabiendo que no tenía más opción que cargarla. Porque era la reina, y no podía permitirme flaquear. No ahora. No nunca.

Pero incluso mientras resolvía enterrar mis sentimientos, encerrarlos en los rincones más profundos de mi corazón, sabía que la culpa nunca me dejaría verdaderamente. Sería una compañera constante, un recordatorio del amor que nunca podría abrazar completamente, el amor que siempre permanecería fuera de mi alcance.

Y eso, sabía, era la carga más pesada de todas.

Misión



Hay una especie de locura peculiar que se apodera de un hombre cuando decide buscar la redención. No es la locura del campo de batalla, donde esquivas espadas y flechas con la adrenalina de la supervivencia bombeando en tus venas. No, esta locura es más silenciosa, más insidiosa—un temor que se va infiltrando, una ansiedad constante de que nunca serás capaz de expiar los pecados que has cometido, por más dragones que mates o por más misiones que emprendas.

Así me encontraba, al borde de esa locura particular, tambaleándome como un borracho al borde de un abismo muy empinado y muy profundo. No era solo la culpa que me carcomía por haber besado a Ginebra (aunque eso ciertamente jugaba un papel importante). Era la realización de que había traicionado no solo a Arturo, sino a mí mismo. El caballero que se suponía que debía ser—el caballero de honor, de deber y de lealtad inquebrantable—no era el hombre que me devolvía la mirada en el espejo.

Así que, como cualquier caballero sensato que ha perdido completamente su camino, decidí lanzarme de cabeza en una misión que muy bien podría matarme. Si no podía deshacerme del amor que ardía en mi corazón, entonces tal vez podría quemarlo con el fuego de la batalla. Además, la lógica era simple: luchar suficientes batallas, salvar suficientes vidas, y tal vez, solo tal vez, el universo pasaría por alto el hecho de que estaba irremediablemente enamorado de la esposa de mi mejor amigo.

La misión en sí llegó como si hubiera sido entregada por el destino (o quizás por un poder superior con un sentido del humor retorcido). Un pequeño pueblo, escondido en las escarpadas colinas al este, estaba siendo aterrorizado por una banda de merodeadores—hombres rudos sin lealtad a rey o país, solo a su avaricia y crueldad. Habían estado saqueando el pueblo durante semanas, y nadie había sido capaz de detenerlos.

Parecía la oportunidad perfecta para redimirme—luchando contra el mal en nombre de la justicia, protegiendo a los inocentes, todo mientras ponía la mayor distancia posible entre yo y la tentación que era Ginebra. Y si sucedía que encontraba mi fin en el proceso, bueno, al menos caería luchando, lo cual parecía una manera adecuada para que un caballero terminara.

Así que, con nada más que mi espada, mi armadura y un ardiente deseo de expiar mis pecados, partí solo, dejando Camelot detrás en la niebla de la madrugada. El camino era largo y traicionero, pero acogí la soledad, usando el tiempo para reflexionar sobre el desastre que había hecho de mi vida. Con cada paso, me resolvía a convertirme en el hombre que alguna vez fui, el caballero que podía mirar a Arturo a los ojos sin la sombra de la culpa sobre él.

Cuando finalmente llegué al pueblo, estaba claro que no había llegado un momento demasiado pronto. Los merodeadores se habían vuelto más audaces, sus ataques más frecuentes y más brutales. Los aldeanos vivían con miedo, sus hogares fortificados con lo que podían reunir, pero no era suficiente. Necesitaban un protector—alguien que pudiera enfrentarse a la oscuridad y devolverles la esperanza.

Y así, me convertí en ese protector. Durante días, exploré la zona, aprendí el terreno, observé a los merodeadores desde la distancia, esperando el momento perfecto para atacar. El plan era simple: golpear duro, golpear rápido, y no detenerme hasta que el último de ellos hubiera sido expulsado del pueblo. Era el tipo de trabajo para el que había sido entrenado, el tipo de trabajo que no requería que pensara demasiado—solo luchar, y seguir luchando hasta que el trabajo estuviera hecho.

La primera escaramuza llegó al anochecer, cuando los merodeadores lanzaron un ataque contra el pueblo, sus antorchas iluminando la noche como estrellas malignas. Los enfrenté en el borde del pueblo, con mi espada en mano, el enojo y la culpa dentro de mí alimentando cada golpe. Eran fuertes, pero yo era más fuerte—o tal vez solo más desesperado. Cada hombre que derribaba era un paso más hacia la redención, un paso más lejos de la culpa que amenazaba con consumirme.

Los aldeanos se unieron detrás de mí, su miedo convirtiéndose en determinación mientras luchaban por defender sus hogares. Juntos, empujamos a los merodeadores hacia atrás, obligándolos a regresar a las colinas de donde habían venido. Pero yo no me detuve allí. Esta era mi misión, mi lucha, y no estaba dispuesto a dejarla inacabada.

Los rastreé hasta su campamento, un círculo tosco de tiendas escondidas en lo profundo del bosque. No me esperaban—ciertamente no a un solo hombre contra tantos. Pero no me importó. Estaba más allá de la razón, más allá del miedo. Todo lo que me importaba era terminar lo que había comenzado, demostrarme a mí mismo que aún era digno del título de “caballero”.

La batalla fue feroz, brutal. Luché con una ferocidad que incluso me sorprendió, mi espada un borrón de acero mientras cortaba sus filas. Pero con cada hombre que derribaba, el peso en mi pecho solo se hacía más pesado. Porque, no importaba cuántas batallas luchara, no importaba

cuántas victorias reclamara, no podía escapar de la verdad que me atormentaba: estaba luchando para olvidar, no para redimirme.

Para cuando el último merodeador cayó, el campamento era una ruina humeante, el bosque inquietantemente silencioso tras la batalla. Me quedé en el centro de todo, con el pecho jadeante, la sangre—algo de ella mía, la mayoría no—goteando de mi espada. La victoria debería haber sido triunfal, pero era hueca, un eco vacío de lo que había esperado lograr.

Había hecho lo que me propuse hacer. El pueblo estaba a salvo, los merodeadores derrotados. Pero mientras me quedaba allí, solo en la oscuridad, me di cuenta de que nada había cambiado. La culpa aún me carcomía, el amor que no podía tener aún ardía dentro de mí, y el hombre que esperaba encontrar—el hombre de honor, deber y lealtad—seguía perdido en algún lugar de las sombras de mi corazón.

Mientras regresaba al pueblo, el sol comenzó a salir, pintando el cielo con franjas de rosa y dorado. Los aldeanos me recibieron con vítores, sus rostros llenos de gratitud y alivio. Me llamaron un héroe, pero no podía aceptar sus elogios. Había luchado por ellos, sí, pero también había luchado por mí mismo, y ese conocimiento manchaba la victoria de una manera que ellos nunca podrían entender.

Me quedé en el pueblo unos días, ayudando a reconstruir, a restaurar lo que se había perdido. Pero sabía que no podía quedarme para siempre. Camelot me llamaba de vuelta, y con él, la vida de la que había tratado de escapar. La búsqueda de la redención había sido un fracaso—no porque no hubiera tenido éxito, sino porque había aprendido que la redención no es algo que se pueda ganar blandiendo una espada. Es algo que debes encontrar dentro de ti mismo, y no estaba seguro de que alguna vez lo haría.

Mientras cabalgaba de regreso a Camelot, el camino extendiéndose ante mí como un sendero hacia un destino que no podía cambiar, supe que mi viaje estaba lejos de haber terminado. Las batallas continuarían, tanto en el campo como en mi corazón. Y un día, tal vez, encontraría la redención que buscaba.

Pero por ahora, volvería a la vida que había elegido, la vida de un caballero que amaba demasiado a su reina, y de un hombre que no podía perdonarse a sí mismo por ello.

Y eso, me di cuenta, era el verdadero peso de mi misión—el conocimiento de que algunas batallas nunca podrían ganarse, no importaba cuántas victorias reclamara en el camino.

* * *

La primera vez que comprendí verdaderamente el significado de la soledad no fue cuando ascendí al trono, ni cuando me puse la corona que me marcaba como reina. No, la verdadera comprensión de la soledad llegó cuando vi a Lancelot alejarse de Camelot, su figura haciéndose cada vez más pequeña hasta desaparecer por completo en el horizonte. Fue entonces cuando sentí el peso aplastante del vacío que dejó atrás—un vacío que parecía resonar en las mismas paredes del castillo.

Lo llaman el trono, pero a menudo me he preguntado si no sería más preciso llamarlo el asiento de la soledad. Mientras estaba sentada allí, en el gran salón de Camelot, rodeada de consejeros y cortesanos, todos ellos compitiendo por mi atención con interminables solicitudes y peticiones, no podía evitar sentirme como si estuviera en una isla—una isla donde las mareas del deber y las expectativas chocaban contra las costas, dejándome aislada.

Pero esta era mi vida. Esto era lo que había elegido, ¿verdad? Ser reina, gobernar al lado de Arturo, traer paz y prosperidad a Camelot. Y sin embargo, mientras estaba sentada allí, escuchando el zumbido de voces que parecían fundirse en un único y monótono murmullo, no podía evitar preguntarme si todo eso valía el precio que estaba pagando.

La verdad es que me había acostumbrado a la soledad que venía con la corona. Era una inevitabilidad, un subproducto de las responsabilidades que pesaban sobre mis hombros. Pero la partida de Lancelot había arrancado el frágil velo de contento que había tejido para mí misma, dejándome expuesta a la cruda, dolorosa soledad que había logrado ignorar durante tanto tiempo.

Debería haberme alegrado por él—alegrarme de que hubiera encontrado una misión que ocupara su mente, que lo distrajera del tormento que nos había plagado a ambos desde aquella fatídica noche en el jardín. Pero en lugar de eso, todo lo que sentía era una profunda, persistente sensación de pérdida, como si una parte de mí hubiera partido con él.

Y luego estaba Arturo, el rey siempre diligente, cuya presencia era un recordatorio constante de los votos que había tomado y la vida que había elegido. Él era todo lo que un rey debería ser—noble, amable, e inquebrantable en su dedicación a Camelot. Pero su amor, tan puro y verdadero como era, no podía llenar el vacío que Lancelot había dejado.

Era una cruel ironía, en realidad, que aquello que una vez había buscado—el amor—se hubiera convertido en la fuente de mi mayor dolor. Había querido ser amada, sentirme apreciada y valorada, y sin embargo aquí estaba, rodeada de personas que me miraban en busca de guía y liderazgo, pero que nunca podrían comprender verdaderamente las profundidades de mi soledad.

A medida que avanzaba el día, el trono parecía volverse más duro, el peso de la corona más opresivo. Los cortesanos seguían hablando, sus palabras pasándome por encima como el rugido

sordo del mar, pero apenas podía concentrarme en lo que decían. Mi mente estaba en otra parte —en un hombre que ya no estaba aquí, un hombre que se había llevado un pedazo de mi corazón con él.

Siempre había creído que el amor valía cualquier precio, que era lo único que podía hacer soportables todas las dificultades de la vida. Pero ahora, mientras estaba sentada allí, sintiéndome más sola que nunca, comencé a preguntarme si me había equivocado. ¿Realmente el amor valía el dolor que traía? ¿Valía las noches de insomnio, la constante opresión en el pecho, el miedo de que nunca podría tener lo que tan desesperadamente deseaba?

Miré a Arturo, que estaba inmerso en conversación con uno de sus consejeros, su expresión pensativa y seria. No tenía idea de lo que estaba sucediendo dentro de mí, ninguna idea de que la mujer que estaba sentada a su lado se estaba ahogando en sus propias emociones, su corazón desgarrado entre el amor y el deber.

¿Y cómo podría saberlo? Nunca se lo había dicho, nunca había confesado los sentimientos que habían echado raíces en mi corazón, sentimientos que había intentado enterrar pero que solo se habían hecho más fuertes con cada día que pasaba. Hacerlo habría destrozado el delicado equilibrio que habíamos creado, un equilibrio que ya era lo suficientemente precario.

Pero al ver partir a Lancelot, me di cuenta de que el equilibrio ya había sido alterado, que las paredes que había construido alrededor de mi corazón comenzaban a desmoronarse. Y la idea de enfrentar esa verdad, de confrontar la realidad de lo que sentía, era aterradora.

—Su Majestad —dijo uno de los consejeros, sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué opina sobre el asunto?

Parpadeé, dándome cuenta de que no había estado prestando atención a la discusión en absoluto. —Confío en su juicio —respondí, mi voz distante, y el consejero pareció satisfecho con esa respuesta, aunque a mí me importaba muy poco.

Mientras la reunión continuaba, me encontré retirándome más en mi propia mente, repasando los eventos de los últimos días una y otra vez. El beso, la culpa, el anhelo—todo era un enredo que no parecía poder deshacer. Y ahora, con Lancelot lejos, me quedaba sola para enfrentarlo todo.

Cuando la reunión finalmente terminó, me excusé, alegando que necesitaba algo de tiempo para descansar. Arturo me dirigió una mirada de preocupación, pero no insistió en el asunto, y le agradecí por ello. No podía soportar enfrentarle, no cuando mi corazón estaba tan cargado de culpa y confusión.

Me dirigí a los jardines, el único lugar donde podía encontrar un atisbo de paz, aunque incluso eso era un consuelo efímero. Las rosas estaban en plena floración, sus colores vibrantes un marcado contraste con la nube gris que colgaba sobre mí. Caminé entre ellas, mis dedos rozando los pétalos, pero su belleza hizo poco por levantar mi ánimo.

No pude evitar pensar en Lancelot, en cómo podrían haber sido las cosas si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, si el mundo no hubiera conspirado para mantenernos separados. Pero tales pensamientos eran fútiles, y lo sabía. Yo era la reina, y él era el caballero que había jurado protegerme, no amarme. Y sin embargo, a pesar de todo, habíamos cruzado esa línea, y ahora ambos estábamos pagando el precio.

Mientras me sentaba en el mismo banco donde habíamos compartido ese fatídico beso, sentí una oleada de agotamiento invadir mi cuerpo, tanto físico como emocional. Estaba cansada—cansada de los secretos, cansada de las mentiras, cansada de fingir que todo estaba bien cuando no lo estaba.

Pero, sobre todo, estaba cansada de la soledad.

Siempre había creído que el amor era la respuesta a todos los desafíos de la vida, que podía conquistar cualquier obstáculo, curar cualquier herida. Pero ahora, no estaba tan segura. El amor no me había traído más que angustia, me había desgarrado en dos y me había dejado sintiéndome más aislada que nunca.

Y sin embargo, a pesar de todo, no podía dejarlo ir. Porque la verdad era que, incluso en medio de todo este dolor, todavía amaba a Lancelot. Todavía lo anhelaba, aunque sabía que estaba mal, aunque sabía que solo traería más sufrimiento.

Pero ese era el cruel paradoja del amor, ¿no? Podía hacerte sentir más viva que cualquier otra cosa, pero también podía romperte de maneras que nunca habías creído posibles.

Mientras el sol comenzaba a ponerse, proyectando una luz dorada sobre el jardín, me pregunté si alguna vez encontraría paz, si alguna vez podría reconciliar el amor que sentía con los deberes que llevaba. O si estaba destinada a sentarme en este trono solitario, mi corazón para siempre desgarrado entre el hombre con quien me casé y el hombre que nunca podría tener realmente.

Por ahora, todo lo que podía hacer era esperar—y esperar que, de alguna manera, encontrara la fuerza para seguir adelante.

Espejo



Hay una extraña ironía en la vida de un caballero. Pasas tus días enfrentando todo tipo de amenazas—dragones, merodeadores, el ocasional rival demasiado ambicioso—y, sin embargo, son las batallas más silenciosas, las que se cuelan en tu vida cuando menos lo esperas, las que resultan ser las más peligrosas. Toma, por ejemplo, la aparentemente inocente invitación a pasar la noche en una tranquila aldea, lejos de los tumultuosos pensamientos que me habían acosado desde que dejé Camelot. ¿Qué podría salir mal?

Mucho, resulta.

La aldea era uno de esos lugares pintorescos que encontrarías en una postal si las postales hubieran sido inventadas. Tejados de paja, calles adoquinadas, flores alegres en cada ventana. Era el tipo de lugar donde casi podías convencerte de que el mundo era sencillo, que lo único de lo que tenías que preocuparte era si la cosecha sería abundante ese año. Un lugar tan diferente del enredo de emociones que había dejado atrás en Camelot, que casi parecía irreal.

Los aldeanos me recibieron con los brazos abiertos, como siempre lo hacen cuando un caballero llega con historias de victoria y una espada que aún brilla después de la batalla. Acepté su hospitalidad, agradecido por la distracción, y me encontré sentado en la larga mesa de la posada del pueblo, con un fuego cálido crepitando en la chimenea y una jarra de cerveza en la mano. Era el tipo de noche que cualquier otro hombre podría haber encontrado reconfortante, incluso relajante.

Pero yo no soy cualquier otro hombre.

A medida que avanzaba la noche, la posada se llenó de risas y música, los aldeanos celebrando lo que solo podía suponer era una reciente victoria sobre una parcela de malas hierbas particularmente obstinada o un rebaño de ovejas descarriadas. Traté de unirme, de perderme en la fiesta, pero mis pensamientos seguían volviendo a Camelot, a Ginebra, y a la vida que había intentado dejar atrás, aunque solo fuera por un rato.

Y entonces apareció ella.

Se llamaba Vivienne, y era todo lo que un hombre podría desear después de un largo y solitario viaje—hermosa, encantadora, y con una sonrisa que podría iluminar la habitación más oscura. Era la hija del posadero, o eso me dijeron, y tenía una forma de hacer que cada hombre

en la sala se sintiera como si fuera el único que importaba. Era un don, en verdad, y uno que manejaba con una facilidad práctica.

Captó mi atención casi de inmediato, su mirada se detuvo en mí un momento más de lo estrictamente adecuado. Y yo, siendo el tonto que soy, no pude evitar notarlo. No pasó mucho tiempo antes de que se acercara a donde estaba sentado, su sonrisa cálida y acogedora mientras se deslizaba en el banco junto a mí.

—Sir Lancelot —ronroneó, su voz como miel—, no es todos los días que un caballero tan famoso como usted visita nuestra humilde aldea. Debe tener muchas historias que contar.

Se inclinó un poco más cerca, su perfume—algo floral y dulce—llenando el aire entre nosotros. Era un aroma embriagador, uno que podría haber hecho girar la cabeza de un hombre menos fuerte. Pero todo lo que podía pensar era en el aroma del jazmín que quedaba en los jardines de Camelot, el recuerdo del toque de Ginebra aún fresco en mi mente.

Sonreí educadamente, tratando de mantener la distancia sin parecer grosero. —En efecto, he tenido mi parte de aventuras —respondí, con una voz medida—. Pero esta noche, soy simplemente un viajero que necesita descansar.

La sonrisa de Vivienne no flaqueó, pero había un brillo en sus ojos que me decía que no se desalentaba fácilmente. —Seguramente, un hombre como usted no necesita descanso. No cuando hay tanta… emoción por vivir.

Colocó una mano sobre mi brazo, su toque ligero pero sugerente, y por un momento, sentí la tentación tirando de mí. Habría sido tan fácil—tan simple—dejarme perder en sus encantos, olvidar, aunque solo fuera por un rato, el peso de la culpa y el anhelo que habían sido mis compañeros constantes durante tanto tiempo.

Pero entonces recordé a Ginebra.

Recordé la forma en que me había mirado en el jardín, la forma en que sus labios se habían sentido contra los míos, la forma en que su presencia había llenado el vacío en mi corazón de una manera que nadie más podría hacerlo. Recordé la promesa que me había hecho, el voto de que le sería fiel, incluso si nunca pudiéramos estar juntos. Y supe, en ese momento, que nadie podría reemplazarla.

La mano de Vivienne permaneció en mi brazo, pero suavemente me aparté, ofreciéndole una sonrisa que esperaba transmitiera mi gratitud sin alentarla más. —Es usted muy amable —dije, con voz suave pero firme—. Pero me temo que mi corazón pertenece a otro lugar.

Hubo un destello de sorpresa en sus ojos, seguido de una expresión de comprensión. Estaba decepcionada, podía darme cuenta, pero también era lo suficientemente perspicaz como para

saber que mi negativa no era un rechazo a ella, sino a algo más profundo.

—Ya veo —dijo, su voz perdiendo parte de su tono coqueto—. Quienquiera que sea, es una mujer muy afortunada.

Sonreí, aunque el peso en mi pecho hacía que se sintiera más como una mueca. —El afortunado soy yo —respondí, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas.

Vivienne asintió, una leve sonrisa en sus labios mientras se levantaba del banco. —Entonces le deseo un viaje seguro, Sir Lancelot. Y espero que encuentre lo que está buscando.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó, dejándome solo con mis pensamientos y la realización de que todavía, en muchos aspectos, estaba perdido. El fuego crepitaba en la chimenea, las risas de los aldeanos resonando en el fondo, pero todo lo que podía pensar era en Ginebra, la mujer que había reclamado mi corazón sin siquiera intentarlo.

A medida que avanzaba la noche, me encontré saliendo silenciosamente de la posada, buscando el consuelo del aire fresco de la noche. Las estrellas brillaban sobre mí, la luna proyectando una luz pálida sobre la aldea, y por un momento, me quedé allí, respirando el silencio, tratando de dar sentido a las emociones que bullían dentro de mí.

Había sido tentado—no se podía negar. Pero la verdad era que nadie podría reemplazar a Ginebra. Ella era la que atormentaba mis sueños, la que llenaba mis pensamientos incluso cuando intentaba apartarla. Y aunque sabía que nuestro amor estaba prohibido, que nunca podría ser, también sabía que era lo más verdadero que había sentido en mi vida.

El camino de regreso a Camelot se extendía ante mí, y con él, la vida que había intentado escapar. Pero mientras montaba mi caballo y me preparaba para continuar mi viaje, me di cuenta de que no había escapatoria a la verdad. Ginebra estaba en mi corazón, y no había nada que pudiera hacer para cambiar eso.

Así que seguí adelante, el recuerdo de ella guiándome como un faro en la noche, sabiendo que sin importar a dónde me llevara el camino, mi amor por ella siempre sería mi brújula.

Porque al final, no se trataba de las batallas que libraba o las misiones que emprendía. Se trataba de la mujer que había reclamado mi alma, la mujer que se había convertido en mi verdadero norte.

* * *

Si hay algo que he aprendido en mis años como reina, es que la magia tiene una manera de revelar verdades que preferiríamos mantener ocultas. Una cosa es escuchar las profecías

susurradas de los antiguos videntes o presenciar los encantamientos tejidos por las hábiles manos de Merlín, pero es algo completamente diferente cuando esa magia dirige su mirada hacia adentro, desvelando los secretos que has guardado con tanto cuidado.

Todo comenzó como una simple curiosidad, una tarde en el ala este del castillo, una parte de Camelot que raramente visitaba. Arturo estaba ocupado con los asuntos del consejo, y me encontré deambulando por los pasillos, buscando algo, cualquier cosa, que me distrajera del tumulto que se había convertido en mi compañero constante. Los sirvientes estaban ocupados con sus deberes, y agradecí la soledad, mis pasos resonando en las paredes de piedra mientras dejaba que mi mente divagara.

Fue entonces cuando me topé con el espejo.

Era una cosa alta e imponente, enmarcada en plata que destellaba a la tenue luz del corredor. Lo había pasado muchas veces antes, siempre dándole poco más que una mirada superficial, pero hoy algo en él me llamó, un tirón leve pero insistente que no pude ignorar.

Me acerqué lentamente, mi reflejo volviéndose más claro con cada paso. Ahí estaba, la reina Ginebra, con toda mi finura regia, la mujer que gobernaba al lado del rey Arturo, la mujer amada y admirada por todos, y sin embargo, la mujer que se sentía más sola que nunca en su vida. El espejo reflejaba la imagen que todos veían: la reina serena y elegante, siempre en control, siempre haciendo lo correcto.

Pero mientras estaba allí, mirando el cristal, sentí una extraña sensación, como un cosquilleo en la nuca, un susurro de algo más. El aire a mi alrededor pareció cambiar, y la superficie del espejo comenzó a brillar, el reflejo ondulando como agua perturbada por una piedra.

Y luego, como si fuera lo más natural del mundo, la imagen en el espejo comenzó a cambiar.

Las paredes del castillo se desvanecieron, reemplazadas por una escena tan diferente, tan increíblemente hermosa, que me encontré conteniendo la respiración. Ya no estaba en Camelot. Estaba de pie en un prado, la hierba de un verde vibrante que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Flores silvestres florecían en un estallido de colores, su dulce aroma llevado por una suave brisa que acariciaba mi piel.

Y allí, en medio de todo, estaba Lancelot.

Estaba vestido de manera sencilla, sin armadura, sin espada, solo un hombre, no un caballero, de pie bajo la luz dorada del sol poniente. Sus ojos, siempre tan intensos, eran más suaves aquí, llenos de una calidez que parecía irradiar a través del espejo, envolviéndome como un abrazo reconfortante.

Me acerqué más, con el corazón latiendo en mi pecho mientras observaba la escena desarrollarse. Lancelot estaba sonriendo, esa rara y genuina sonrisa que solo había visto unas pocas veces, y estaba dirigida a mí, solo a mí. Extendió su mano, y sin pensarlo, extendí la mía para encontrarse con la suya, mis dedos rozando la fría superficie del espejo.

En ese momento, la visión se volvió más que una simple imagen. Podía sentir el calor de su mano en la mía, la aspereza de su piel, la suave presión de su toque. Era tan real, tan vívido, que casi podía creer que era cierto.

La escena volvió a cambiar, y me encontré en una pequeña cabaña, del tipo que podrías encontrar en el corazón del campo. Un fuego chisporroteaba en el hogar, llenando la habitación con una luz suave y dorada. El aire estaba impregnado del aroma de pan recién horneado y hierbas, y había una sensación de paz aquí, una sensación de hogar.

Lancelot también estaba allí, su presencia llenando el espacio con una quieta fortaleza. Estaba sentado en una mesa de madera, su mirada fija en mí con una expresión de afecto tan profundo que me dejó sin aliento. No había corona aquí, no había trono, ni deberes ni responsabilidades, solo nosotros dos, solos en este pequeño mundo que era nuestro y solo nuestro.

Se levantó de la mesa, cruzando la habitación en unos pocos y rápidos pasos, y antes de darme cuenta, estaba en sus brazos, mi cabeza descansando contra su pecho, su latido fuerte y constante bajo mi oído. Cerré los ojos, dejándome hundir en el momento, en el calor de su abrazo, en la fantasía que se sentía tan real, tan perfecta, que no quería nada más que quedarme allí para siempre.

Pero incluso mientras me aferraba a la visión, una parte de mí sabía que no podía durar.

La imagen en el espejo comenzó a cambiar nuevamente, y esta vez, me mostró algo diferente, algo más oscuro. Vi las paredes de Camelot, frías e imponentes, el trono que tantas veces había ocupado ahora vacío y abandonado. Vi a Arturo, solo en el gran salón, su expresión de profunda tristeza y pérdida. Y me vi a mí misma, de pie al borde de un precipicio, desgarrada entre dos mundos, dos amores, dos vidas.

La realización me golpeó como un puñetazo en el pecho. Esto no era solo una fantasía, era una advertencia, un recordatorio de las decisiones que había tomado y las consecuencias que seguirían. La vida que había visto con Lancelot, por hermosa que fuera, nunca podría ser mía. Era un sueño, un deseo, pero nada más. Y perseguirlo significaría abandonar todo lo que había jurado proteger.

Aparté mi mano del espejo, la visión desvaneciéndose tan rápido como había aparecido, dejando solo mi reflejo mirándome, pálida, temblorosa y con ojos que ahora llevaban el peso de lo que había visto.

La verdad era innegable: amaba a Lancelot. Lo había amado desde el momento en que lo vi por primera vez, y ese amor solo había crecido con el tiempo. Pero también era la reina Ginebra, esposa del rey Arturo, gobernante de Camelot. Y esas dos identidades nunca podrían coexistir, por mucho que deseara lo contrario.

El espejo me había mostrado lo que mi corazón verdaderamente deseaba, pero también me había mostrado la imposibilidad de ese deseo. Estar con Lancelot significaría dar la espalda a todo lo que había construido, a las personas que dependían de mí, al hombre que me había dado su corazón sin condiciones. Significaría desgarrar el mismo tejido de la vida que había jurado proteger.

Las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos, y me obligué a apartar la mirada del espejo, incapaz de soportar la vista de mi propio reflejo por más tiempo. El peso de la corona sobre mi cabeza parecía más pesado que nunca, y sentí que podría colapsar bajo el peso de todo.

Pero no podía. Tenía que seguir adelante. Tenía que ser fuerte, incluso si eso significaba negar los deseos más profundos de mi corazón.

Mientras dejaba el ala este y regresaba a la sala del trono, supe que la elección ya había sido hecha, mucho antes de que hubiera mirado en ese espejo. La vida que quería, la vida con Lancelot, nunca podría ser más que un sueño fugaz. Y aunque ese sueño me perseguiría por el resto de mis días, tenía que encontrar la manera de vivir con ello, de continuar en la vida que había elegido.

Porque esa era la verdad de ser reina. No siempre obtenías lo que querías, pero hacías lo correcto, sin importar el costo.

Y el costo, me di cuenta, era mi corazón.

Cartas



Regresar a Camelot debería haberme hecho sentir como si estuviera volviendo a casa, como si me deslizara en un abrazo familiar y reconfortante después de un largo y agotador viaje. Pero mientras cruzaba las puertas, saludado por los vítores de los habitantes del pueblo y las banderas ondeando con el emblema de Arturo, no podía sacudirme la sensación de que estaba volviendo a una jaula—una jaula hecha de honor, deber y el amor no correspondido que se había convertido en mi tormento constante.

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, bañando el castillo con una cálida luz dorada. Era el tipo de atardecer que inspiraría a los poetas, lleno de promesas y serenidad. Pero lo único que sentía era una creciente sensación de temor, una pesadez en el pecho que se negaba a disiparse, por más que intentara convencerme de que este era mi lugar.

Arturo fue el primero en saludarme, su rostro se iluminó con una sonrisa amplia y sincera mientras estrechaba mi mano con un firme apretón.

—¡Lancelot, amigo mío! Es bueno tenerte de vuelta. Camelot no ha sido el mismo sin ti.

Forcé una sonrisa, esperando que no pareciera tan vacía como se sentía.

—Es bueno estar de vuelta, Su Majestad —respondí, aunque las palabras sabían amargas en mi boca. ¿Cómo podría decirle que cada paso más cerca de Camelot había sentido como un paso más hacia la oscuridad? ¿Cómo podría explicarle que la alegría de verlo de nuevo estaba ensombrecida por el conocimiento de que la mujer que amo estaba a su lado, y que mi lugar, como siempre, estaba en las sombras?

Arturo me dio una palmada en el hombro, su mirada llena de calidez y confianza, ese tipo de confianza que solo hacía que la culpa se enroscara más profundo en mis entrañas.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo, su voz llena de entusiasmo—. Pero primero, debes descansar. Esta noche celebraremos tu regreso como se debe.

Asentí, agradecido por la tregua.

—Gracias, Arturo. Lo espero con ansias.

Él sonrió de nuevo, ajeno al tumulto dentro de mí, y se volvió para reunirse con el resto de la corte. Y luego, como si el destino hubiera decidido ponerme a prueba una vez más, la vi.

Ginebra.

Estaba de pie cerca de la entrada al gran salón, su vestido de un suave tono verde que hacía juego con los jardines donde compartimos nuestro primer beso. Su cabello, siempre perfectamente arreglado, captaba la luz de una manera que hacía que pareciera hecho de oro hilado. Pero fueron sus ojos los que me atraparon, como siempre lo hacían, esos ojos profundos e infinitos que podían ver a través de la armadura que llevaba, tanto literal como figurativamente.

Por un momento, el mundo pareció desvanecerse. Éramos solo nosotros dos, de pie en lados opuestos de un abismo que ninguno de los dos podía cruzar. Su mirada se aferró a la mía, y en ese breve instante, vi el anhelo, el dolor, el amor que había tratado tan arduamente de ocultar. Todo estaba allí, expuesto en el espacio entre nosotros.

Pero entonces el momento pasó, y las paredes volvieron a levantarse con estrépito.

La expresión de Ginebra se suavizó en la máscara educada y compuesta que llevaba tan bien, la que la convertía en la reina perfecta. Sonrió, una sonrisa que era tan hermosa como desgarradora, y asintió en reconocimiento.

—Bienvenido de vuelta, Sir Lancelot —dijo, su voz tan suave y controlada como siempre—. Camelot brilla más con tu presencia aquí.

Quería decir algo, cualquier cosa, para romper la fachada, para llegar a la mujer que sabía que estaba escondida bajo las capas de deber y decoro. Pero las palabras no salieron. Estaban atrapadas en la misma red de obligaciones que nos había atrapado a ambos, y todo lo que pude hacer fue inclinar la cabeza en respuesta.

—Gracias, Su Majestad —murmuré, el título sintiéndose como una barrera entre nosotros—. Es un honor servir.

Servir. Eso era lo que estaba aquí para hacer, ¿no es cierto? Servir a mi rey, servir a mi reina, servir al reino que me había dado todo excepto lo único que realmente deseaba. Había regresado a Camelot no como un hombre, sino como un caballero, atrapado en el papel que había elegido, atado por los votos que había jurado y para siempre separado del amor que ardía dentro de mí.

El resto del día pasó en un torbellino de formalidades y cortesías, cada una más sofocante que la anterior. La corte estaba alborotada con la noticia de mi regreso, los caballeros ansiosos por escuchar relatos de mis últimas hazañas, las damas lanzándome miradas admiradoras. Pero todo lo que podía pensar era en el peso que presionaba sobre mí, haciéndose más pesado con cada momento que pasaba.

Para cuando comenzó el banquete nocturno, me sentía como un hombre al borde de un precipicio, desesperado por mantener el equilibrio. El gran salón estaba lleno de risas y música, las largas mesas rebosaban de comida y bebida, y sin embargo, todo lo que podía enfocar era el

espacio vacío a mi lado, el espacio que debería haber sido ocupado por Ginebra, si tan solo el mundo fuera diferente.

Arturo, siempre el anfitrión amable, levantó su copa en un brindis.

—Por Lancelot, el más valiente de los caballeros, y un verdadero amigo para todos nosotros. Camelot es más fuerte con tu presencia.

La corte repitió sus palabras, el tintineo de las copas resonando en el salón, pero apenas las escuché. Mi mirada se desvió hacia Ginebra, que estaba sentada al lado de Arturo, su propia copa sostenida delicadamente en su mano. Sonrió en el brindis, pero había una tristeza en sus ojos, una tristeza que reflejaba la mía.

A medida que avanzaba la noche, me encontré retirándome más en mis pensamientos, el ruido del banquete desvaneciéndose en el fondo. Me sentía como un fantasma, una sombra del hombre que una vez fui, atrapado en un mundo que ya no sentía como mío. La alegría del reencuentro, el calor del regreso a casa, estaba manchado por el conocimiento de que nunca podría ser verdaderamente libre, no mientras la amara.

Y así, hice lo que había hecho tantas veces antes: me puse la máscara, la que todos esperaban que llevara. Sonreí, reí, interpreté el papel del caballero leal, todo el tiempo sintiendo que las paredes de Camelot se cerraban a mi alrededor, la jaula haciéndose más pequeña con cada día que pasaba.

Cuando finalmente terminó el banquete y la corte comenzó a dispersarse, me dirigí a los jardines, el único lugar donde podía encontrar un atisbo de paz. La noche estaba fresca, las estrellas esparcidas como diamantes en el cielo, y por un momento, me permití respirar, soltar la máscara que había llevado toda la noche.

Pero incluso aquí, en la quietud de la noche, el recuerdo de ella permanecía, atormentándome como un espectro del que no podía escapar. Sabía que el amor que sentía por Ginebra nunca desaparecería, que seguiría siendo parte de mí, sin importar cuánto intentara enterrarlo. Y esa realización, más que cualquier otra cosa, me hizo sentir más atrapado que nunca.

Había regresado a Camelot, pero el hombre que se había marchado no era el mismo que había vuelto. Era un caballero, sí, pero también era un prisionero, atado no por cadenas, sino por el amor que nunca sería mío.

Y mientras estaba allí, solo en la oscuridad, no pude evitar preguntarme si alguna vez sería verdaderamente libre.

* * *

Hay una especie de locura que acompaña a amar a alguien que nunca podrás tener—una locura que te lleva a hacer cosas que nunca habrías imaginado, cosas que, en cualquier otra circunstancia, tendrías el sentido común de evitar. Pero el amor, como he descubierto, tiene una forma de doblar incluso las voluntades más firmes. Convierte la razón en locura, la precaución en imprudencia, y el corazón en un santuario y un campo de batalla a la vez.

Así que ahí estaba yo, Reina de Camelot, sentada en mi escritorio con un pedazo de pergamino frente a mí, pluma en mano y un corazón tan pesado que sentía que podría romperse en cualquier momento. Las velas parpadeaban en la quietud de la noche, proyectando largas sombras en las paredes, como si quisieran recordarme que lo que estaba a punto de hacer era peligroso, insensato e imposible de resistir.

Lancelot y yo siempre habíamos sido cautelosos, navegando las traicioneras aguas de nuestro amor con la habilidad de marineros experimentados. Pero después de su regreso a Camelot, la distancia entre nosotros—física y emocional—se había vuelto insoportable. Ya no podíamos expresar nuestros sentimientos en voz alta, ya no podíamos robar momentos de verdad en los jardines o en los pasillos, donde cada mirada y gesto eran escrutados por ojos que lo veían todo y no entendían nada.

Y así, recurrimos a las cartas.

Fue Lancelot quien lo sugirió primero, en un momento de desesperación, cuando el peso del silencio se había vuelto demasiado para soportar. Me deslizó una nota en la mano durante una reunión en el gran salón, sus dedos rozando los míos por un breve instante, y en ese toque, sentí una chispa de vida—algo a lo que aferrarme en la asfixiante realidad que ambos habitábamos.

Leí la nota en la privacidad de mis aposentos, con el corazón latiendo con fuerza mientras desdoblaba el pergamino para revelar su elegante y sesgada caligrafía. Las palabras eran simples, cuidadosamente elegidas, pero hablaban de la profundidad de su anhelo, su tormento y el amor que se negaba a ser silenciado.

—Mi corazón es tuyo, Ginebra. No importa la distancia, no importa las circunstancias, siempre será tuyo.

La carta fue tanto un consuelo como una maldición. Era un salvavidas, un recordatorio de que no estaba sola en esta lucha, de que Lancelot sentía el mismo dolor, el mismo anhelo. Pero también era un tormento, pues cada palabra solo profundizaba el abismo entre lo que deseábamos y lo que nunca podríamos tener.

Y así, le respondí.

Al principio, las cartas eran breves, cautelosas, mientras probábamos los límites de esta nueva forma de comunicación. Escribíamos sobre las cosas que no podíamos decir en voz alta—los recuerdos que nos atormentaban, los momentos que atesorábamos, los sueños que solo nos atrevíamos a tener en la privacidad de nuestras mentes. Cada carta era una pequeña rebelión contra los roles que nos veíamos obligados a desempeñar, una grieta en la fachada que mostraban al mundo.

Pero con el tiempo, las cartas se volvieron más largas, más íntimas, cada una un hilo que nos unía más estrechamente, aunque nos recordaba la distancia que nunca podría ser realmente superada. Escribíamos sobre nuestro amor, sí, pero también sobre nuestros miedos, nuestras dudas, nuestra culpa. Desbordábamos nuestros corazones en el pergamino, sabiendo que esas cartas eran el único lugar donde podíamos ser honestos, donde podíamos decir la verdad sin miedo al juicio o a las consecuencias.

Y sin embargo, con cada carta que escribía, sentía que el peso de nuestra decepción se hacía más pesado. El conocimiento de que estábamos jugando un juego peligroso, que en cualquier momento nuestro secreto podría ser descubierto, colgaba sobre mí como una espada suspendida por un hilo. Sabía los riesgos, sabía que si alguien lo descubría, significaría el fin de todo—nuestro amor, nuestras vidas, nuestro lugar en Camelot.

Pero no podía detenerme. No podía soltar lo único que me mantenía unida al hombre que amaba, al hombre que nunca podría tener. Estas cartas eran mi salvavidas, y sin ellas, temía ahogarme en el mar de deber y expectativas que me rodeaba.

Esta noche, mientras me sentaba en mi escritorio, la última carta de Lancelot frente a mí, sentí un dolor familiar en el pecho—una mezcla de alegría y tristeza, de amor y pérdida. Sus palabras eran un bálsamo para mi corazón herido, pero también eran un recordatorio de la situación imposible en la que estábamos atrapados.

—Mi querida Ginebra, Te escribo no como un caballero a su reina, sino como un hombre a la mujer que ama. Pienso en ti constantemente, en cada momento, en cada respiro. Imagino un mundo donde somos libres de estar juntos, donde puedo sostenerte en mis brazos sin miedo, donde nuestro amor no es un secreto, sino una celebración. Pero sé que ese mundo es una fantasía, un sueño que nunca podrá ser. Y sin embargo, no puedo dejar de soñarlo, porque pensar en ti es lo único que me mantiene en pie.

Recorrí las líneas de su caligrafía con mis dedos, imaginando su mano guiando la pluma, las emociones que debió sentir mientras escribía estas palabras. Sabía que el dolor que describía era el mío, el sueño que anhelaba era el mismo que me atormentaba en cada momento de vigilia.

Con un suspiro, mojé la pluma en tinta y comencé a escribir mi respuesta, las palabras fluyendo de mí como si hubieran estado esperando este momento.

—Mi amado Lancelot, Tus cartas son a la vez mi consuelo y mi tormento. Son el único lugar donde puedo decir la verdad de mi corazón, donde puedo decir las cosas que ni siquiera me atrevo a susurrar en la quietud de la noche. Y sin embargo, cada palabra es un recordatorio del amor que nunca podremos abrazar plenamente, de la vida que nunca podremos vivir. Yo también imagino ese mundo, el mundo donde somos libres, donde no estamos atados por las cadenas del deber y el honor. Pero sé, como tú, que es un mundo que solo existe en nuestros corazones, un sueño que nunca podrá convertirse en realidad.

Las palabras fluían con facilidad, pero cada una se sentía como un cuchillo retorciéndose en mi pecho. Cuanto más escribía, más me daba cuenta de cuán profundamente estaba atrapada, de cuán ineludible se había vuelto este amor. Quería detenerme, dejar la pluma y alejarme, liberarme del tormento de amar a alguien que nunca podría tener. Pero no podía. El tirón era demasiado fuerte, la necesidad demasiado grande.

—Y sin embargo, a pesar de todo esto, no puedo dejarlo ir. No puedo abandonar el amor que me sostiene, incluso mientras me destroza. Vivo para tus cartas, para saber que sientes lo mismo que yo, que estás tan perdido en este amor como yo. Es un juego peligroso el que jugamos, mi amor, pero es un juego que no puedo soportar perder.

Me detuve, la pluma flotando sobre el pergamino, mientras la realidad de mis palabras se hundía en mí. Esta era nuestra vida ahora—una vida de secretos y cartas, de momentos robados y verdades no dichas. Una vida que era tan hermosa como dolorosa, tan preciosa como imposible.

—Sé que debemos ser cuidadosos, que debemos guardar nuestros corazones y nuestros secretos con todo lo que tenemos. Pero debes saber esto, Lancelot: no importa lo que pase, no importa la distancia entre nosotros, siempre te amaré. Eres la luz en mi oscuridad, lo único que hace esta vida soportable. Y aunque nunca pueda decirlo en voz alta, debes saber que en mi corazón, soy tuya. Ahora y siempre.

Firmé la carta con una mano temblorosa, sellándola con el sello de mi cresta personal—un símbolo que tenía poco significado en comparación con las palabras que ocultaba. Mientras me recostaba, la luz de las velas parpadeando sobre la carta terminada, sentí una extraña mezcla de alivio y desesperación.

Estas cartas eran nuestro salvavidas, pero también eran un recordatorio de la prisión en la que estábamos atrapados—una prisión que habíamos creado nosotros mismos, atados por el amor y

el deber, por el honor y la culpa. Y aunque sabía que esto no podía durar para siempre, que un día tendríamos que enfrentarnos a la verdad, no podía obligarme a terminarlo. No todavía.

Por ahora, estas cartas eran todo lo que teníamos. Y así, continuaría escribiendo, derramando mi corazón en el pergamino, alcanzando al hombre que amaba de la única manera que podía.

Porque incluso en esta jaula, incluso en este amor imposible, encontraba un consuelo que nunca podría abandonar.

Y eso, me di cuenta, era tanto mi salvación como mi perdición.

Castillo



Hay una peculiar simetría en la vida, donde las batallas que libras en el mundo parecen reflejar las que libras dentro de ti. Es como si el destino, con su retorcido sentido del humor, se deleitara en colocarte al filo de la espada, obligándote a enfrentar las cosas de las que has estado tratando de escapar. Y para mí, esa espada era Joyous Gard—un castillo construido sobre el amor, ahora bajo asedio por enemigos visibles e invisibles.

La noticia llegó en plena noche, como parece ocurrir siempre con las malas noticias. Mi escudero y primo, Bors, irrumpió en mis aposentos con una urgencia que me puso los nervios de punta antes incluso de que pronunciara una palabra.

—Lancelot, es Joyous Gard. El castillo está bajo asedio.

Esas palabras fueron como un golpe en el pecho, dejándome sin aliento. Joyous Gard—mi castillo, mi santuario, el lugar en el que había volcado mi corazón y mi alma para reconstruirlo como un testimonio de mi amor por Ginebra. Y ahora, estaba bajo ataque, asediado por fuerzas que no había previsto.

Apenas tuve tiempo de pensar, y mucho menos de procesar las implicaciones. Mi primer instinto fue acudir a Arturo, reunir a los caballeros de Camelot y cabalgar en defensa de mi hogar. Pero entonces recordé—este no era un castillo común y corriente, y este no era un asedio ordinario. Joyous Gard no era solo una fortaleza de piedra y mortero; era un símbolo de mi amor por Ginebra, un amor que había mantenido oculto del mundo, incluso mientras daba forma a cada rincón de ese lugar.

Pedir ayuda significaría invitar al escrutinio, arriesgarme a exponer la verdad que yacía en el corazón de Joyous Gard. Y ese era un riesgo que no podía correr—no por mí, y ciertamente no por ella.

No, esta era una batalla que tendría que librar solo, o lo más solo posible.

—Iré —dije, con la voz firme a pesar del caos de pensamientos que revoloteaban en mi mente—. Pero mantengamos esto en silencio, Bors. Nadie en Camelot necesita saberlo.

Bors, siempre el leal escudero, asintió sin dudarlo.

—Reuniré a nuestros hombres. Partimos al amanecer.

El amanecer llegó demasiado rápido, y con él, el peso de la decisión que había tomado. Mientras me ponía la armadura, el familiar peso de esta asentándose en mis hombros, no pude evitar sentir que me estaba preparando para más que una batalla física. Joyous Gard estaba bajo asedio, sí, pero también lo estaba mi corazón, y ambos estaban inextricablemente unidos.

Bors y yo partimos con un pequeño contingente de hombres—soldados leales que me habían servido durante años, hombres que me seguirían hasta las profundidades del infierno si se los pidiera. Y en muchos sentidos, eso era exactamente a donde nos dirigíamos. El camino a Joyous Gard era largo, llevándonos a través de oscuros bosques y terrenos traicioneros, pero los empujé hacia adelante con una determinación que incluso a mí me sorprendió.

Mientras cabalgábamos, mis pensamientos volvían una y otra vez a Ginebra. Sus cartas, cuidadosamente escondidas en mi alforja, eran un recordatorio constante de por qué había construido Joyous Gard en primer lugar. Era un lugar donde podía soñar con una vida diferente, una vida en la que nuestro amor no era un secreto, donde podíamos estar juntos sin las cadenas del deber y el honor atándonos a otros.

Pero ahora, ese sueño estaba amenazado. Y por mucho que quisiera creer que mi amor por Ginebra podría proteger Joyous Gard, sabía que el amor por sí solo no era suficiente. Tendría que luchar por ello, como había luchado por cada otra parte de mi vida.

Llegamos a Joyous Gard para encontrar la situación tan grave como Bors había descrito. El castillo estaba rodeado, las fuerzas enemigas acampadas en sus puertas, sus estandartes ondeando en el frío viento. Era una vista que me llenó de una mezcla de ira y desesperación—ira porque se atrevían a atacar mi hogar, y desesperación porque quizá no podría salvarlo.

Pero no había tiempo para la desesperación. Solo quedaba la batalla.

—Bors, lleva a los hombres y rodea la puerta este —le ordené, con la voz calma a pesar de la tormenta que rugía dentro de mí—. Yo lideraré la carga desde el frente. Los atacaremos desde ambos lados.

Bors asintió, su expresión tan sombría como la mía.

—Por Joyous Gard, Lancelot.

—Por Joyous Gard —repetí, aunque lo que realmente quería decir era, Por Ginebra.

La batalla que siguió fue feroz e implacable. El enemigo era fuerte, sus números mayores de lo que había anticipado, pero luché con una ferocidad que rozaba la locura. Cada golpe de mi espada, cada embestida con mi escudo, estaba impulsado por el amor que sentía por Ginebra, la necesidad de proteger el lugar que se había convertido en un santuario para ese amor.

El choque de espadas, los gritos de los hombres, el olor a sangre y sudor—todo se desdibujaba mientras me abría paso entre las filas enemigas, mi mente centrada solo en una cosa: salvar Joyous Gard. Sentía el peso del asedio sobre mis hombros, la presión por tener éxito aumentando con cada momento que pasaba. El fracaso no era una opción—no aquí, no ahora.

Pero incluso mientras luchaba, una parte de mí sabía que esto no era solo sobre Joyous Gard. Era sobre todo lo que me había llevado hasta este punto—las cartas secretas, las miradas furtivas, el amor que me había consumido incluso mientras intentaba mantenerlo oculto. Esta batalla era tanto sobre defender mi corazón como sobre defender mi hogar.

Cuando el sol comenzó a ponerse, bañando el campo de batalla en una luz roja sangre, finalmente vi una brecha en las líneas enemigas. Los habíamos empujado hacia atrás, la marea de la batalla cambiando a nuestro favor, y supe que la victoria estaba a nuestro alcance. Pero era una victoria que tenía un costo—un costo del que era plenamente consciente.

Con un último y desesperado esfuerzo, expulsamos al enemigo de Joyous Gard, sus fuerzas retirándose en la oscuridad mientras asegurábamos las puertas del castillo. El alivio que me invadió estaba atemperado por el agotamiento, mi cuerpo dolorido por la batalla, mi mente tambaleándose por el impacto emocional.

Mientras estaba en el patio, rodeado por los restos de mi pequeño ejército, miré las murallas de Joyous Gard—murallas que habían resistido el asedio, al igual que mi corazón había resistido el embate de emociones que amenazaban con abrumarlo.

Pero por mucho que quisiera creer que la batalla había terminado, sabía que no era así. El asedio a Joyous Gard había sido una prueba—una prueba de mi fuerza, mi determinación, mi amor. Y aunque había salido victorioso, las cicatrices de esa batalla permanecerían, al igual que las cicatrices en mi corazón nunca sanarían del todo.

Bors se acercó, su expresión una mezcla de orgullo y preocupación.

—Los hemos retenido. Joyous Gard está a salvo.

Asentí, con la mirada fija en el castillo que se había convertido en un símbolo de todo lo que más apreciaba.

—Por ahora, Bors. Por ahora.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, no podía sacudirme la sensación de que esto era solo el comienzo—que la verdadera batalla, la batalla por mi corazón y mi amor por Ginebra, aún estaba por venir.

Y en esa batalla, no habría murallas que me protegieran, ni ejército que me defendiera. Solo estaría la verdad—la verdad de que la amaba, que siempre la amaría, y que sin importar lo que

sucediera, ese amor sería tanto mi mayor fortaleza como mi mayor debilidad.

* * *

Dicen que el arma más poderosa de una reina es su capacidad para navegar el delicado equilibrio del poder, para mantener la confianza y lealtad de quienes la rodean con gracia y sabiduría. Pero lo que no te dicen es que, al hacerlo, a menudo se encuentra caminando por una línea tan delgada como una hoja de afeitar, donde un solo paso en falso puede enviarla cayendo en un abismo de sospecha y traición. Y mientras me encontraba frente a Arturo en el gran salón de Camelot, esa línea nunca había parecido más fina.

Todo comenzó con una pregunta, una que parecía inocente en la superficie, pero que cargaba con el peso de mil dudas no expresadas.

—Ginebra —dijo Arturo, con una voz tan suave como firme—, ¿sabes por qué Lancelot decidió irse sin pedir nuestra ayuda?

La pregunta quedó flotando en el aire entre nosotros, engañosamente simple, pero cargada de implicaciones. Pude sentir las miradas de los caballeros sobre mí, sus ojos curiosos, cuestionando, y en algunos casos, tal vez incluso un poco recelosos. No era propio de Lancelot tomar decisiones por su cuenta sin consultar a Arturo, y el hecho de que lo hubiera hecho había levantado más de una ceja.

Pero no solo los caballeros lo estaban cuestionando. Arturo, mi esposo, mi rey, me estaba cuestionando a mí.

Y eso fue una herida mucho más profunda de lo que jamás había imaginado.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se atascaron en mi garganta, enredadas en la telaraña de verdades a medias y secretos que se habían convertido en mi vida. ¿Qué podía decir? ¿Que Lancelot se había ido para proteger algo más que su castillo? ¿Que su silencio tenía tanto que ver con protegernos del escrutinio como con defender Joyous Gard? ¿Que su decisión no nacía del orgullo, sino de un amor que ninguno de los dos podía permitirse reconocer?

No, no podía decir nada de eso. No sin deshilachar el tejido mismo de la vida que todos habíamos construido juntos.

—Yo… creo que deseaba evitarte la carga, Arturo —dije al fin, esforzándome por mantener la voz firme—. Sabía que tenías otros asuntos que atender, y no quería distraerte de tus deberes.

Era una mentira cuidadosamente elaborada, una que tenía la suficiente verdad como para ser creíble. Pero mientras las palabras salían de mis labios, sentí una punzada de culpa, un

recordatorio de que cada mentira, por pequeña que sea, tiene un precio.

Arturo asintió, con una expresión pensativa, pero había algo en sus ojos, una sombra de duda, que no había estado allí antes.

—Tal vez —dijo lentamente—, pero Lancelot nunca ha dudado en pedir mi ayuda cuando ha sido necesaria. Esta vez, eligió ir solo. No es propio de él.

La verdad de esas palabras me dolió más de lo que quería admitir. La confianza de Arturo en Lancelot siempre había sido inquebrantable, al igual que su confianza en mí. Pero ahora, con la inexplicable partida de Lancelot y mis respuestas vagas, podía sentir que esa confianza comenzaba a desmoronarse en los bordes.

—¿Crees que hay algo más detrás de esto, Ginebra? —preguntó, su mirada buscando respuestas en la mía que no podía darle.

Dudé, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. La mentira que había dicho ya comenzaba a desmoronarse bajo el peso del escrutinio de Arturo, y sabía que si no tenía cuidado, todo se vendría abajo. Pero ¿cómo podía proteger a Lancelot, protegerme a mí misma, sin traicionar al hombre que me había dado su amor y su confianza?

—No —dije al fin, mi voz más suave de lo que pretendía—. Creo que Lancelot actuó en lo que pensaba que era el mejor interés de Camelot. Nunca haría nada para poner eso en peligro.

Arturo me estudió por un largo momento, su expresión indescifrable.

—Por supuesto —dijo finalmente, aunque había una nota de incertidumbre en su voz que me hizo sentir un escalofrío en la columna—. Lancelot siempre ha sido leal a Camelot. A nosotros.

Las palabras estaban destinadas a tranquilizar, pero en su lugar, se sintieron como una acusación sutil, un recordatorio de que la lealtad, una vez cuestionada, es difícil de restaurar. Supe entonces que la sombra de la duda había echado raíces en la mente de Arturo, y por mucho que intentara tranquilizarlo, esa duda permanecería, creciendo como una espina en el corazón de nuestro matrimonio.

Mientras los caballeros continuaban con sus discusiones, me encontré retirándome en mis pensamientos, el peso de mis lealtades divididas presionándome como una carga física. Siempre había sabido que mi amor por Lancelot era peligroso, que podría costarme todo si alguna vez se descubría. Pero hasta ahora, no había comprendido verdaderamente la profundidad de ese peligro.

La confianza de Arturo en mí era la base de nuestra relación, la piedra angular de mi papel como reina. Y ahora, esa base estaba agrietándose, amenazada por el mismo amor que una vez había sido mi refugio.

Pensé en las cartas que había intercambiado con Lancelot, en las palabras que habíamos compartido en secreto, en los sueños que nos habíamos atrevido a entretener, aunque sabíamos que eran imposibles. Esas cartas habían sido un salvavidas, una forma de mantener vivo nuestro amor frente a las abrumadoras probabilidades. Pero ahora, se sentían como un lazo, apretándose alrededor de mi cuello con cada mentira que decía, con cada verdad que ocultaba.

Cuando la reunión finalmente terminó y los caballeros comenzaron a dispersarse, Arturo se volvió hacia mí, su expresión suavizándose.

—Ginebra, lamento si parecí severo. Es solo que… me preocupa. Me preocupa Camelot, nuestra gente. Me preocupas tú.

Sus palabras, destinadas a consolar, solo profundizaron la angustia en mi pecho.

—No hay necesidad de preocuparse, Arturo —dije, forzando una sonrisa que se sentía como una máscara—. Lancelot regresará, y todo estará bien.

Pero incluso mientras decía esas palabras, sabía que estaban vacías. Porque la verdad era que nada volvería a ser lo mismo. El amor que sentía por Lancelot me había colocado en un precipicio, y un paso en falso podría enviarme cayendo a una oscuridad de la que no habría retorno.

Mientras veía a Arturo alejarse, una sensación de temor se asentó sobre mí, un miedo creciente de que había puesto en marcha eventos que ya no podía controlar. El precio de mi amor por Lancelot era más alto de lo que había imaginado, y ahora, comenzaba a darme cuenta de cuánto podría costarme.

Había pensado que podría mantener mi corazón dividido, que podría amar a dos hombres sin traicionar a ninguno. Pero ahora, mientras me quedaba sola en el gran salón de Camelot, entendí que la lealtad, al igual que el amor, no puede compartirse. Debe darse por completo, o no darse en absoluto.

Y al intentar hacer ambas cosas, temía que podría perderlo todo.

Desenlace



Si hubiera tenido un poco de sentido común, habría dado la vuelta a mi caballo en cuanto vi las torres de Camelot perforando el horizonte, habría ido a cualquier lugar menos de regreso al lugar donde mi corazón se había enredado en nudos que nunca podría desatar. Pero el sentido común me había abandonado hace tiempo, dejando solo el impulso temerario de un amor que, en el fondo, sabía que sería mi perdición.

Regresar a Camelot después de defender Joyous Gard debería haber sentido como una victoria. En cambio, se sintió como caminar hacia las fauces de un dragón, sabiendo muy bien que no había escapatoria. El castillo se erguía más imponente con cada paso que daba, y con él, el peso de las decisiones que había tomado: las mentiras, las cartas, los secretos que había tejido en una trama tan intrincada que ya no podía distinguir dónde terminaba la verdad y comenzaba el engaño.

Arturo me recibió con su calidez habitual, su sonrisa tan genuina como la confianza que siempre había sido la piedra angular de nuestra amistad. Pero al estrechar mi mano, lo vi: el destello de duda en sus ojos, la sombra que había echado raíces desde que me fui sin decir palabra. Era sutil, casi imperceptible, pero estaba allí, una semilla de sospecha que había comenzado a crecer, alimentada por los rumores que sin duda circulaban por la corte.

—Lancelot —dijo Arturo, con una preocupación en su voz que me hizo sentir un nudo en el estómago—, has regresado sano y salvo, y por eso estoy agradecido. Pero debo preguntarte… ¿por qué te fuiste sin pedir nuestra ayuda? ¿Por qué ir solo?

Era la pregunta que había temido, la que había ensayado responder mil veces en mi mente, ninguna de las cuales parecía suficiente ahora que estaba frente a él. ¿Cómo podría explicarle que mi decisión no había sido motivada por el orgullo, sino por la necesidad de proteger algo mucho más frágil que las murallas de un castillo? ¿Cómo podría decirle que la batalla que libré en Joyous Gard tenía tanto que ver con defender mi corazón como con defender mi hogar?

—Pensé que era mejor manejarlo discretamente —dije, manteniendo mi voz firme, encontrando su mirada sin vacilar—. No quería cargar a ti ni a los caballeros con algo que creí que podía resolver por mi cuenta.

Arturo asintió, aunque la duda en sus ojos persistía.

—Nunca has sido de los que cargan con las responsabilidades solo, Lancelot. Camelot es más fuerte cuando estamos juntos, siempre has dicho eso. Entonces, ¿por qué ahora?

¿Por qué ahora, en efecto?

Porque ahora, Arturo, no soy el hombre que crees que soy. Porque ahora, estoy enamorado de tu reina, y cada decisión que tomo está teñida por esa verdad, una verdad que lo destrozaría todo si alguna vez se revelara.

Pero, por supuesto, no podía decir eso. Así que hice lo que se me había vuelto demasiado fácil hacer: mentí.

—Lamento haberte causado preocupación, Arturo —dije, sintiendo las palabras como piedras en mi boca—. Fue un error de mi parte. Debí haberte confiado esto.

Arturo me estudió durante un largo momento, y pude sentir sus ojos buscando algo en los míos: quizás tranquilidad, o tal vez solo la verdad. Pero lo que sea que encontró, no pareció aliviar la tensión que colgaba entre nosotros como una espada a punto de caer.

—Solo prométeme, Lancelot —dijo en voz baja—, que nunca volverás a dudar en venir a mí. Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos. Eso es lo que hacen los hermanos.

Forcé una sonrisa, aunque se sintió frágil, como un cristal listo para romperse al menor toque.

—Lo prometo —respondí, aunque incluso mientras pronunciaba las palabras, sabía que estaban vacías. Porque había algunas batallas que no podía pedirle a Arturo que librara, algunas verdades que no podía pedirle que soportara.

Tan pronto como terminó nuestra conversación, me encontré dirigiéndome hacia el único lugar al que sabía que no debería ir, impulsado por una necesidad que hacía mucho había superado cualquier atisbo de precaución. Tenía que verla, asegurarme de que la conexión que teníamos, el amor que me había llevado a la locura, seguía siendo tan real como siempre.

Encontré a Ginebra en sus aposentos, la puerta entreabierta como si me hubiera estado esperando. La visión de ella, de pie junto a la ventana con la luz del atardecer formando un halo de luz a su alrededor, me dejó sin aliento. Se giró al verme entrar, sus ojos encontrando los míos con una mezcla de alivio y ansiedad que reflejaba la mía.

—Lancelot —susurró, dando un paso hacia mí—. Has vuelto.

Crucé la habitación en unos pocos pasos rápidos, acortando la distancia entre nosotros, y antes de darme cuenta, mis manos estaban en sus hombros, acercándola más.

—Tenía que verte —dije, mi voz áspera con el peso de todo lo que había mantenido embotellado—. No podía… no podía mantenerme alejado.

Sus manos subieron hasta descansar contra mi pecho, su toque enviando una descarga eléctrica a través de mí. Por un momento, simplemente nos quedamos allí, mirándonos, las palabras no dichas colgando en el aire entre nosotros como una nube de tormenta lista para estallar.

Y entonces, la tormenta estalló.

Sin pensar, sin preocuparme por las consecuencias, me incliné y la besé. No fue un beso de pasión, sino de desesperación, de necesidad, de un amor que había sido negado durante demasiado tiempo. Ginebra respondió al instante, sus manos aferrándose a mi túnica mientras me acercaba más, como si intentara anclarse en un mundo que se había salido de control.

Era un beso que nunca debería haber ocurrido, un beso que fue tanto un consuelo como una traición, y en ese momento, nada más importó.

Pero el mundo tiene una manera cruel de recordarte la realidad.

La puerta se abrió un poco más, y antes de que pudiera siquiera apartarme, escuché el jadeo, una toma de aire aguda que atravesó la neblina de nuestro abrazo como una daga.

Nos separamos, girando para ver quién nos había descubierto, y mi corazón cayó en mi estómago.

De pie en la puerta estaba una de las damas de la corte, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa, su mano cubriendo su boca como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Por un momento, ninguno de nosotros se movió, el silencio en la habitación era tan ensordecedor como un grito.

Y luego, ella se dio la vuelta y huyó, sus pasos resonando en el pasillo mientras la realidad de lo que acababa de suceder comenzaba a hundirse.

—Lancelot —susurró Ginebra, su voz temblando de miedo—. ¿Qué hemos hecho?

No respondí, porque no había nada que pudiera decir. La verdad era dolorosamente obvia: nuestro secreto, el que habíamos luchado tanto por proteger, estaba a punto de ser expuesto ante toda Camelot.

El desenlace había comenzado, y no había vuelta atrás.

* * *

Hay un momento en el que te das cuenta de que todo lo que has construido, todo lo que has luchado por proteger, está a punto de desmoronarse bajo el peso de tus propias decisiones. Para mí, ese momento llegó mientras estaba de pie en la tenue luz de mis aposentos, viendo a

Lancelot prepararse para dejar Camelot, el hombre que amaba deslizándose entre mis dedos como arena. Las murallas del castillo que alguna vez fueron mi refugio ahora se sentían como una jaula, y sabía que la tormenta que habíamos temido durante tanto tiempo finalmente había llegado.

—Lancelot, debes irte —susurré, mi voz apenas más que un suspiro—. Si te quedas, solo empeorará las cosas. Vendrán por ti, y no puedo… —Mi voz se quebró, las palabras se atascaban en mi garganta—. No puedo soportar la idea de lo que harán si te encuentran aquí.

Los ojos de Lancelot, esos ojos intensos y tormentosos que siempre habían visto directamente en mi alma, se encontraron con los míos con una mirada de tristeza y determinación.

—Ginebra, no puedo dejarte enfrentarte a esto sola —dijo, su voz ronca de emoción—. Si me voy, se volcarán contra ti. Te culparán de todo.

—Ya lo hacen —respondí, una sonrisa amarga torciendo mis labios—. Pero si estás aquí, también te culparán a ti. Y entonces no solo mi vida estará en peligro, sino la tuya también.

Él vaciló, su mano flotando sobre la puerta, como si estuviera desgarrado entre quedarse o huir. Pude ver el conflicto en sus ojos, la guerra entre su amor por mí y su sentido del deber, y me rompía el corazón saber que yo era la causa de esa guerra.

—Por favor, Lancelot —supliqué, mi voz temblando bajo el peso de todo lo que habíamos perdido—. Por el bien de ambos, vete. Deja Camelot. Encontraremos la manera de… de arreglar esto. Pero no si estás aquí.

Durante un largo momento, él se quedó allí, el silencio entre nosotros pesado con palabras no dichas. Y luego, con una última y angustiada mirada, asintió.

—Me iré —dijo, su voz baja y resignada—. Pero escucha bien, Ginebra, pase lo que pase, volveré por ti. Lo juro.

No confié en mi voz para hablar, así que solo asentí, las lágrimas llenando mis ojos mientras lo veía irse, sus pasos resonando por el pasillo hasta desvanecerse en la nada. En el momento en que la puerta se cerró tras él, sentí el peso de mi decisión asentarse sobre mí como un sudario. Lo había enviado lejos para protegerlo, pero al hacerlo, me había condenado a enfrentar sola la ira de Camelot.

Y sabía que esa ira estaba en camino.

No pasó mucho tiempo antes de que las acusaciones comenzaran a volar. Los susurros se convirtieron en rumores, los rumores en acusaciones, y las acusaciones en hostilidad abierta. La corte estaba llena de conversaciones sobre mis supuestas indiscreciones, el aire denso con el olor

de la traición y el escándalo. Me confinaron a mis aposentos, mi habitación, que una vez fue espaciosa, ahora se sentía como una prisión mientras esperaba mi destino.

Arturo no vino a verme, y eso dolió más de lo que hubiera podido imaginar. Había esperado enojo, decepción, quizás incluso incredulidad, pero el silencio fue mucho peor. Era como si ya hubiera sido condenada, juzgada no por los hechos, sino por la mera sugerencia de impropiedad. Podía sentir las paredes cerrándose sobre mí, la vida que había conocido deslizándose entre mis dedos con cada hora que pasaba.

Un día después, me llamaron para enfrentar el juicio, un juicio que sabía, en mi corazón, determinaría más que solo mi destino. Determinaría el destino de Camelot, de todo lo que habíamos construido juntos. Mientras me llevaban desde mis aposentos hasta el gran salón, los susurros de la corte me seguían, sus ojos llenos de una mezcla de lástima y desprecio. La reina había caído, y estaban demasiado ansiosos por ver hasta qué punto.

El gran salón, usualmente lleno de luz y calidez, ahora se sentía frío e intimidante. Las paredes de piedra parecían cerrarse a mi alrededor mientras me acercaba al trono, donde Arturo estaba sentado, su expresión tan inescrutable como una estatua tallada. Los caballeros estaban reunidos, sus rostros una mezcla de enojo, confusión y tristeza. Y allí, en medio de todo, estaba el vacío donde Lancelot debería haber estado, una ausencia que cortaba más profundo que cualquier cuchilla.

Los cargos fueron leídos en voz alta, las palabras resonando en mis oídos como una campana de muerte. Adulterio. Traición. Engaño. Cada palabra golpeaba como un martillo, clavando clavos en el ataúd de la vida que una vez conocí. Estuve allí de pie, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, mientras los ojos de la corte se clavaban en mí, exigiendo respuestas, exigiendo retribución.

La voz de Arturo, cuando finalmente habló, estaba tranquila, pero había una corriente de dolor que me cortó como un cuchillo.

—Ginebra —dijo, su mirada fija en la mía—, se te acusa de traicionar a tu rey, a tu esposo y a tu reino. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Mi defensa. ¿Qué defensa podía haber? La verdad, si la decía, lo destruiría todo. Pero la mentira, la mentira que ya había echado raíces, solo me condenaría más.

Respiré hondo, obligándome a mantenerme erguida, aunque sentía el peso del mundo presionando sobre mis hombros.

—Yo… no puedo negar el amor que he sentido, pero nunca he actuado para traicionarte, Arturo, ni para traicionar a Camelot.

Un murmullo recorrió la corte, pero Arturo levantó una mano para silenciarlos.

—Y sin embargo, las acusaciones se mantienen. Las pruebas son condenatorias. Fuiste vista con Lancelot… comprometida.

Me estremecí ante la palabra, ante la sensación de su irremediable final.

—Lancelot siempre ha sido leal a Camelot, a ti. Nunca actuaría en tu contra, y yo tampoco. Pero no puedo negar el amor en mi corazón.

Las palabras salieron de mis labios, y con ellas, cualquier esperanza de salvar mi posición, mi vida. El silencio que siguió fue ensordecedor, el juicio de la corte colgando en el aire como una pesada losa.

El rostro de Arturo no traicionó nada, pero el dolor en sus ojos era inconfundible.

—La corte deliberará —dijo, su voz firme pero desprovista de calidez—. Serás confinada a tus aposentos hasta que se llegue a un veredicto.

Me llevaron de regreso, los susurros de la corte desvaneciéndose detrás de mí mientras era escoltada de vuelta a la prisión que una vez fue mi refugio. La puerta se cerró detrás de mí con una finalización que resonó en mi alma, y me dejé caer al suelo, la fuerza que me había sostenido durante el juicio finalmente cediendo.

Sabía que, sin importar el resultado, mi vida nunca volvería a ser la misma. Había tomado mi decisión, entre el amor y el honor, entre la verdad y la mentira, y ahora tendría que enfrentar las consecuencias.

Sola.

El precio de mi amor por Lancelot había sido más alto de lo que jamás había imaginado, y ahora, mientras me sentaba en la oscuridad de mis aposentos, sabía que lo había pagado en su totalidad.

Por Amor



Hay momentos en la vida de un hombre en los que la razón, el deber y el honor se dejan de lado, cuando lo único que importa es el amor feroz e inquebrantable que arde en su corazón. Para mí, ese momento llegó cuando escuché la noticia de la ejecución planeada de Ginebra. Las palabras me llegaron como una sentencia de muerte propia, desgarrando los frágiles hilos de control a los que me había aferrado durante tanto tiempo.

Ginebra, la mujer que había capturado mi alma, iba a ser ejecutada. Y supe, sin lugar a dudas, que no permitiría—no podría—dejar que eso sucediera. No mientras siguiera respirando.

Apenas tuve tiempo de pensar. Mi único pensamiento era alcanzarla, salvarla, sin importar el costo. No había espacio para la duda, no había tiempo para la precaución. El amor se había convertido en mi arma, y lo blandiría con toda la furia de un hombre que no tenía nada más que perder.

Monté mi caballo, la urgencia de la situación vibrando en mis venas, y con una sola y determinada orden, cabalgué hacia Camelot, el paisaje familiar desdibujándose a mi alrededor mientras empujaba a mi corcel hasta sus límites. El mundo a mi alrededor parecía encogerse, el ruido del viento en mis oídos ahogando todo excepto el sonido de mi propio corazón, latiendo al compás de los cascos bajo mí.

A medida que me acercaba a Camelot, el castillo apareció ante mí, sus torres imponentes y murallas fortificadas como un recordatorio crudo de la fortaleza que estaba a punto de asaltar. Pero no era solo el castillo lo que me preparaba para tomar por asalto, era el corazón mismo de mi vida, el centro de mi amor, mi lealtad, mi traición. Y por Ginebra, lo destruiría todo.

Las puertas de Camelot se alzaban ante mí, custodiadas por caballeros a los que una vez llamé hermanos. Eran mis camaradas, mis amigos, hombres con los que había luchado, sangrado, compartido risas y victorias. Pero ahora, estaban entre mí y la mujer que amaba, y en ese momento, se convirtieron en el enemigo.

—¡Detente, Lancelot! —gritó uno de los caballeros, su voz firme, aunque había un destello de incertidumbre en sus ojos al reconocerme—. No puedes entrar. Por orden del rey, Ginebra debe ser ejecutada. Esta no es tu lucha.

No es mi lucha. Las palabras sonaban vacías, un insulto a todo lo que sentía, a todo lo que había sacrificado.

—Esta es mi lucha —respondí, mi voz baja, fría, la calma antes de la tormenta—. Y no me detendrán.

Sin decir más, desenvainé mi espada, el peso familiar en mi mano reconfortante en medio del caos que amenazaba con consumirme. Los caballeros dudaron, divididos entre su deber y su lealtad hacia mí, pero no les di tiempo para decidir. Espoleé a mi caballo hacia adelante, cargando hacia las puertas con una determinación tan firme que no dejaba espacio para la misericordia.

El choque de acero contra acero llenó el aire mientras enfrentaba sus espadas, cada golpe alimentado por la desesperación de un hombre que sabía que estaba luchando por lo único que realmente importaba. Luché con la precisión de un maestro espadachín, pero había algo más que me impulsaba ahora, algo mucho más primitivo, más feroz.

El amor. El amor que se había convertido en mi maldición, mi salvación, mi ruina.

Uno a uno, los caballeros cayeron ante mí, sus rostros grabados con una mezcla de shock y arrepentimiento al darse cuenta de que no sería—no podría—ser detenido. Conocía a cada uno por su nombre, conocía sus fortalezas, sus debilidades, y en ese conocimiento, encontré la ventaja que necesitaba. Pero con cada vida que tomaba, un pedazo de mi alma se destrozaba, la culpa y la tristeza acumulándose como cuerpos en el campo de batalla.

Pero no había vuelta atrás.

Llegué al patio, mi camino sembrado de caídos, mi corazón pesado con el peso de lo que había hecho. La última barrera entre Ginebra y yo eran las grandes puertas del salón principal, donde sabía que estaba siendo retenida, esperando la sentencia que le quitaría la vida. Desmonté, mis piernas temblando de agotamiento y emoción, pero me obligué a avanzar, mi espada aún aferrada en mi mano ensangrentada.

Las puertas estaban custodiadas por los últimos caballeros de Arturo, sus rostros marcados por una determinación sombría. Estos eran los caballeros con los que me había entrenado, con los que había combatido, con los que había celebrado. Pero ahora, eran el último obstáculo, la última línea de defensa entre mí y la mujer que amaba.

—Lancelot, no lo hagas —suplicó uno de ellos, Gawain, su voz cargada de emoción—. No queremos luchar contigo. Retrocede ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. En el momento en que me enamoré de Ginebra, en el momento en que dejé que ese amor me consumiera, todo se había vuelto demasiado tarde.

—Hazte a un lado, Gawain —dije, mi voz temblando con el esfuerzo de mantenerla firme—. No lo pediré de nuevo.

El rostro de Gawain se torció de angustia, pero no se movió.

—Si sigues adelante con esto, Lancelot, no habrá vuelta atrás. Serás un traidor para Camelot, para Arturo. No nos obligues a luchar contra ti.

La palabra “traidor” dolió, pero era una herida que ya había aceptado. Sabía lo que era, sabía en lo que me había convertido. Y por Ginebra, llevaría ese título con el honor que me quedara.

—Lo siento —susurré, las palabras apenas audibles mientras daba un paso adelante, levantando mi espada.

La batalla que siguió fue rápida, brutal e implacable. Gawain era un oponente formidable, su habilidad igualada solo por su determinación de detenerme. Pero yo estaba impulsado por algo más allá de la habilidad, más allá de la determinación. Estaba impulsado por el amor, y eso me hacía imparable.

El golpe final llegó demasiado rápido, un golpe limpio que envió a Gawain al suelo, su espada resonando al caer de su mano mientras me miraba con una mezcla de dolor e incredulidad.

—Lancelot… —jadeó, la sangre manchando sus labios mientras luchaba por hablar—. ¿Por qué?

Me arrodillé junto a él, mi corazón rompiéndose al ver a mi amigo, mi hermano, herido por mi propia mano.

—Porque la amo —dije, mi voz ahogada por la emoción—. Y daría mi vida por la suya.

Los ojos de Gawain se suavizaron, y por un momento, pensé que vi un destello de comprensión, de perdón. Pero luego la luz se apagó, y se desplomó, inconsciente, la lucha abandonándolo.

Me puse de pie, mi cuerpo dolorido por el desgaste de la batalla, mi corazón pesado con el conocimiento de lo que había hecho. Pero no había tiempo para lamentarlo, no había tiempo para llorar. Empujé las puertas del gran salón, mi respiración llegando en jadeos irregulares mientras me preparaba para enfrentar lo que me esperaba adentro.

Y allí estaba ella—Ginebra, de pie en el centro del salón, con las manos atadas, su rostro pálido pero resuelto. Sus ojos se encontraron con los míos, y en ese momento, todo lo demás se desvaneció. La sangre en mis manos, los cuerpos que dejé a mi paso, la traición a mi rey y a mis amigos—nada de eso importaba. Todo lo que importaba era ella.

Crucé el salón en unos cuantos pasos rápidos, tirando de ella hacia mis brazos mientras cortaba sus ataduras con un solo y rápido movimiento. Ella se aferró a mí, su respiración cálida contra mi cuello mientras susurraba mi nombre, una y otra vez, como una oración.

—Lancelot… ¿Qué has hecho? —preguntó, su voz temblando de miedo y amor, con el peso de todo lo que habíamos perdido.

—Hice lo que tenía que hacer —respondí, mi voz gruesa de emoción—. Lo haría todo de nuevo, por ti.

Ella se apartó, sus ojos buscando los míos con una desesperación que reflejaba la mía.

—Tenemos que irnos, Lancelot. Tenemos que dejar Camelot. Ahora.

Asentí, sabiendo que tenía razón, que ya no había un lugar para nosotros aquí. Habíamos cruzado la línea, y no había vuelta atrás. Ahora éramos proscritos, fugitivos en el reino que una vez llamamos hogar.

Pero mientras nos disponíamos a salir, las puertas del gran salón se abrieron de golpe, y allí estaba Arturo, su rostro una máscara de furia y traición, su espada desenvainada y lista.

—¡Lancelot! —bramó, su voz resonando en el salón—. ¿Qué has hecho?

Me paré delante de Ginebra, mi espada levantada, listo para defenderla con mi vida.

—He hecho lo que tenía que hacer, Arturo —dije, mi voz firme a pesar del caos que rugía dentro de mí—. No dejaré que la lleves. No dejaré que la mates.

Los ojos de Arturo se entrecerraron, su agarre en la espada se endureció.

—Me has traicionado, Lancelot. Has traicionado a Camelot. No hay vuelta atrás.

—Lo sé —respondí, mi voz llena de una tristeza que apenas podía contener—. Pero no dejaré que muera. No por esto. No por nuestro amor.

El aire entre nosotros se cargó de tensión, el peso de nuestra historia compartida presionando sobre nosotros como un sudario de plomo. Arturo, mi rey, mi hermano, el hombre al que había jurado servir—ahora mi enemigo, mi juez, mi verdugo.

—Te amé como a un hermano, Lancelot —dijo Arturo, su voz llena de emoción—. Pero no me has dejado opción.

Encontré su mirada, mi corazón rompiéndose con el conocimiento de lo que estaba por venir.

—Y yo te amé, Arturo. Pero la amo más.

Con un rugido de ira y dolor, Arturo cargó, su espada destellando en la tenue luz del salón. Y yo, el caballero que una vez estuvo a su lado, me preparé para luchar contra él hasta la muerte.

Por Ginebra.

Por amor.

Por la vida que nunca tendríamos.

* * *

Hay una extraña libertad en ver cómo tu mundo se desmorona. Es una libertad impregnada de una amarga tristeza, con el conocimiento de que todo lo que alguna vez amaste se está convirtiendo en cenizas a tu alrededor. Mientras Lancelot y yo huíamos de Camelot, el castillo que había sido mi hogar, mi fortaleza, mi corona, sentí el peso de esa destrucción presionándome como un sudario asfixiante.

El aire estaba denso con el olor a humo y sangre, los restos de la batalla que había enfrentado a hermano contra hermano, a caballero contra caballero. Todavía podía escuchar los ecos de las espadas chocando, de la voz de Arturo, rasgada por la traición y el dolor, exigiendo justicia por los pecados que había cometido. Pero aquí no habría justicia, al menos no en la forma en que Arturo la imaginaba. Solo pérdida, solo el lento e inevitable colapso del reino que habíamos luchado tanto por construir.

La mano de Lancelot estaba firme sobre la mía, su agarre era lo único que me anclaba al presente, a la realidad de que todavía estábamos vivos, todavía huyendo. Los pasillos de Camelot se desdibujaban a nuestro alrededor mientras avanzábamos por los pasajes secretos del castillo, pasajes que solo los caballeros más confiables conocían. Nunca antes había estado en ellos, pero Lancelot los conocía como la palma de su mano, guiándome por los giros y vueltas con una confianza que desmentía el caos que dejábamos atrás.

Emergimos en el aire fresco de la noche, con las murallas del castillo alzándose imponentes sobre nosotros, su silueta familiar ahora teñida de amenaza y arrepentimiento. Mi corazón dolía con el peso de todo—la vida que estábamos dejando atrás, las personas a las que habíamos traicionado, el amor que nos había destrozado y, sin embargo, nos había unido de una manera de la que ninguno de los dos podía escapar.

—Ginebra —susurró Lancelot, su voz era un murmullo bajo que parecía fundirse con la noche—. Tenemos que seguir moviéndonos.

Asentí, aunque mis piernas se sentían como plomo, cada paso más pesado que el anterior. Quería correr, huir de la pesadilla que había invadido mi vida, pero estaba clavada en el lugar, mi mirada fija en el castillo que alguna vez fue un símbolo de todo en lo que había creído.

Camelot. La gran y noble Camelot, ahora destrozada por el mismo amor que alguna vez prometió hacerme sentir completa.

—Lancelot —dije, mi voz temblando mientras me volvía hacia él—, ¿qué hemos hecho?

Él me miró, sus ojos llenos de una mezcla de tristeza y determinación, los mismos ojos que habían encontrado los míos el primer día que nos conocimos, hace tantos años. Pero ahora, esos ojos llevaban el peso de todas las decisiones que habíamos tomado, todas las líneas que habíamos cruzado.

—Hicimos lo que teníamos que hacer —respondió, su voz firme a pesar de la tormenta que rugía dentro de él—. Nos salvamos mutuamente.

Salvarnos. Era una palabra que se sentía vacía, incluso mientras flotaba en el aire entre nosotros. Sí, habíamos escapado de la horca, de la espada, del fuego, pero ¿a qué costo? Al costo de todo lo que alguna vez habíamos conocido, todo lo que habíamos amado.

Aparté la mirada de Camelot, obligándome a avanzar, incluso mientras mi corazón gritaba por volver atrás, por pedir perdón, por deshacer todo lo que nos había llevado a este momento. Pero sabía que era demasiado tarde. El dado estaba echado, y ahora, solo quedaba vivir con las consecuencias.

Lancelot me condujo hasta los establos, donde un par de caballos nos esperaban, su aliento visible en el aire fresco de la noche, sus ojos reflejando la misma inquietud que sentía en mi interior. Montamos rápidamente, el silencio entre nosotros pesado con palabras no dichas, y sin pronunciar una sola palabra, cabalgamos hacia la oscuridad, dejando atrás las ruinas de Camelot.

La noche nos envolvió por completo, el mundo a nuestro alrededor reduciéndose a nada más que el sonido de los cascos golpeando la tierra y el latido de mi corazón, fuerte y errático en mi pecho. Traté de concentrarme en el camino por delante, en el sendero que Lancelot había elegido, pero mis pensamientos seguían volviendo, volviendo al castillo, a Arturo, a la vida que había arrojado imprudentemente a la basura.

¿Qué clase de reina era yo, para abandonar mi reino, para romper los votos que había jurado, todo por un amor que no había traído más que ruina? ¿Qué clase de mujer era yo, para elegir la pasión sobre el deber, el deseo sobre el honor?

Y sin embargo, por más que esos pensamientos me destrozaran, sabía que no podría—no querría—haber hecho nada de manera diferente. Mi amor por Lancelot era tan parte de mí como la sangre en mis venas, el aire en mis pulmones. Era un amor que se había forjado en los fuegos de Camelot, templado por las pruebas que habíamos enfrentado, y ahora, era todo lo que me quedaba.

—Ginebra —dijo Lancelot, rompiendo el silencio que se había asentado entre nosotros como un sudario—. Ahora estamos a salvo.

A salvo. Otra palabra vacía. Estábamos lejos de estar a salvo. Habíamos escapado de la amenaza inmediata, sí, pero el peligro seguía acechando, un espectro que nos seguiría a donde fuéramos. Habíamos hecho enemigos de aquellos que alguna vez fueron nuestros aliados, y ahora éramos fugitivos en un mundo que una vez fue nuestro.

Pero incluso mientras pensaba eso, sabía lo que Lancelot quería decir. A salvo, por ahora. A salvo, juntos.

Me volví hacia él, mi corazón rompiéndose y sanándose a la vez mientras miraba el rostro del hombre por el que había arriesgado todo. Estaba agotado, su expresión grabada con el peso de lo que habíamos hecho, pero había un fuego en sus ojos, una determinación que no había sido extinguida por las pruebas que habíamos enfrentado.

—Encontraremos una manera —continuó, su voz suave pero firme, una promesa en cada palabra—. Construiremos una nueva vida, en algún lugar lejos de aquí. En algún lugar donde no puedan encontrarnos.

Quería creerle, quería aferrarme a la esperanza de que podríamos empezar de nuevo, que podríamos dejar atrás el pasado y forjar un futuro donde nuestro amor pudiera florecer sin la sombra de Camelot cerniéndose sobre nosotros. Pero la realidad de lo que habíamos perdido era demasiado fresca, demasiado cruda.

—No sé si eso es posible —susurré, mi voz quebrándose mientras finalmente me permitía sentir todo el peso de nuestras decisiones—. No sé si puedo vivir con lo que hemos hecho.

Lancelot extendió la mano, su mano cálida y firme al tomar la mía, su toque anclándome incluso mientras mi mundo se desmoronaba a mi alrededor.

—Encontraremos la manera —repitió, su voz inquebrantable—. Juntos.

Juntos. Era lo único que me mantenía de no desmoronarme por completo. El conocimiento de que, a pesar de todo, a pesar de la ruina que habíamos causado, todavía estábamos juntos. Y tal vez, solo tal vez, eso sería suficiente.

El camino se extendía ante nosotros, oscuro e incierto, pero sabía que no teníamos otra opción más que seguirlo. Camelot se había perdido para nosotros, la vida que habíamos conocido reducida a cenizas en la estela de nuestras elecciones. Pero mientras nos tuviéramos el uno al otro, aún había una posibilidad—una posibilidad de construir algo nuevo, algo que pudiera resistir las tormentas que habían destrozado nuestras vidas anteriores.

Miré hacia el cielo, hacia las estrellas que brillaban sobre nosotros como lejanos e inalcanzables faros, y hice un voto silencioso—un voto de seguir avanzando, sin importar cuán oscuro fuera el camino por delante. Por Lancelot. Por el amor que nos había llevado hasta este

punto. Por la esperanza de que, de alguna manera, pudiéramos encontrar nuestro camino fuera de los escombros.

Porque, al final, eso era todo lo que nos quedaba.

Exilio



El exilio es un tipo de libertad extraño. Te ofrece el mundo en toda su belleza cruda, sin adornos, despojado de las ataduras del deber y el honor, pero te encadena con cadenas invisibles, forjadas no por reyes ni tribunales, sino por las decisiones que has tomado, por las vidas que has dejado atrás. Mientras Ginebra y yo cabalgábamos por las colinas cubiertas de niebla de mi tierra natal, no podía evitar sentir el peso de esas cadenas tirando de mí, incluso mientras el camino abierto nos llamaba con la promesa de un nuevo comienzo.

Esta tierra era tan familiar para mí como mi propia respiración: los páramos ondulantes, los densos bosques que susurraban secretos antiguos, la costa escarpada que se encontraba con el mar en un dramático choque de tierra y agua. Era un lugar que una vez llamé hogar, un lugar que me había moldeado en el hombre que me convertí. Y ahora, era el lugar donde comenzaría de nuevo, lejos de las ruinas de Camelot, lejos de los ojos que una vez observaron cada uno de mis movimientos.

Pero el exilio, aprendí rápidamente, no es solo una cuestión de geografía. Es un estado mental, un recordatorio constante de que ya no eres bienvenido en el mundo que una vez conociste. La libertad de caminar por estas tierras venía al costo de todo lo demás, todo por lo que una vez luché, todo en lo que alguna vez creí.

Todo excepto Ginebra.

Encontramos una pequeña cabaña apartada, anidada en un valle, escondida del mundo, donde los árboles crecían altos y las flores silvestres florecían en abundancia. Era un lugar no tocado por las guerras y políticas que habían devastado Camelot, un lugar donde el mundo exterior parecía no tener influencia. Fue aquí donde hicimos nuestro hogar, lejos del caos que habíamos dejado atrás, y fue aquí donde nuestro amor, una vez una pasión secreta, se convirtió en el centro de nuestras vidas.

Los días pasaban en un ritmo tranquilo, el tipo de ritmo que solo se encuentra en tal aislamiento. Pasábamos nuestras mañanas cuidando el jardín, recogiendo hierbas y vegetales, nuestras manos trabajando lado a lado mientras forjábamos una vida en la sencillez de la tierra. Por las tardes, caminábamos por los acantilados, la brisa marina enredándose en el cabello de Ginebra mientras reía, su risa como un bálsamo para mi alma cansada. Y por las noches, cuando

el sol se hundía bajo el horizonte, nos sentábamos junto al fuego, el calor de las llamas ahuyentando el frío de la noche.

Era una vida que nunca había imaginado para mí, una vida libre de las cargas de la caballería, de las expectativas que una vez pesaron tanto sobre mis hombros. Y sin embargo, a pesar de la paz que nos rodeaba, había una parte de mí que no podía sacudirse el sentido de pérdida, la sensación de que estábamos viviendo con tiempo prestado, que el mundo que habíamos dejado atrás eventualmente vendría por nosotros.

Pero luego estaba Ginebra.

Ella era mi ancla, mi constante en esta nueva y incierta vida. El amor que una vez había sido una llama prohibida ahora ardía con fuerza, iluminando los rincones oscuros de nuestro exilio. Siempre había sido fuerte, incluso frente a las pruebas más duras, pero aquí, en este santuario tranquilo, vi un lado diferente de ella, un lado que era más suave, más vulnerable, pero igual de feroz a su manera.

Nuestro amor, una vez robado en miradas secretas y susurros apresurados, era ahora un fuego lento y constante que calentaba las noches más frías. Ya no teníamos que escondernos, ya no teníamos que fingir que lo que sentíamos era algo menos de lo que era, un amor que había soportado la prueba del tiempo, de la traición, del exilio.

Pero incluso mientras construíamos esta nueva vida juntos, no podía evitar sentir los fantasmas del pasado acechando en los bordes de mi mente. Los rostros de aquellos que dejé atrás, aquellos a quienes traicioné en nombre del amor, perseguían mis sueños: Arturo, Gawain, los caballeros de Camelot. Había sido su hermano, su amigo, su protector, y ahora, no era más que un recuerdo, una sombra proyectada por las decisiones que tomé.

Era en esos momentos, cuando el peso del pasado me oprimía, que me volvía hacia Ginebra, buscando consuelo en su presencia. Ella entendía, de una manera que nadie más podía, el dolor de lo que habíamos dejado atrás, los sacrificios que habíamos hecho. Ella tomaba mi mano, su toque me anclaba, sus ojos llenos de un amor que se había convertido en mi único refugio.

—Lancelot —susurraba, su voz suave y firme—, hicimos nuestra elección. Nos elegimos el uno al otro. Y pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos.

Juntos. Era una palabra que había adquirido un nuevo significado en nuestro exilio, una promesa, un voto que nos unía más estrechamente que cualquier juramento que hubiera hecho antes. Habíamos perdido un reino, sí, pero habíamos ganado algo mucho más valioso: nos teníamos el uno al otro.

Y sin embargo, a pesar de la paz que habíamos encontrado, había una parte de mí que sabía que no podría durar. El mundo más allá de nuestro pequeño valle no nos había olvidado, y las consecuencias de nuestras acciones algún día llamarían a nuestra puerta. Pero por ahora, apartaba esos pensamientos, eligiendo en su lugar enfocarme en el presente, en la vida que estábamos construyendo juntos, en el amor que nos había traído hasta aquí.

Una noche, mientras nos sentábamos junto al fuego, Ginebra se recostó contra mí, su cabeza descansando en mi hombro, su mano entrelazada con la mía. Las llamas danzaban en la chimenea, proyectando sombras temblorosas en las paredes, y por un momento, sentí como si el mundo exterior hubiera dejado de existir.

—¿Lo extrañas alguna vez? —preguntó suavemente, su voz apenas un susurro—. Camelot, quiero decir.

Guardé silencio durante un largo momento, la pregunta flotando en el aire entre nosotros. ¿Lo extrañaba? ¿La gloria, el honor, el sentido de propósito que una vez definió mi vida? Sí, una parte de mí lo extrañaba. Pero esa parte ahora estaba enterrada bajo el peso de todo lo demás, todo lo que había sacrificado, todo lo que había perdido.

—Extraño lo que podría haber sido —respondí finalmente, mi voz teñida de una tristeza que no podía sacudir del todo—. Pero no lo que se convirtió.

Ginebra asintió, sus dedos trazando patrones en el dorso de mi mano.

—¿Te arrepientes? ¿De lo que hicimos, de lo que hemos perdido?

Me volví hacia ella, mi mirada encontrándose con la suya, y en ese momento, supe mi respuesta.

—No —dije, mi voz firme, la verdad de ello asentándose sobre mí como una calma después de la tormenta—. No me arrepiento de haberte elegido, Ginebra. Nunca lo haré.

Ella sonrió, una pequeña sonrisa triste que hablaba de todo el dolor y la alegría que habíamos compartido, y se inclinó para besarme, sus labios suaves contra los míos. Fue un beso que contenía todo el amor por el que habíamos luchado, toda la esperanza a la que aún nos aferrábamos, a pesar de las adversidades.

Cuando nos separamos, la acerqué más, abrazándola como si fuera lo único que me mantenía atado a este mundo. Y tal vez lo era.

Porque, al final, el exilio no se trataba solo de dejar atrás un lugar. Se trataba de dejar atrás una vida, una vida que, por gloriosa que fuera, nunca podría compararse con el amor que había encontrado en ella.

Y mientras estuviéramos juntos, mientras nos tuviéramos el uno al otro, sabía que podríamos enfrentar lo que viniera.

Porque el exilio, con todas sus pérdidas, me había dado lo único de lo que nunca podría arrepentirme.

A ella.

* * *

Hay un tipo de silencio peculiar que llega después de que la tormenta ha pasado, un silencio que no es de paz, sino de vacío. Es el silencio de un campo de batalla donde el polvo se ha asentado, donde los gritos de los heridos se han desvanecido en la distancia, dejando solo los ecos de lo que una vez fue. Ese es el silencio que llenaba nuestra pequeña cabaña, escondida en el valle, lejos de Camelot, lejos de la vida que habíamos dejado atrás.

En la superficie, nuestra vida aquí parecía idílica. Los días estaban llenos de las tareas simples de la vida: cuidar el jardín, recoger leña para el fuego, caminar por los acantilados con el viento del mar azotándonos el cabello. Por la noche, nos sentábamos junto al hogar, con el brazo de Lancelot alrededor de mis hombros, el calor de las llamas como consuelo contra la frialdad del mundo exterior. Éramos libres, al menos de las cadenas que una vez nos ataron. Libres de amar sin miedo, libres de estar juntos sin la sombra de Camelot sobre nosotros.

Pero la libertad, estaba empezando a darme cuenta, no era lo mismo que la felicidad. Y el amor, por fuerte e inquebrantable que fuera, no podía llenar los espacios vacíos que habían sido tallados por las decisiones que habíamos tomado.

Era una victoria vacía, esta vida que habíamos construido. Habíamos luchado tan duro para estar juntos, habíamos sacrificado todo: nuestro honor, nuestra lealtad, nuestro reino, solo para descubrir que lo que habíamos ganado tenía un precio mucho mayor del que podríamos haber imaginado.

Lancelot había intentado ocultármelo, el peso que colgaba sobre él como una nube oscura, pero yo podía verlo en sus ojos, en las líneas que se habían profundizado en su rostro, en la forma en que sus hombros parecían cargar con una carga que se volvía más pesada con cada día que pasaba. Siempre había sido un hombre de acción, de propósito, y ahora, sin las batallas que luchar, sin el reino que servir, estaba a la deriva, perdido en un mar de arrepentimientos que ningún amor podía calmar.

Y yo, yo no estaba mejor. Había sido una reina, una gobernante, un símbolo de todo lo que Camelot representaba. Ahora, era una mujer viviendo en el exilio, con nada más que los recuerdos de lo que había sido y el conocimiento de que había jugado un papel en su caída.

Habíamos elegido el amor, sí, pero al hacerlo, nos habíamos perdido a nosotros mismos. La pasión que una vez ardió tan brillantemente entre nosotros no se había apagado, pero había cambiado, se había convertido en algo más silencioso, algo teñido de tristeza y del peso de todo lo que habíamos perdido. Estábamos dispuestos a renunciar a todo el uno por el otro, y ahora, nos quedábamos con la realización de que todo lo que habíamos renunciado era lo que nos había hecho ser quienes éramos.

Me senté junto a la ventana, mirando el paisaje que se había convertido en nuestro refugio, las colinas ondulantes bañadas por la suave luz del atardecer. Su belleza debería haberme llenado de paz, pero en cambio, solo profundizó el vacío en mi pecho, esa sensación de hueco que había echado raíces desde que huimos de Camelot.

Lancelot estaba afuera, cortando leña para el fuego, sus movimientos precisos, casi mecánicos, como si el trabajo físico pudiera distraerlo de los pensamientos que lo atormentaban. Lo observé por un momento, al hombre que había sido mi caballero, mi protector, mi amante, y me pregunté si él también sentía el vacío que se había asentado sobre nosotros como un sudario.

—Lancelot —llamé suavemente, y él se detuvo, girándose para mirarme, su expresión inescrutable—. Ven adentro. Ya se está haciendo tarde.

Vaciló por un momento, luego asintió, dejando el hacha a un lado y limpiando el sudor de su frente mientras se dirigía de regreso a la cabaña. Cuando entró, el calor del fuego lo recibió, pero hizo poco para disipar la frialdad que parecía permanecer entre nosotros, una frialdad que no tenía nada que ver con el clima.

Nos sentamos junto al hogar, como siempre lo hacíamos, nuestras manos entrelazadas, el silencio entre nosotros cómodo, pero pesado con palabras no dichas. Podía sentir las preguntas presionando contra mis labios, preguntas que tenía demasiado miedo de hacer, por miedo a las respuestas que podrían traer.

—¿Alguna vez te arrepientes? —pregunté finalmente, mi voz apenas más que un susurro—. De lo que hemos hecho, de lo que hemos perdido.

Lancelot me miró, sus ojos buscando los míos, y por un momento, vi al hombre que había sido antes de todo esto, el hombre que había jurado proteger Camelot, que había luchado por el honor y la gloria, que había amado con una pasión que no podía ser contenida. Pero ese hombre

ya no existía, reemplazado por alguien que había sido moldeado por las decisiones que habíamos tomado, por el amor que tanto nos había salvado como destruido.

—No me arrepiento de haberte amado —dijo en voz baja, su voz firme, aunque había una tristeza en ella que me atravesó como una cuchilla—. Pero sí me arrepiento del costo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, y sentí que mi corazón se encogía con la verdad de ellas. Habíamos ganado nuestro amor, sí, pero ¿a qué precio? El precio había sido Camelot, nuestros amigos, nuestro honor. Las mismas cosas que nos habían hecho ser quienes éramos, las cosas que habían dado sentido a nuestras vidas, se habían ido, y todo lo que quedaba era la cáscara vacía de lo que una vez fuimos.

—Yo también lo extraño —admití, mi voz temblando mientras el peso de nuestras decisiones se asentaba sobre mí como una manta sofocante—. Extraño lo que teníamos, lo que éramos. Extraño… a ellos.

Era la primera vez que pronunciaba las palabras en voz alta, la primera vez que reconocía la pérdida que me había estado carcomiendo desde el día que huimos. Arturo, Gawain, los caballeros de la Mesa Redonda, habían sido más que solo camaradas; habían sido familia. Y ahora, estaban perdidos para nosotros, tan parte del pasado como los muros de Camelot.

Lancelot suspiró, su agarre en mi mano se apretó, como si él también sintiera la misma tristeza, la misma pérdida.

—No podemos volver atrás, Ginebra —dijo, su voz llena de una resignación silenciosa—. Hicimos nuestra elección. Tenemos que vivir con ella.

Asentí, aunque la verdad de sus palabras me trajo poco consuelo. Habíamos hecho nuestra elección, sí, pero esa elección nos había dejado vacíos, vacíos de una manera que solo el amor no podía llenar.

Mientras el fuego crepitaba y las sombras se profundizaban, me recosté contra Lancelot, buscando consuelo en su presencia, en el calor de su abrazo. Pero incluso mientras me sostenía, no podía sacudirme la sensación de que estábamos aferrándonos a algo que se nos escapaba entre los dedos, algo que ningún amor podría salvar.

Habíamos luchado el uno por el otro, habíamos sacrificado todo por nuestro amor, pero al final, habíamos perdido algo mucho más precioso: a nosotros mismos.

Y eso, me di cuenta, era el verdadero costo de nuestra victoria.

Llamada



La memoria tiene una crueldad peculiar. Puede torcer las espadas más afiladas, cortar más profundo que cualquier hoja, y cuando menos lo esperas, se te acerca sigilosamente, apretando tu corazón con un puño de hierro que se niega a soltar. Aquí, en este rincón tranquilo y olvidado del mundo, había esperado que el tiempo desafilara el filo del pasado, que los fantasmas de Camelot se desvanecieran en el fondo. Pero no lo hicieron. Si acaso, solo se habían vuelto más fuertes, más persistentes, hasta el punto de perseguirme en cada momento de vigilia y en cada sueño inquieto.

No eran solo los rostros los que me atormentaban—el de Arturo, con su mirada implacable, el de Gawain, retorcido de dolor cuando lo abatí—sino también los sonidos. El choque de espadas, los gritos de hombres en batalla, los juramentos susurrados de lealtad pronunciados en la oscuridad. Repetían una y otra vez en mi mente, como una historia contada por un bardo retorcido, una historia sin fin, sin resolución. Una historia en la que era tanto héroe como villano, y en la que cada elección que hacía conducía a la ruina.

Había pensado que dejar Camelot traería paz, que la distancia me permitiría olvidar, o al menos entumecer el dolor que carcomía mi alma. Pero Camelot no era solo un lugar; era una parte de mí, una parte que había arrancado en nombre del amor, dejando una herida que se negaba a sanar.

¿Valió la pena? Esa era la pregunta que más me atormentaba. ¿Valió la pena el amor que compartí con Ginebra, el reino que perdimos, los amigos que traicioné, el honor que abandoné? Luché por ella, maté por ella, abandoné todo lo que había conocido por ella. Y sin embargo, mientras me encontraba aquí, en el silencio de nuestro exilio, no podía dejar de preguntarme si había tomado la decisión correcta.

La cabaña estaba en silencio, el único sonido era el crepitar del fuego en la chimenea, el mismo fuego que nos había calentado durante tantas noches frías. Ginebra dormía en la habitación contigua, su respiración suave y constante, un ritmo reconfortante que me recordaba por qué había hecho lo que hice. Pero ni siquiera su presencia, tan vital para mí como el aire que respiro, podía ahuyentar a los fantasmas que acechaban en los bordes de mi mente.

Me encontré de pie junto a la ventana, mirando hacia la noche, la oscuridad apretando como un peso sofocante. Las estrellas estaban distantes y frías, su luz no ofrecía consuelo, solo un recordatorio de lo lejos que habíamos caído. Me pregunté si Arturo estaba mirando esas mismas estrellas, si estaba pensando en mí como yo estaba pensando en él. ¿Maldecía mi nombre, o lamentaba al hermano que había perdido?

El recuerdo de nuestra última confrontación estaba grabado en mi mente, una cicatriz que nunca se desvanecería. La forma en que sus ojos ardían de furia, de traición, con una tristeza tan profunda que amenazaba con devorarnos a ambos. Quise explicarle, hacerle entender que lo que hice, lo hice por amor. Pero no hubo palabras, no hubo explicaciones que pudieran salvar el abismo que se había abierto entre nosotros.

Camelot era más que un reino; era un ideal, un sueño que todos compartimos, un sueño que destrocé con una sola elección. Y ahora, ese sueño estaba perdido, esparcido por los vientos, y no podía evitar sentir que fui yo quien lo destruyó.

Pero entonces estaba Ginebra.

Incluso ahora, mientras las dudas me devoraban, mientras los recuerdos se aferraban a mi mente, no podía negar el amor que sentía por ella. Era un amor que me había definido, que había dado sentido a mi vida de una manera que nada más había logrado. Pero también era un amor que me había costado todo, y no estaba seguro de poder soportar ese peso por más tiempo.

—Lancelot —la voz de Ginebra rompió la oscuridad, suave y preocupada, sacándome de mis pensamientos. Me giré para verla de pie en el umbral, sus ojos pesados por el sueño, pero llenos de una preocupación que cortó directo a mi corazón—. ¿Por qué sigues despierto?

—No podía dormir —respondí, mi voz áspera por el peso de todo lo que no había dicho.

Cruzó la habitación hacia mí, sus pasos ligeros, y colocó una mano en mi brazo, su toque cálido y reconfortante.

—Estás pensando en Camelot otra vez, ¿verdad?

Asentí, incapaz de mirarla a los ojos.

—No puedo dejar de pensar en ello. En lo que dejamos atrás.

—No lo dejamos atrás, Lancelot —dijo suavemente—. Nos lo quitaron, mucho antes de que tomáramos la decisión de irnos.

Sus palabras estaban destinadas a consolar, pero solo profundizaron el dolor en mi pecho.

—Pero es por nuestra culpa, Ginebra. Por nuestro amor. Destruimos todo lo que Camelot representaba.

Sacudió la cabeza, su agarre en mi brazo se apretó.

—Camelot ya se estaba desmoronando, Lancelot. Nuestro amor pudo haber sido el golpe final, pero las grietas ya estaban ahí mucho antes de que cruzáramos esa línea. El sueño de Arturo era hermoso, pero era frágil. No podía sobrevivir en un mundo tan cruel como el nuestro.

Quería creerle, encontrar consuelo en sus palabras, pero la culpa que me devoraba se negaba a ser apaciguada.

—Sigo preguntándome… si valió la pena. Si nuestro amor valió todo lo que perdimos.

Ginebra permaneció en silencio por un momento, sus ojos buscando los míos, como si pudiera ver la tormenta que rugía dentro de mí. Luego, levantó las manos, sujetando mi rostro, su toque suave pero firme, su mirada constante e inquebrantable.

—No tengo una respuesta para ti, Lancelot —dijo en voz baja, su voz temblando de emoción —. Pero sé que no podría vivir sin ti. Que todo lo que perdimos, todo lo que sacrificamos, fue porque nos elegimos el uno al otro. Y no me arrepiento de esa elección.

Sus palabras, pronunciadas con tanta convicción, atravesaron la niebla de duda que nublaba mi mente. La miré a los ojos, viendo el amor allí, el amor que nos había llevado al borde de la ruina, y me di cuenta de que, a pesar de todo, yo tampoco me arrepentía.

—Sí —susurré, la palabra más para mí que para ella—. Te elegí. Y te elegiría de nuevo.

Los fantasmas de Camelot, por muy persistentes que fueran, empezaron a desvanecerse, su agarre sobre mí se aflojó mientras me permitía creer en la elección que habíamos hecho. Sabía que la culpa nunca me abandonaría del todo, que los recuerdos de lo que habíamos perdido siempre serían parte de mí. Pero aquí, en este momento, con Ginebra a mi lado, encontré un atisbo de paz.

Nos quedamos allí juntos, la noche cerrándose a nuestro alrededor, la oscuridad ya no era una carga, sino un refugio, un cobijo del mundo que habíamos dejado atrás. Los fantasmas vendrían y se irían, como siempre lo hacían, pero mientras nos tuviéramos el uno al otro, mientras nos aferráramos al amor que nos trajo hasta aquí, sabía que podríamos enfrentarlos.

* * *

Hay momentos en la vida en que el pasado, por más que hayas intentado dejarlo atrás, regresa con una fuerza que te deja sin aliento. Llega como una tormenta en un día claro, inesperada e imparable, y tras su paso, nada vuelve a ser igual. Así fue como me sentí cuando nos llegó la noticia: Camelot, el reino que una vez llamamos hogar, estaba al borde de la destrucción.

Siempre había imaginado que nuestro exilio era el final de nuestra historia con Camelot, que habíamos tomado nuestras decisiones y pagado el precio, y que el mundo seguiría adelante sin nosotros. Pero parecía que el mundo tenía otros planes.

El mensajero llegó al amanecer, una figura agotada y cubierta de barro que parecía haber cabalgado a través del mismo infierno para llegar a nuestro valle escondido. Su rostro estaba demacrado, sus ojos vacíos, y al desmontar, sentí un frío temor apoderarse de mí, un escalofrío que ninguna cantidad de luz solar cálida podía disipar.

Habló de un enemigo, una fuerza como ninguna que Camelot hubiera enfrentado antes, una coalición de reinos y señores de la guerra que habían dejado de lado sus diferencias para unirse contra el único reino que había sido un faro de esperanza y fortaleza durante tanto tiempo. Habían quebrado las defensas exteriores de Camelot, sus números abrumadores, su intención despiadada. Arturo los estaba conteniendo, pero apenas. Y solo era cuestión de tiempo antes de que las murallas cayeran, antes de que el sueño de Camelot se redujera a escombros.

Y en ese momento, lo supe.

Lancelot tenía que regresar.

La realización me golpeó como un puñetazo, sacándome el aire de los pulmones. Había luchado tanto para mantenerlo aquí, conmigo, en esta vida tranquila que habíamos construido a partir de las ruinas de nuestro pasado. Pero Camelot fue su primer amor, el lugar donde se convirtió en el hombre del que me enamoré, y no importaba cuánto hubiéramos intentado escapar, Camelot nunca lo había abandonado por completo.

Lancelot escuchó al mensajero con una calma que desmentía la tormenta que sabía que rugía dentro de él. Su rostro estaba impasible, sus ojos inescrutables, pero pude ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se cerraban en puños a sus costados. Siempre había sido un hombre de acción, un caballero que prosperaba en el calor de la batalla, y la idea de que sus hermanos de armas lucharan sin él, de que Arturo se enfrentara solo a un enemigo imparable, era un tormento que sabía que no podía soportar.

Cuando el mensajero terminó, el silencio entre nosotros era pesado, cargado de todas las cosas que ambos sabíamos que debían decirse. Me sentí como si estuviera de pie al borde de un precipicio, mirando hacia un abismo que amenazaba con tragarme por completo.

—Tengo que irme —dijo Lancelot finalmente, su voz baja, casi un susurro. No era una pregunta, ni siquiera una declaración de intención, era un hecho, tan inmutable como el sol que se alzaba.

Asentí, con la garganta apretada, las palabras que quería decir atrapadas en algún lugar entre mi corazón y mis labios. Quería rogarle que se quedara, recordarle la vida que habíamos construido juntos, el amor que nos había costado todo. Pero sabía, en el fondo, que esto no era una elección. Esto era lo que Lancelot era: un caballero, un protector, un hombre que daría su vida por el reino que una vez sirvió, incluso si ese reino le había dado la espalda.

—Lo sé —dije, mi voz apenas más que un susurro.

Entonces se volvió hacia mí, sus ojos llenos de una tristeza que reflejaba la mía.

—Ginebra… no puedo dejarlos morir. No puedo permitir que Camelot caiga.

Extendí la mano, tomando la suya, aferrándome como si fuera lo único que me mantenía anclada al mundo.

—Lo sé —repetí, mi voz temblando con el peso de las palabras que tenía que decir—. Pero si te vas, Lancelot… si te vas, puede que nunca volvamos a vernos.

La verdad de ello colgaba en el aire entre nosotros, una realidad dura y brutal que ninguno de los dos podía ignorar. Camelot era más que un reino; era un campo de batalla, un lugar donde la línea entre la vida y la muerte se dibujaba en sangre y acero. Si Lancelot regresaba, si luchaba en esta última batalla, había todas las posibilidades de que no sobreviviera, de que la última imagen que tendría de él fuera la de su capa alejándose mientras se marchaba.

Y sin embargo, sabía que tenía que ir. Sabía que esta era una batalla de la que no podía, no iba a, alejarse, sin importar el costo.

—No quiero dejarte —dijo, su voz áspera por la emoción, su mano apretando la mía—. Pero si me quedo, dejaré atrás al hombre que fui, al hombre del que te enamoraste.

Cerré los ojos, las lágrimas que había estado reteniendo desbordándose, corriendo por mis mejillas en arroyos silenciosos y amargos.

—Y si te vas, puede que no vuelvas.

Me atrajo hacia él, abrazándome con fuerza, su corazón latiendo a un ritmo constante contra el mío.

—Volveré —susurró, aunque podía oír la incertidumbre en su voz—. Volveré contigo, Ginebra. Lo juro.

Pero incluso mientras decía esas palabras, sabía que era una promesa que tal vez no pudiera cumplir. El mundo que conocíamos se estaba desmoronando, el sueño de Camelot se deslizaba entre nuestros dedos, y el amor por el que habíamos luchado tan duro ahora estaba amenazado por las mismas fuerzas que una vez nos habían unido.

Nos quedamos allí, por lo que pareció una eternidad, aferrándonos el uno al otro, como si por pura voluntad pudiéramos detener lo inevitable. Pero eventualmente, el momento tuvo que terminar. Él tenía que irse, y yo tenía que dejarlo.

—Cabalga conmigo —dijo suavemente, su aliento cálido contra mi oído—. Ven conmigo a Camelot.

Sacudí la cabeza, alejándome para mirarlo a los ojos.

—No puedo —dije, las palabras rompiendo mi corazón incluso mientras las pronunciaba—. Si voy contigo, solo seré una distracción. Necesitas concentrarte en la batalla, en salvar Camelot.

Su mandíbula se tensó, el conflicto en sus ojos era evidente. Quería discutir, insistir en que podíamos enfrentar esto juntos, pero sabía, tan bien como yo, que tenía razón.

—Volveré —dijo de nuevo, su voz cargada de una determinación feroz—. Volveré contigo, Ginebra.

Me obligué a sonreír, aunque se sentía tan frágil como el cristal.

—Te estaré esperando.

Con un último, prolongado beso, me soltó, alejándose para prepararse para el viaje que tenía por delante. Lo vi alejarse, cada paso que daba era como un cuchillo que se retorcía en mi corazón. La idea de que cabalgara hacia la batalla sin mí, de que enfrentara los horrores de la guerra solo, era casi más de lo que podía soportar.

Pero este era el precio que teníamos que pagar, el precio del amor, de la lealtad, de las decisiones que habíamos tomado. Y ahora, mientras me quedaba en la puerta, viendo a Lancelot montar su caballo y cabalgar hacia el amanecer, me di cuenta de que, al final, esta era la batalla que habíamos estado librando todo el tiempo.

La batalla para proteger lo que amábamos, sin importar el costo.

Mientras desaparecía en la distancia, murmuré una oración a cualquier dios que pudiera estar escuchando, una oración por su seguridad, por su regreso. Y aunque las palabras fueron pronunciadas con esperanza, había una parte de mí que temía que no serían respondidas, que esta sería la última vez que vería al hombre que amaba.

Camelot estaba llamando, y Lancelot había respondido. Y yo, dejada atrás en la tranquila soledad de nuestro exilio, solo podía esperar y rezar para que el amor fuera suficiente para traerlo de vuelta a mí.

Esperanza



Hay un tipo de silencio peculiar que cae sobre un campo de batalla antes de que estalle la tormenta de la guerra, un silencio que vibra con anticipación, con el peso de los miedos no expresados y la resolución inquebrantable. Mientras cabalgaba hacia Camelot, ese silencio se cernía sobre mí como la mano del destino, pesado con el conocimiento de que esta podría ser la última vez que viera estos muros, estos rostros, este hogar.

Pero si este iba a ser mi último enfrentamiento, que así fuera.

Camelot se alzaba ante mí, golpeado pero no vencido, sus murallas marcadas por el embate de un enemigo implacable. Los estandartes de la Mesa Redonda, desgarrados y rasgados, aún ondeaban desafiantes al viento, un símbolo del espíritu indomable del reino. Los hombres que habían estado a mi lado en innumerables batallas—Arturo, Gawain y los otros caballeros de la Mesa Redonda—se reunían en las puertas, sus rostros grabados con las líneas de la guerra, sus ojos ensombrecidos por el conocimiento de lo que estaba por venir.

Y sin embargo, cuando me vieron, algo cambió en el aire. Los susurros se esparcieron como fuego entre las filas de soldados, sus voces teñidas de asombro e incredulidad al reconocerme. Los susurros crecieron hasta convertirse en un solo grito unificado: "¡Lancelot… Lancelot… Lancelot!"

Ya no era solo un hombre, un caballero que alguna vez sirvió a su rey. Me había convertido en algo más—una leyenda, un nombre que inspiraba esperanza en los corazones de los cansados y miedo en los corazones del enemigo. Lo veía en sus ojos, en la forma en que los soldados enderezaban sus espaldas, en la manera en que apretaban sus espadas un poco más fuerte. Creían en mí, en las historias que se habían contado sobre mis hazañas, mis victorias, mi voluntad indomable. Creían que podía cambiar el curso de esta batalla, que podía salvar a Camelot del borde de la destrucción.

Pero la verdad era que solo era un hombre. Un hombre que había cometido errores, que había perdido tanto como había ganado, que había amado, traicionado y sido traicionado a su vez. Y ahora, mientras cruzaba las puertas de Camelot, sabía que esta batalla, este último enfrentamiento, no se trataba de redención. Se trataba de hacer lo correcto, de proteger a las personas que había jurado proteger, sin importar el costo.

Arturo fue el primero en avanzar, su armadura brillando en la pálida luz del amanecer, su expresión inescrutable. Había envejecido desde la última vez que lo vi, el peso del liderazgo y la carga de la guerra grabados en cada línea de su rostro. Pero cuando nuestras miradas se cruzaron, no hubo enojo, ni acusación, solo un entendimiento compartido de la batalla que nos esperaba.

—Lancelot —dijo, su voz cargada con el peso de todo lo que había pasado entre nosotros—. Has vuelto.

—He vuelto —respondí, mi voz firme—. Vine a luchar por Camelot. Por ti.

Arturo asintió, un atisbo de sonrisa asomando en las comisuras de su boca.

—Entonces aseguremos que este no sea el último día de Camelot.

Gawain, siempre el feroz guerrero, me dio una palmada en la espalda, su sonrisa amplia a pesar de la tensión que se cernía sobre nosotros como una nube oscura.

—Ya era hora de que aparecieras, Lancelot. Empezábamos a pensar que te habías ablandado en ese rincón tranquilo tuyo.

Solté una carcajada, aunque el sonido fue más amargo que divertido.

—¿Ablandado? Nunca. Pero traje algunos trucos nuevos conmigo.

Los caballeros a nuestro alrededor rieron, el sonido fue un alivio bienvenido del silencio opresivo que se había asentado sobre el castillo. Pero incluso mientras compartíamos ese momento de camaradería, la realidad de la situación se alzaba en nuestras mentes. Estábamos en inferioridad numérica, nuestras fuerzas mermadas, nuestros enemigos eran muchos e implacables. La coalición que se había reunido contra Camelot era formidable: una alianza de reinos y señores de la guerra que habían dejado de lado sus diferencias para derribar el único reino que los había desafiado a todos.

Pero esto era Camelot, y nosotros éramos los caballeros de la Mesa Redonda. Habíamos enfrentado probabilidades imposibles antes, y lo haríamos de nuevo.

Mientras nos dirigíamos a las murallas, pude ver al enemigo reunirse en el horizonte, una masa oscura y hirviente que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sus estandartes ondeaban alto, sus tambores de guerra marcaban un ritmo constante que resonaba en el valle como el latido de una gran bestia. El suelo bajo nosotros temblaba con su acercamiento, el aire espeso con el olor del miedo y la anticipación.

Pero no sentí miedo. Solo una feroz y ardiente determinación.

Tomé mi lugar al lado de Arturo, mi espada en mano, mi mirada fija en el ejército que se acercaba. Este era mi lugar, donde siempre había pertenecido: a su lado, en el fragor de la batalla, defendiendo el reino que habíamos construido juntos.

El avance del enemigo se desaceleró al llegar a las murallas exteriores, sus comandantes llamando a una pausa mientras evaluaban las defensas, mientras se preparaban para el empuje final. Pude ver la vacilación en sus filas, la forma en que sus soldados miraban nerviosos las murallas de Camelot, a los caballeros que estaban listos para defenderlo. Sabían que esta no sería una victoria fácil, que el costo sería grande.

Y luego, como para recordarles cuán grande sería ese costo, di un paso adelante, levantando mi espada en alto, la hoja reflejando la luz mientras gritaba hacia las filas enemigas.

—¡Soy Lancelot! —grité, mi voz atravesando el campo de batalla, cortando la tensión como una espada—. ¡Y este es Camelot! Si buscan destruirlo, tendrán que enfrentarse a mí.

Por un momento, hubo silencio, los soldados enemigos quedaron congelados en su lugar, sus ojos abiertos de miedo e incertidumbre. Y luego, como una ola chocando contra la orilla, la realización se extendió por sus filas: Lancelot estaba aquí. El hombre del que se susurraba en rincones oscuros, cuyo nombre se había pronunciado en tonos de asombro y terror, estaba frente a ellos, listo para luchar.

Arturo se situó a mi lado, su propia espada levantada, su voz calma y autoritaria.

—Este es nuestro último enfrentamiento —dijo, sus palabras destinadas tanto a nuestras fuerzas como al enemigo—. Pero no caeremos sin luchar. Somos Camelot, y defenderemos este reino con nuestras vidas.

Los caballeros a nuestro alrededor vitorearon, sus voces alzándose al unísono, un feroz grito de batalla que me hizo estremecer. Este era el momento que decidiría el destino de Camelot, el momento que determinaría si nuestro sueño viviría o sería aplastado bajo el peso del poderío del enemigo.

El enemigo comenzó su avance una vez más, sus gritos de guerra llenando el aire mientras avanzaban, una ola de acero y furia. Pero estábamos listos, nuestras espadas y escudos eran una muralla de resolución, un testamento a la fuerza de la hermandad que había sido forjada en la batalla, en la sangre, en el vínculo inquebrantable de un propósito compartido.

El choque de acero resonó, una sinfonía de guerra que reverberaba por el campo de batalla. Me movía con la fluidez de un guerrero experimentado, mi espada encontrando su marca una y otra vez, los enemigos cayendo ante mí como trigo ante la guadaña. Pero esta no era una batalla ordinaria. El enemigo era fuerte, sus números abrumadores, y por cada enemigo que abatíamos, otros dos parecían tomar su lugar.

Y sin embargo, en medio del caos, había una especie de claridad extraña, un enfoque que no había sentido en años. Cada golpe, cada parada, cada movimiento estaba guiado por el

conocimiento de que este era el momento: nuestro último enfrentamiento, nuestra batalla final, el momento que nos definiría a todos.

Arturo luchaba a mi lado, su espada era un borrón de movimiento, su presencia era una fuerza constante e inquebrantable que animaba a los que lo rodeaban. Este era el rey al que había jurado servir, el líder que había inspirado a un reino, y en ese momento, me sentí orgulloso de luchar a su lado, de ser contado entre los caballeros de Camelot una última vez.

Gawain también estaba allí, su grito de batalla resonando en el estruendo, su espada cortando las filas enemigas con una ferocidad que hablaba de todas las batallas que había librado, de todos los amigos que había perdido. Y mientras luchaba a su lado, sentí el vínculo que había sido tensado, roto y reforjado en el calor de la batalla, un vínculo que perduraría incluso cuando el mundo a nuestro alrededor se desmoronara.

Estábamos en inferioridad numérica, superados, pero no habíamos perdido la esperanza. Cada golpe que asestábamos, cada enemigo que abatíamos, era un testamento a la fuerza de Camelot, a los ideales por los que habíamos luchado, los sueños que habíamos construido. Y mientras la batalla continuaba, sentí que el fuego de esa esperanza ardía más fuerte, más feroz, como si fuera lo único que nos mantenía con vida.

Pero el enemigo era implacable, sus números abrumadores, y lentamente, inevitablemente, fuimos empujados hacia atrás, el peso de su avance amenazando con aplastarnos. Pude ver la tensión en el rostro de Arturo, el cansancio en los ojos de los caballeros a mi alrededor, y supe que estábamos llegando al final de nuestra fuerza, que este último enfrentamiento no podía durar para siempre.

Pero mientras respirara, mientras mi brazo sostuviera la espada, lucharía. Por Camelot. Por Arturo. Por los hermanos a los que había jurado proteger. Y por Ginebra, la mujer que había dejado atrás, el amor que me había traído de vuelta a este momento, a esta batalla final.

El enemigo nos presionaba, sus números aparentemente interminables, y por un momento, parecía que todo estaba perdido. Pero entonces lo vi: Arturo, de pie en medio del caos, su espada levantada, un faro de esperanza en la oscuridad.

—¡Mantengan la línea! —gritó, su voz resonando por el campo de batalla, y en ese momento, vi al rey al que una vez juré seguir, el hombre que había inspirado a un reino, que había construido Camelot desde la nada y lo había convertido en un faro de esperanza.

—¡Mantengan la línea! —repetí, mi voz llena de la misma determinación, del mismo fuego que ardía en los ojos de Arturo.

Y lo hicimos. Mantuvimos la línea, incluso mientras el enemigo nos presionaba, incluso cuando el peso de sus números amenazaba con abrumarnos. Luchamos con todo lo que teníamos, con cada onza de fuerza, con cada última gota de esperanza.

Por Camelot.

Por el sueño que habíamos construido.

Por el amor que nos había traído hasta aquí.

Y mientras el sol se ponía en ese último día, mientras los últimos rayos de luz se desvanecían en el cielo, supe que, sin importar el resultado, sin importar lo que sucediera después, habíamos dado todo lo que teníamos. Habíamos luchado, no solo por un reino, sino por los ideales que habían hecho de Camelot lo que era.

Y en eso, habíamos ganado.

* * *

No hay crueldad mayor que la espera. El tiempo se ralentiza hasta arrastrarse, cada segundo se alarga en una eternidad, cada respiración es un doloroso recordatorio de que no estás donde deberías estar, no con la persona que amas. Mientras me sentaba junto a la ventana de nuestra pequeña cabaña, mis ojos fijos en el horizonte que había engullido a Lancelot, sentí como si el mundo hubiera dejado de girar, dejándome atrapada en un momento que se negaba a pasar.

El día había amanecido con una pesadez en el aire, el tipo de peso que presiona sobre tu pecho y hace que sea difícil respirar. Vi a Lancelot alejarse, su espalda erguida, su resolución inquebrantable, y hice lo posible por aferrarme a la fuerza que me había mostrado. Pero ahora, a medida que las horas se arrastraban y el silencio en nuestro hogar crecía, esa fuerza se desvanecía, reemplazada por un frío y creciente temor que amenazaba con consumirme.

Intenté ocuparme con las tareas del día, pero mis manos temblaban y mi mente estaba en otro lugar, en el campo de batalla, donde Lancelot luchaba por el reino que una vez llamamos hogar, por el sueño que habíamos abandonado pero que nunca dejamos realmente atrás. Lo imaginaba allí, su espada destellando bajo el sol, su armadura golpeada pero firme, erguido en medio del caos, con la esperanza de Camelot descansando sobre sus hombros.

Pero con cada golpe imaginado, cada oración susurrada, llegaba la aterradora posibilidad de que él no regresara. Que esta batalla, la que ambos sabíamos que llegaría, sería el final, no solo de Camelot, sino de todo lo que habíamos luchado, de todo lo que habíamos sacrificado.

Me había dicho a mí misma que esperaría, que estaría aquí cuando él regresara, que sería el ancla que lo trajera de vuelta a mí. Pero a medida que el sol se elevaba en el cielo y las horas pasaban con una lentitud agonizante, me di cuenta de que no podía—no iba a—esperar más.

Podía sentir la llamada de Camelot, el eco distante de la vida que habíamos dejado atrás, llamándome con una voz imposible de ignorar. Sabía, en lo más profundo de mi corazón, que era allí donde debía estar—no aquí, en la tranquilidad de nuestro exilio, sino allí, con Lancelot, con los caballeros que una vez fueron mis hermanos, en el lugar donde todo había comenzado.

Tomé la decisión mientras estaba en la puerta, la brisa fresca de la tarde agitando el dobladillo de mi vestido. La idea de Lancelot de pie solo en ese campo de batalla, enfrentando a un enemigo que amenazaba con destrozar todo lo que alguna vez amó, era más de lo que podía soportar. No podía esperar aquí, impotente, por más tiempo. Si este iba a ser el final—de Camelot, de nuestro amor—entonces lo enfrentaría con él.

El camino a Camelot era uno familiar, aunque habían pasado meses desde la última vez que lo recorrí. Mientras cabalgaba, el paisaje a mi alrededor pasaba en un borrón de verdes y dorados, la belleza del campo perdida para mí mientras me concentraba en el horizonte, mi corazón latiendo con cada golpe de los cascos de mi caballo.

Cuanto más me acercaba a Camelot, más podía sentir la tensión en el aire, un sentido palpable de urgencia que aceleraba mi pulso. El cielo estaba teñido con los naranjas y rojos del sol poniente, y en la distancia, podía ver las oscuras siluetas de las murallas del castillo, alzándose imponentes contra la noche que se acercaba.

Pero algo estaba mal.

Al acercarme a las puertas, vi el humo—espesas columnas negras que se elevaban hacia el cielo, llevando consigo el olor a madera quemada y el agrio sabor de la batalla. Los sonidos del combate llegaron a mis oídos, distantes pero inconfundibles: el choque del acero, los gritos de los hombres en lucha mortal, el rugido de la batalla que parecía sacudir la tierra misma bajo mis pies.

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, una nauseabunda sensación de miedo que me hizo contener la respiración. Esto era todo. La batalla final. Y Lancelot estaba allí, en algún lugar en medio de ese caos, luchando por su vida, por la vida de Camelot, por el amor que nos había traído hasta este momento.

Espoleé a mi caballo hacia adelante, la urgencia me impulsaba hacia las puertas, hacia el corazón del conflicto. Los guardias en la entrada, golpeados y cansados, apenas registraron mi llegada mientras pasaba junto a ellos, mi enfoque singular, mi destino claro.

El patio era una escena de devastación: cuerpos esparcidos por el suelo, caballeros y soldados por igual, su sangre empapando la tierra que una vez fue el fundamento de un reino construido sobre ideales de honor y justicia. El aire estaba denso con el humo de los edificios en llamas, el olor acre de la muerte flotando pesado en el ambiente.

Pero no me detuve. No podía detenerme.

Desmonté, mis piernas temblando mientras avanzaba por el patio, mis ojos escaneando el campo de batalla, buscando un atisbo de él, una señal de que seguía vivo, de que seguía luchando.

Y entonces lo vi.

Lancelot, de pie en medio de la carnicería, su espada destellando mientras abatía a otro enemigo, su armadura abollada y manchada de sangre, pero su postura inquebrantable. Era una fuerza de la naturaleza, un torbellino de acero y determinación, la encarnación misma de la esperanza que había llevado a Camelot a este último enfrentamiento.

Pero incluso mientras lo observaba, mi corazón se hinchó de orgullo y temor, porque podía ver el peaje que la batalla había cobrado en él. Sus movimientos eran más lentos ahora, más pesados, el peso de la lucha presionando sobre él con cada momento que pasaba. Y sin embargo, continuaba luchando, su resolución tan feroz como siempre, su amor por Camelot, por mí, impulsándolo hacia adelante.

Quería gritar, llamarlo por su nombre, pero las palabras se atoraron en mi garganta, ahogadas por el miedo de que si lo distraía, aunque fuera por un momento, ese sería el momento que le costaría la vida.

Y entonces me quedé allí, mi corazón rompiéndose con cada golpe que daba, con cada enemigo que abatía, sabiendo que este era el hombre que amaba, el hombre que había elegido, el hombre que había sacrificado todo por el reino que ahora amenazaba con consumirlo.

Pero mientras permanecía allí, congelada por el horror de lo que estaba presenciando, me di cuenta de que no podía quedarme más tiempo. No podía dejarlo luchar esta batalla solo.

Corrí hacia él, mis pies llevándome a través del campo de batalla, sin preocuparme por el peligro, por el caos que me rodeaba. No me importaban los soldados enemigos, ni los caballeros que pudieran intentar detenerme. Todo lo que me importaba era llegar a él, estar a su lado, luchar con él, por él, hasta el final.

—¡Lancelot! —grité, mi voz finalmente liberada, elevándose por encima del estruendo de la batalla, una súplica desesperada que llevaba consigo todo el amor, todo el miedo, toda la esperanza que tenía en mi corazón.

Él se giró al sonido de mi voz, sus ojos se agrandaron de sorpresa, de horror, al verme corriendo hacia él, su espada aún levantada, su cuerpo tenso por el combate.

—¡Ginebra! —gritó, su voz áspera por la emoción, por el miedo que reflejaba el mío—. ¿Qué haces aquí?

—No podía quedarme lejos —dije, sin aliento mientras lo alcanzaba, mis manos agarrando su brazo, sintiendo el calor de su piel bajo el frío acero de su armadura—. Tenía que estar contigo. Tenía que…

Pero antes de que pudiera terminar, un soldado enemigo cargó hacia nosotros, su espada levantada, sus ojos llenos de furia. Lancelot se movió instintivamente, su espada cortando el aire con mortal precisión, abatiendo al hombre antes de que pudiera alcanzarme.

—Ginebra, tienes que irte —dijo Lancelot, su voz urgente, sus ojos suplicantes mientras me pedía que me fuera, que me salvara del peligro que nos rodeaba—. Este no es lugar para ti.

—No te voy a dejar —respondí, mi voz firme con determinación, con el amor que me había traído aquí, que me había impulsado a arriesgarlo todo por estar con él—. Enfrentaremos esto juntos.

Él vaciló, su mirada buscó la mía, y por un momento, vi el miedo, la duda que lo había estado carcomiendo, el miedo de perderme, de que esta batalla nos separara. Pero luego asintió, una expresión de aceptación resignada cruzó su rostro.

—Entonces quédate cerca —dijo, su voz se estabilizó, su resolución se endureció—. Enfrentaremos esto juntos.

Y así lo hicimos.

Luchamos codo a codo, nuestras espadas un borrón de movimiento mientras defendíamos el reino que una vez amamos, el sueño que nos había unido, el amor que nos había hecho más fuertes de lo que alguna vez habíamos sido solos. La batalla rugía a nuestro alrededor, el enemigo presionando desde todos los lados, pero mantuvimos nuestra posición, nuestros corazones latiendo al unísono, nuestra fuerza alimentada por el conocimiento de que, sin importar lo que pasara, estábamos juntos.

Y mientras el sol se ponía en ese último día, bañando el campo de batalla en tonos de rojo y oro, supe que esta era nuestra última resistencia, no solo por Camelot, sino por el amor que había definido nuestras vidas, que nos había llevado hasta este momento, que nos había dado la fuerza para luchar por lo que creíamos.

Esta era la batalla que determinaría nuestro destino, el destino de Camelot, y el destino de nuestro amor. Y mientras luchaba al lado de Lancelot, supe que, sin importar el resultado, sin

importar lo que deparara el futuro, habíamos dado todo lo que teníamos, todo lo que éramos, por este momento.

Y en eso, no había derrota.

Fin



Se supone que la victoria debe saber dulce, pero esta tenía un sabor amargo como la ceniza en mi boca. El campo de batalla yacía en ruinas a mi alrededor, cubierto con los cuerpos de hombres que alguna vez fueron mis hermanos, mis camaradas, los caballeros que habían estado a mi lado en innumerables batallas. El sol hacía tiempo que había desaparecido bajo el horizonte, dejando el mundo envuelto en un crepúsculo que parecía reflejar la oscuridad que se asentaba en mi corazón.

Había hecho lo que debía hacer. Los caudillos que habían liderado el asalto a Camelot yacían muertos a mis pies, su sangre manchando mi espada, sus vidas extinguidas en el calor de la batalla. Uno por uno, los había enfrentado, mi espada moviéndose con una precisión mortal que había sido perfeccionada a lo largo de años de guerra. Habían caído ante mí, cada muerte un paso más cerca de salvar el reino que todos habíamos jurado proteger.

Pero mientras permanecía allí, respirando con dificultad, el peso de mi armadura presionando sobre mí como la culpa en mi pecho, no podía evitar sentir que había perdido algo mucho más valioso que una batalla.

Esto no era una victoria. Esto fue una masacre.

Gawain fue el primero en caer, su cuerpo desplomándose en el suelo al recibir un golpe que estaba destinado a mí. Observé, impotente, mientras la luz se desvanecía de sus ojos, la fuerza que siempre lo había definido escurriéndose entre mis dedos como arena. No hubo tiempo para llorar, no hubo tiempo para lamentarse—solo tiempo para luchar, para avanzar, para cortar a los enemigos que amenazaban con devorarnos.

Y así luché, impulsado por una rabia que rozaba la locura, una desesperación que me llevó al borde del agotamiento. Pero incluso cuando abatí al último de los caudillos, incluso cuando escuché los vítores de los soldados que habían sobrevivido, supe que esta victoria tenía un costo mucho mayor del que cualquiera de nosotros había imaginado.

Camelot había sido salvado, pero era una victoria hueca, una que me dejó sintiéndome más como un fantasma que como un hombre.

—¡Lancelot! —La voz de Ginebra cortó la niebla de la batalla, un salvavidas que me sacó del borde de la desesperación. Me giré para verla corriendo hacia mí, su rostro pálido pero decidido,

sus ojos llenos de la misma mezcla de alivio y horror que yo sentía.

Dejé caer mi espada, su peso de repente demasiado para soportar, y la atrapé cuando llegó a mí, tirando de ella hacia mis brazos como si fuera lo único que me mantenía anclado a este mundo. Estaba temblando, su respiración llegaba en jadeos irregulares, pero estaba viva. Estaba aquí. Y por un momento, eso fue suficiente.

Pero luego ella se apartó, sus ojos buscando los míos con una desesperación que hizo que mi corazón se encogiera.

—Lancelot, tenemos que encontrar a Arthur.

Arthur. El nombre envió una nueva oleada de miedo y culpa sobre mí. En el caos de la batalla, lo había perdido de vista, había perdido de vista todo excepto la necesidad de seguir luchando, de seguir matando, de seguir sobreviviendo. Y ahora, mientras el polvo comenzaba a asentarse, la realidad de lo que habíamos perdido comenzaba a hundirse.

Nos movimos por el campo de batalla juntos, el silencio entre nosotros pesado con el peso de lo que ambos temíamos. Los cuerpos de los caballeros yacían esparcidos como hojas caídas, sus armaduras, que una vez brillaron, ahora estaban apagadas por la sangre y la mugre. Hombres que alguna vez fueron el epítome de la caballería y el honor ahora yacían inmóviles, sus vidas truncadas en una batalla que había sido más una carnicería que una gloria.

Me sentía entumecido mientras caminaba entre ellos, mi mente se negaba a procesar completamente la carnicería que me rodeaba. Estos eran los hombres con los que había luchado, los hombres con los que me había entrenado, reído, sangrado. Y ahora estaban muertos, sus voces silenciadas para siempre.

—¡Aquí! —gritó alguien, su voz cortando la quietud como un cuchillo. Me giré para ver a uno de los caballeros sobrevivientes arrodillado junto a una figura que me resultaba demasiado familiar.

Arthur.

La visión de él me hizo caer de rodillas, la fuerza abandonando mi cuerpo mientras me arrastraba hacia su lado. Estaba vivo, pero apenas. Una profunda herida cruzaba su pecho, la sangre manchaba su armadura y se acumulaba en el suelo bajo él. Su rostro estaba pálido, su respiración era superficial, y cuando levantó la vista hacia mí, pude ver el dolor en sus ojos, la resignación.

—Arthur —susurré, mi voz temblando con el peso de todo lo que no podía decir.

Él esbozó una leve sonrisa, aunque estaba teñida de tristeza.

—Lancelot… has vuelto… Ganaste…

—Lo siento —solté, las palabras se derramaron de mí en un torrente—. Lo siento mucho. Debería haber estado aquí para protegerte.

Arthur levantó su mano, débil pero firme mientras descansaba sobre mi hombro.

—No. Hiciste lo que tenías que hacer. Ganar esta guerra.

Sacudí la cabeza. —Te fallé. Te traicioné…

Arthur sonrió. —Pero estás aquí ahora. Conmigo. Eso es lo que importa.

Pero no lo era. No era suficiente. Nada podría ser suficiente para expiar lo que había hecho, por las vidas que había quitado, por el reino que había traicionado. La victoria que habíamos logrado me sabía a cenizas en la boca, un amargo recordatorio del precio que habíamos pagado.

Ginebra se arrodilló junto a nosotros, su mano acariciando suavemente el cabello de Arthur, sus ojos llenos de lágrimas.

—Arthur, vas a estar bien. Te llevaremos con un sanador. Tú…

Pero Arthur sacudió la cabeza, su agarre en mi hombro se tensó por un momento antes de aflojarse.

—No, Ginebra. Mi tiempo ha terminado. Camelot… Camelot es tuyo ahora.

Las palabras flotaron en el aire, pesadas con la finalización de lo que significaban. Camelot era nuestro, pero era un reino en ruinas, un sueño que había sido destrozado más allá de toda reparación. Y mientras miraba a Arthur, el hombre que alguna vez fue mi hermano, mi rey, me di cuenta de que esta no era la victoria por la que había luchado.

Este era el fin.

—Prométeme —dijo Arthur, su voz se debilitaba con cada palabra—. Prométeme que cuidarás de Camelot. Que protegerás… lo que hemos construido.

Asentí, aunque la promesa se sentía hueca, vacía. ¿Cómo podría proteger un reino que había sido destruido por mis propias acciones? ¿Cómo podría reconstruir un sueño que había sido aplastado bajo el peso de mi propia culpa?

Pero Arthur necesitaba escucharlo, necesitaba creer que su vida había significado algo, que sus sacrificios no habían sido en vano. Y así susurré las palabras que él necesitaba oír, incluso cuando mi corazón se rompía bajo el peso de la mentira.

—Lo prometo —dije, mi voz apenas más que un susurro.

Arthur sonrió, una débil y pacífica sonrisa que parecía fuera de lugar en medio de la carnicería que nos rodeaba. Y entonces, con un último aliento, se fue.

Lo miré fijamente, mi mente luchaba por procesar la realidad de lo que acababa de suceder. Arthur estaba muerto. Camelot había sido salvado, pero ¿a qué costo? Los caballeros, el sueño,

la hermandad que habíamos compartido—todo se había ido, reducido a cenizas en el despertar de una victoria que se sentía más como una derrota.

Ginebra lloraba suavemente, su mano descansando sobre el pecho inmóvil de Arthur, sus lágrimas se mezclaban con la sangre que manchaba el suelo. Quería consolarla, decirle que todo estaría bien, pero las palabras no salían. Porque habrían sido una mentira, y ya había mentido demasiado.

Habíamos ganado, pero fue una victoria pírrica, una que nos había dejado con nada más que los remanentes huecos de lo que alguna vez creímos. Camelot había sido salvado, pero era un reino sin rey, sin caballeros, sin esperanza.

Y mientras me arrodillaba allí, el peso del mundo presionando sobre mí, me di cuenta de que este era el verdadero costo de nuestro amor, de nuestras decisiones. Habíamos luchado el uno por el otro, habíamos sacrificado todo por la oportunidad de estar juntos, pero al final, habíamos perdido todo lo que importaba.

Esto no era una victoria. Este era el fin de un sueño.

Y yo, Lancelot, el legendario señor de la guerra, me quedaba con los pedazos de un reino que había sido destruido por mis propias manos.

* * *

La mañana en Camelot solía ser una sinfonía de vida: pájaros cantando, comerciantes gritando, niños riendo mientras se perseguían por las calles adoquinadas. Hoy, era un lamento. El humo aún flotaba en el aire, cubriendo de gris el reino que una vez fue vibrante, y el silencio era pesado, opresivo, como un sudario cubriendo un cadáver.

Estaba de pie en el balcón de lo que quedaba del gran salón, contemplando las ruinas que alguna vez fueron mi hogar. Las banderas estaban hechas jirones, las paredes quemadas, y las calles vacías, salvo por los pocos supervivientes que recogían los restos de sus vidas. El peso de todo ello me aplastaba, dificultando mi respiración.

Esto fue nuestra culpa.

Sentí la presencia de Lancelot antes de escucharlo, una calidez familiar a mi espalda que me confortaba y dolía al mismo tiempo. Se acercó a mi lado, su armadura había desaparecido, reemplazada por ropas sencillas que no podían ocultar el agotamiento grabado en su rostro. Sus ojos, usualmente tan brillantes y llenos de vida, estaban apagados, atormentados por los fantasmas de ayer.

Por un momento, ninguno de los dos habló. ¿Qué podríamos decir? Las palabras se sentían inadecuadas, huecas frente a tal devastación. En su lugar, nos quedamos uno al lado del otro, testigos silenciosos de los escombros de nuestras decisiones.

—Ya no parece un reino por el que valga la pena luchar, ¿verdad? —dije finalmente, mi voz quebradiza, teñida de un sarcasmo que enmascaraba la tristeza latente.

Los labios de Lancelot se curvaron en una tenue sonrisa. —He visto graneros en mejor estado.

Ambos dejamos escapar una risa seca y sin humor que se desvaneció rápidamente en la quietud que nos rodeaba. La realidad era demasiado cruda para la alegría, demasiado dolorosa para el consuelo.

—No dejo de pensar —comencé, mis dedos aferrándose a la fría piedra de la barandilla—, que si hubiéramos tomado decisiones diferentes, las cosas podrían haber sido diferentes. Que tal vez Arthur seguiría vivo, que Camelot seguiría siendo… Camelot.

La mirada de Lancelot permaneció fija en el horizonte, su mandíbula apretada. —Los remordimientos son algo curioso. No cambian nada, pero aun así te persiguen.

Me volví para mirarlo, estudiando las líneas de su rostro, las sombras bajo sus ojos, la tristeza que parecía adherirse a él como una segunda piel. Este no era el orgulloso y temerario caballero que me había conquistado, ni el amante tierno que me había sostenido en tantas noches. Este era un hombre quebrado por el peso de sus propias acciones, al igual que yo era una mujer destrozada por las mías.

—Lo destruimos, ¿verdad? —susurré, las palabras apenas audibles sobre la suave brisa—. Nuestro amor… lo destruyó todo.

Finalmente, él encontró mi mirada, sus ojos reflejando la misma culpa y dolor que retorcía mi corazón. —No fue solo nuestro amor, Ginebra. Hubo decisiones, errores, circunstancias que estaban fuera de nuestro control. Culpar de todo a nuestro amor parece demasiado simple, demasiado fácil.

—¿Fácil? —solté con un tono amargo en mi voz—. Nada de esto ha sido fácil. Amarte fue lo más maravilloso y lo más destructivo que he hecho.

Él se estremeció, y de inmediato lamenté mi tono duro. Pero era la verdad, cruda y dolorosa como era.

—No me arrepiento de haberte amado —dijo suavemente, su voz firme a pesar de la tormenta en sus ojos—. Pero lamento el dolor que causó, las vidas que costó. Lamento que nuestra felicidad tuviera un precio tan alto.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, y la limpié con furia. Estaba cansada de llorar, cansada de lamentar, cansada de este pozo interminable de tristeza que parecía no tener fondo.

—¿Y ahora qué? —pregunté, la pregunta colgando entre nosotros como una guillotina a punto de caer.

Él tomó una profunda respiración, sus hombros subiendo y bajando mientras parecía reunir sus pensamientos. —No puedo quedarme aquí. Puede que Camelot haya sido salvado, pero ya no es mi lugar. Necesito… necesito encontrar una forma de expiar lo que he hecho.

—¿A dónde irás?

—No lo sé —admitió, una pizca de frustración en su voz—. A algún lugar lejos de aquí. Tal vez vagaré hasta encontrar una causa por la que valga la pena luchar de nuevo, o tal vez nunca dejaré de vagar.

Asentí, la respuesta no me sorprendía, aunque aún lograba torcer el cuchillo más adentro en mi corazón. —Creo que… yo también necesito irme.

Él me miró con sorpresa, su expresión lo decía todo. —¿Irte? ¿A dónde irías?

—Hay un convento, no muy lejos de aquí —dije, la idea se solidificaba en mi mente incluso mientras la pronunciaba—. He pasado gran parte de mi vida como reina, como símbolo, como objeto de deseo y escándalo. Tal vez sea hora de convertirme en otra cosa. En alguien más.

—¿Una monja? —Trató de ocultar la incredulidad en su voz, pero fracasó miserablemente.

No pude evitar sonreír, una pequeña y triste curva en mis labios. —Sí, una monja. No te sorprendas tanto. Siempre he tenido un lado piadoso. ¿Recuerdas cómo solía arrastrarte a la capilla?

Él soltó una carcajada, el sonido era áspero y desconocido, pero bienvenido de todas formas. —Recuerdo que te quedabas dormida durante los sermones.

—Esos sermones eran interminables —repliqué, una chispa de nuestro viejo juego de palabras brillando por un breve y precioso momento.

Su sonrisa se desvaneció tan rápido como había aparecido, reemplazada por una solemnidad que coincidía con la gravedad del momento. —¿Estás segura de esto?

Tomé una respiración profunda, dejando que el aire fresco de la mañana llenara mis pulmones, esperando que calmara el temblor en mi voz. —No, pero no creo que la certeza sea un lujo que tengamos. Todo lo que sé es que no puedo quedarme aquí, rodeada de recuerdos de lo que hemos perdido, de lo que hemos destruido. Necesito encontrar paz, de alguna manera.

Entonces él extendió su mano, su toque era cálido cuando acarició mi mejilla, su pulgar secando una lágrima que no me había dado cuenta de que había caído. Su toque era familiar,

reconfortante, y me costó toda la fuerza que tenía no inclinarme hacia él, no rogarle que se quedara, que huyera conmigo, que empezáramos de nuevo en algún lugar lejos de las ruinas de nuestro pasado.

Pero sabía que era mejor. Ambos lo sabíamos.

—Nuestro amor fue hermoso —dijo, su voz espesa con emoción—. Incluso si el mundo no pudo soportarlo, incluso si nos llevó a esto, nunca olvidaré cómo se sintió amarte.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras me envolvieran, memorizando el sonido de su voz, la sensación de su toque, la calidez de su presencia. —Ni yo —susurré, mi propia voz apenas sostenida—. Pero tal vez algunos amores están destinados a ser recuerdos, perfectos porque no pueden ser manchados por la realidad.

Él bajó su mano, la pérdida de contacto fue inmediata y dolorosa. Nos quedamos allí, a un suspiro de distancia, mundos entre nosotros, ninguno de los dos quería moverse, ninguno sabía cómo quedarse.

—Debería irme —dijo finalmente, su voz apenas un susurro.

—Sí —asentí, aunque cada fibra de mi ser gritaba en protesta.

Él dudó por un momento, como si estuviera librando una guerra interna, antes de inclinarse y presionar un suave y prolongado beso en mi frente. Fue un gesto de amor, de despedida, de cierre. Sentí las lágrimas caer nuevamente, calientes surcos por mis mejillas que no hice ningún intento por secar.

—Cuídate, Ginebra —dijo, su voz quebrándose ligeramente—. Encuentra la paz.

—Tú también, Lancelot —respondí, mis palabras cargadas de todas las emociones no expresadas entre nosotros—. Encuentra la redención.

Él asintió levemente, luego se dio la vuelta y se alejó, sus pasos resonando en el salón vacío, cada uno llevándolo más lejos de mí, de nosotros, de lo que habíamos sido.

Lo observé hasta que desapareció de mi vista, mi corazón se rompía de nuevo con cada paso que daba. Cuando se fue, verdaderamente se fue, me permití desmoronarme, hundiéndome en el frío suelo de piedra mientras los sollozos sacudían mi cuerpo.

Este era el final de nuestra historia, el capítulo final en un cuento de amor y pérdida, de sueños y destrucción. No era el final que había esperado, pero tal vez era el que merecíamos.

Mientras los primeros rayos de sol atravesaban la neblina de humo, bañando con un pálido resplandor el reino roto, me levanté, limpiando los restos de mis lágrimas. Había un nuevo camino ante mí, incierto y desalentador, pero mío para recorrerlo.

Eché una última mirada a Camelot, imprimiendo la imagen en mi mente, luego me di la vuelta y me alejé, cada paso me llevaba hacia un futuro que aún no podía ver, pero que esperaba que trajera la paz y la penitencia que mi alma tanto necesitaba.

Nuestro amor había sido un incendio—brillante, apasionado, consumiendo todo a su paso. Ahora, solo quedaban cenizas, y de esas, tal vez ambos pudiéramos renacer.

Camino



El viento era frío mientras barría la desolada llanura, trayendo consigo el aroma de la lluvia y los ecos de una vida que se sentía como un sueño lejano. El mundo se había convertido en una nebulosa de grises y marrones, los vibrantes colores de Camelot reemplazados por los tonos apagados de una tierra que parecía tan agotada como yo. Había estado cabalgando durante días, quizás semanas—el tiempo había perdido su significado en algún lugar del camino, devorado por las interminables millas que se extendían ante mí.

Excalibur descansaba pesadamente sobre mi montura, su peso mucho mayor que cualquier arma que hubiera portado antes. No era solo una espada—era un símbolo, una reliquia de un tiempo en que el honor y el deber significaban algo, cuando el mundo era más simple y la línea entre el bien y el mal era clara.

Pero ese tiempo se había ido, al igual que Arthur, y el reino que habíamos luchado tanto por proteger no era más que un recuerdo, un fantasma que perseguía cada uno de mis pasos.

Le hice una promesa a Arthur mientras moría en mis brazos, una promesa de proteger Camelot, de defender los ideales por los que habíamos luchado. Pero sabía, incluso mientras las palabras salían de mis labios, que era una promesa que no podía cumplir. Camelot estaba más allá de toda salvación, sus muros se desmoronaban, su gente se dispersaba, sus caballeros—mis hermanos—estaban muertos. El sueño que habíamos construido se había desvanecido, destrozado por las decisiones que habíamos tomado, por el amor que nos había consumido.

Y así me fui, llevándome conmigo los últimos vestigios de ese sueño, en busca de un lugar donde pudiera dejarlo descansar.

El lago apareció ante mí al coronar la última colina, su superficie oscura e inmóvil, reflejando el cielo tormentoso. Era un lugar de leyenda, donde la Dama del Lago había emergido una vez de las profundidades para otorgar Excalibur a un joven rey destinado a la grandeza. Un lugar donde la magia y el destino se habían entrelazado, donde el futuro parecía lleno de posibilidades infinitas.

Pero ahora, de pie en la orilla, no sentía ninguna de esas cosas: ni la magia, ni la esperanza. Solo sentía el peso de la espada en mi mano, el frío metal presionando contra mi palma, un recordatorio de todo lo que había perdido.

Desmonté lentamente, el agotamiento del viaje me alcanzó de golpe. Mis piernas se sentían débiles mientras me acercaba al agua, cada paso pesado con el conocimiento de lo que estaba a punto de hacer. El lago estaba tan silencioso como una tumba, el único sonido era el suave susurro del viento entre los juncos.

Excalibur brillaba en la tenue luz mientras la sostenía en alto, los intrincados diseños en la empuñadura capturando los últimos rayos del sol poniente. Era un arma hermosa, un símbolo del rey que la había empuñado, un rey que había creído en la bondad de los hombres, que había creído en mí.

—Lo siento, Arthur —susurré, las palabras apenas más que un suspiro—. No puedo cumplir tu promesa. No puedo proteger Camelot.

La disculpa se sentía hueca, inadecuada. Era la confesión de un hombre que había fallado, que había perdido todo lo que importaba. Pero era todo lo que me quedaba por ofrecer.

Con un último suspiro cansado, retrocedí y arrojé la espada al lago. Cortó el aire con un susurro, girando sobre sí misma antes de golpear el agua con un suave chapoteo. Las ondas se extendieron en círculos concéntricos, perturbando la perfecta quietud de la superficie, antes de desvanecerse, dejando ningún rastro de la espada, ningún rastro de la promesa que había roto.

Me quedé allí un largo momento, observando el agua, medio esperando algún signo, algún reconocimiento desde las profundidades. Pero no hubo nada—ninguna mano emergiendo del agua, ninguna luz mágica, ninguna voz de consuelo. Solo silencio, tan frío y vacío como la vida que ahora llevaba.

Me di la vuelta, mi corazón pesado con el peso de lo que había hecho, lo que no había podido hacer. La espada se había ido, y con ella, el último lazo con la vida que una vez conocí. No quedaba nada para mí en Camelot, no quedaba nada para mí en ningún lugar.

Monté en mi caballo una vez más, las riendas flojas en mis manos mientras urgía al animal a avanzar, alejándome del lago, alejándome del pasado. El camino se extendía ante mí, un sendero sinuoso y solitario que no llevaba a ningún lugar en particular. Era un caballero sin causa, un guerrero sin guerra, un hombre sin hogar.

Los días se difuminaron mientras cabalgaba, el paisaje cambiando pero siempre igual—vacío, estéril, desprovisto de vida. Pasé por aldeas donde la gente apenas levantaba la vista cuando pasaba, sus rostros desgastados y cansados, sus vidas una lucha por sobrevivir. Ofrecía mi espada donde podía, protegiendo a los débiles, corrigiendo los pequeños males que encontraba, pero nunca era suficiente. Nunca era lo que buscaba.

Por la noche, cuando el mundo estaba en silencio y las estrellas brillaban como ojos fríos y distantes, pensaba en Ginebra. Su rostro perseguía mis sueños, su voz era un susurro en el viento, siempre fuera de mi alcance. La había dejado atrás, sabiendo que era la única manera, sabiendo que nuestro amor, por hermoso que hubiera sido, no podía sobrevivir en el mundo que habíamos destruido. Pero su recuerdo permanecía, una herida que se negaba a sanar, un recordatorio de la vida que había elegido, la vida que había perdido.

La había amado con una pasión que me había consumido, un amor que había ardido tan intensamente que había reducido todo lo demás a cenizas. Pero ahora, todo lo que quedaba era el recuerdo, un recuerdo que cortaba más profundamente que cualquier espada, que me dejaba hueco, vacío.

Y así vagaba, buscando redención, una forma de expiar los pecados que había cometido, por las vidas que había tomado, por el amor que había perdido. Pero sin importar cuán lejos cabalgara, sin importar cuántas batallas luchara, esa redención seguía siendo elusiva, un sueño distante que nunca lograba alcanzar.

El camino se extendía ante mí, un sendero de interminable dolor, de soledad y arrepentimiento. Pero era el único camino que conocía, la única forma de avanzar. Había elegido esta vida, este solitario camino, y lo recorrería hasta el final.

¿Qué más le quedaba a un hombre que lo había perdido todo?

Y así seguí cabalgando, hacia el crepúsculo que se avecinaba, una figura solitaria en un camino desierto, con el recuerdo de Camelot y Ginebra como mis únicos compañeros, el peso de mi pasado pesando sobre mis hombros, y la promesa de redención como un sueño distante, desvaneciéndose.

* * *

El convento era un mundo en sí mismo, un lugar donde el tiempo parecía detenerse, donde las preocupaciones del mundo exterior se desvanecían como la nieve en primavera. Era una fortaleza de serenidad, rodeada por altos muros de piedra que la protegían del caos más allá. Dentro, la vida se movía a un ritmo diferente, un ritmo dictado por el tañido de las campanas y las oraciones susurradas de mujeres que habían decidido dejar el mundo atrás.

Cuando llegué, pensé que este lugar me ofrecería la paz que tanto anhelaba. Las hermanas me recibieron con los brazos abiertos, sus sonrisas eran amables, sus ojos estaban llenos de comprensión silenciosa. No preguntaron sobre mi pasado, no indagaron en las razones que me

habían llevado a su puerta. Simplemente me aceptaron tal como era, otra alma buscando refugio de la tormenta.

Los días cayeron en un patrón que era a la vez reconfortante y adormecedor. Oraciones matutinas, comidas en común, tiempo dedicado a cuidar el jardín, las horas silenciosas de reflexión y estudio. La simplicidad de todo aquello era un bálsamo para mi corazón cansado, las rutinas me proporcionaban un sentido de orden que había perdido hacía mucho tiempo. Aquí no había reyes, ni batallas, ni decisiones que pudieran alterar el curso de un reino. Solo existía el ritmo constante e inmutable de la vida enclaustrada.

Y sin embargo, a pesar de la paz que me rodeaba, no encontraba escape de aquello que había esperado dejar atrás.

Lancelot.

Su nombre era una oración que no podía dejar de repetir, su rostro un fantasma que atormentaba mis sueños, su voz una melodía que resonaba en mi mente día tras día. Había venido aquí para olvidar, para enterrar el pasado y encontrar consuelo en una vida de devoción. Pero el recuerdo de él persistía, negándose a ser silenciado, negándose a desvanecerse.

Me arrodillaba en la capilla, el frío de la piedra bajo mis rodillas, el aroma del incienso impregnando el aire, y trataba de concentrarme en las oraciones, en los himnos, en las promesas que había hecho de dedicar mi vida a Dios. Pero siempre, siempre, mis pensamientos volvían a él. A la forma en que me miró ese último día, la tristeza en sus ojos cuando se despidió. A la calidez de su abrazo, al sonido de su risa, a la sensación de su mano en la mía, fuerte y segura, como si pudiera protegerme del mundo.

Pero no me protegió. No pudo protegerme. Y yo tampoco lo protegí a él.

Vine aquí para encontrar redención, para expiar los pecados que llevaron a la caída de Camelot, a la muerte de Arthur, a la ruina de todo lo que habíamos construido. Pero ¿cómo podía encontrar la paz cuando el hombre al que había amado, el hombre al que aún amaba, estaba allá afuera en algún lugar, solo y cargando con la misma culpa que pesaba en mi corazón?

Traté de perderme en el trabajo, en las oraciones, en la vida tranquila y contemplativa del convento. Cuidaba el jardín con esmero, viendo cómo las flores florecían en primavera, sus colores vibrantes contrastando con el gris de los muros de piedra. Leía las Escrituras, las palabras se desdibujaban ante mis ojos mientras buscaba un significado, algo que pudiera llenar el vacío dentro de mí.

Pero nada lo hacía. Nada podía hacerlo.

Las hermanas me sonreían al pasar por los pasillos, sus rostros serenos, intocados por la agitación que hervía dentro de mí. Habían encontrado su paz, su propósito, y las envidiaba por ello. Pero yo no podía encontrarlo, por más que lo intentara. Mi corazón seguía atado al pasado, al amor que había intentado dejar atrás.

Una tarde, mientras estaba sentada en el jardín, el sol cálido en mi rostro, el aroma de las rosas llenando el aire, la hermana Agnes vino a sentarse a mi lado. Era una mujer mayor, su rostro surcado por las arrugas de la edad, pero sus ojos brillaban, llenos de sabiduría y amabilidad. Había sido monja durante tanto tiempo como cualquiera podía recordar, y tenía una forma de ver en los corazones de las personas, de entender sus cargas sin que tuvieran que decir una palabra.

—Pareces preocupada, hija mía —dijo suavemente, su voz era tan gentil como si no quisiera perturbar la paz del jardín.

Miré mis manos, la tierra bajo mis uñas, y suspiré.

—Vine aquí para olvidar —admití, las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Pero no puedo. No importa cuánto lo intente, no puedo olvidarlo.

La hermana Agnes asintió, como si lo hubiera esperado.

—El corazón es un ser testarudo —dijo con una pequeña sonrisa—. Se aferra a lo que ama, incluso cuando desearíamos que no lo hiciera.

—Pero quiero dejarlo ir —susurré, mi voz temblaba con el peso de la verdad—. Quiero encontrar la paz, ser libre de este… este dolor.

Ella extendió la mano y tomó la mía, su agarre era cálido y reconfortante.

—No puedes forzar al corazón a olvidar, Ginebra. El amor no funciona así. No es algo que puedas apagar simplemente, como una vela que se apaga en la oscuridad.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunté, mi voz estaba llena de desesperación—. ¿Cómo vivo así, con un corazón que aún lo ama, incluso cuando sé que no debería?

Guardó silencio por un momento, sus ojos eran reflexivos, como si buscara las palabras correctas.

—Vives —dijo finalmente, su voz era firme y segura—. Vives con ello, querida. Dejas que el amor que sientes por él sea una parte de ti, pero no todo de ti. Encuentras una manera de llevarlo contigo sin dejar que te consuma. Y con el tiempo, puede que descubras que el amor que llevas no es una carga, sino una bendición, un recordatorio de lo bueno que una vez fue, incluso frente a todo lo que se perdió.

La miré, la simplicidad de sus palabras me golpeó con una fuerza que no había esperado. No era la respuesta que había estado buscando, pero era la respuesta que necesitaba.

—No sé si puedo hacer eso —confesé, mi voz era pequeña, llena de dudas.

Ella sonrió, apretando mi mano suavemente.

—No será fácil. Pero eres más fuerte de lo que piensas, Ginebra. Ya has sobrevivido a tanto. Puedes sobrevivir a esto también.

Asentí, las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se derramaron, trazando caminos ardientes por mis mejillas. Lloré por todo lo que había perdido, por el amor que aún persistía en mi corazón, por el hombre que había dejado atrás y la vida que había elegido. Y mientras lloraba, la hermana Agnes sostuvo mi mano, su presencia era un ancla reconfortante en la tormenta de mis emociones.

Cuando las lágrimas finalmente cesaron, me sentí más ligera, como si un peso hubiera sido levantado de mis hombros. El dolor seguía ahí, el amor aún se aferraba en los rincones de mi corazón, pero ya no se sentía como una herida que se negaba a sanar. Se sentía como una parte de mí, una parte de la mujer en la que me había convertido, una mujer que había amado profundamente, que había perdido, pero que aún podía encontrar una manera de seguir adelante.

Miré a la hermana Agnes, la gratitud llenó mi corazón.

—Gracias —susurré, mi voz estaba llena de la sinceridad de mis emociones.

Ella sonrió, acariciando mi mano con ternura.

—De nada, querida. Ahora, ven. La campana sonará pronto, y no debemos llegar tarde a las oraciones.

La seguí de regreso al interior, el aire fresco del convento era un alivio bienvenido después del calor del sol. Mientras caminábamos, sentí que una sensación de calma se asentaba sobre mí, una sensación de aceptación. No podía olvidar a Lancelot, no podía borrar el amor que sentía por él. Pero podía vivir con ello, podía llevarlo conmigo como un recordatorio de lo que había sido, como una parte de quien era.

Y tal vez, solo tal vez, con el tiempo, encontraría la paz que había estado buscando.

La vida enclaustrada sería mi refugio, mi santuario. Y aunque mi corazón aún dolía con el recuerdo de Lancelot, sabía que podía encontrar una manera de vivir con ese amor, de dejar que fuera una parte de mí sin permitir que me definiera.

Este era mi camino ahora, y lo recorrería con la cabeza en alto, con el conocimiento de que había amado profundamente, incluso si ese amor había tenido un gran costo.

Futuro



Hay una ironía peculiar en regresar al lugar que una vez llamaste hogar solo para descubrir que ese hogar ya no existe. Camelot, el reino que dejé en ruinas, había resurgido de sus cenizas, pero era un Camelot solo de nombre—o mejor dicho, ni siquiera eso. Los letreros en las puertas de la ciudad me decían todo lo que necesitaba saber: ahora lo llamaban Caer Arianrhod, un nombre que no cargaba con el peso ni la promesa que una vez tuvo "Camelot".

Había escuchado susurros de este nuevo reino durante mis años de errante, historias contadas por viajeros cansados en tabernas mal iluminadas, por mercaderes cuyos caminos se cruzaban con el mío en mercados polvorientos. Hablaban de una tierra reconstruida a partir de los escombros de una era olvidada, un lugar donde la memoria de Arturo se había convertido en leyenda, donde los caballeros de la Mesa Redonda eran poco más que figuras míticas, cuyos hechos se exageraban en cada recuento hasta que apenas se parecían a los hombres que una vez conocí.

Pero escuchar esas historias y ver la realidad eran dos cosas muy diferentes.

Cruzé las puertas, los guardias apenas me dedicaron una mirada. No había reconocimiento en sus ojos, ni un destello de reconocimiento de que yo fuera algo más que otro viajero cansado de paso. Las calles estaban llenas de actividad, repletas de personas que no tenían memoria del reino que una vez estuvo aquí, sin conexión con el sueño que dio origen a Camelot.

Los niños jugaban en las calles, sus risas resonaban como una campana, pero era una risa que no estaba tocada por el peso de la historia. No conocían las historias de Lancelot, Arturo, Ginebra o Gawain. No tenían idea de que las piedras bajo sus pies estaban empapadas de la sangre de caballeros que habían luchado y muerto por un sueño que se había desmoronado bajo el peso de sus propios ideales.

Y tal vez eso era lo mejor.

El mercado era vibrante, un marcado contraste con las sombrías secuelas que dejé atrás. Los puestos rebosaban de mercancías de tierras lejanas, especias que llenaban el aire con aromas tentadores, sedas que brillaban a la luz del sol, frutas y verduras que resplandecían con una vida que no había visto en años. Era un reino renacido, un lugar de prosperidad, pero para mí se sentía vacío, como si estuviera construido sobre los huesos de un pasado que nadie quería recordar.

Mientras deambulaba por las calles, mis pasos resonaban en los adoquines, y me encontré siendo atraído hacia el castillo, sus torres se alzaban sobre la ciudad como centinelas silenciosos. La arquitectura era diferente ahora, más ornamentada, más decorativa, carecía de la sencilla solidez que una vez definió la fuerza de Camelot. El nuevo rey, quienquiera que fuera, claramente valoraba las apariencias, los adornos del poder más que su esencia.

No tenía ningún negocio aquí, ningún propósito en regresar, pero algo me empujaba hacia adelante, una compulsión que no podía ignorar. Tal vez era la necesidad de cerrar un capítulo, o quizás eran los últimos vestigios del caballero que una vez fui, el hombre que juró proteger Camelot hasta su último aliento.

Pero este ya no era mi Camelot, y yo ya no era ese hombre.

Las puertas del castillo estaban abiertas, guardias apostados a ambos lados, sus armaduras brillaban bajo el sol de la tarde. Llevaban la insignia del nuevo reino, una estrella plateada sobre un campo azul, sin leones, sin dragones, sin símbolos de los viejos tiempos. Los guardias me observaron acercarme, sus expresiones neutrales, aunque uno de ellos levantó una ceja cuando me acerqué más.

—¿Qué asuntos tienes aquí, viajero? —preguntó uno de ellos, su voz era educada pero firme.

—Busco una audiencia con su rey —respondí, las palabras me resultaban extrañas en la lengua. ¿Cuántas veces había pronunciado esas mismas palabras en este mismo lugar, pero con una intención tan diferente?

El guardia intercambió una mirada con su compañero, luego se encogió de hombros.

—El rey está en la corte. Puedes presentarte, pero normalmente no recibe las solicitudes de aquellos sin estatus.

Estatus. La palabra dolió, aunque no debería haberlo hecho. Una vez, mi nombre era suficiente para abrir puertas, para comandar respeto. Pero ahora, era solo otra cara en la multitud, otra alma buscando algo que ya había perdido.

—Gracias —dije, inclinando levemente la cabeza antes de pasar junto a ellos y entrar en el castillo.

Los pasillos eran diferentes ahora, más opulentos, más ostentosos. Las paredes estaban adornadas con tapices que representaban escenas de las victorias del nuevo rey, sus conquistas, su visión de un reino que era suyo y solo suyo. Caminé a través de ellos como lo haría un fantasma, invisible, desapercibido, mi presencia era una sombra de lo que alguna vez fue.

Y luego llegué a la sala del trono.

Era un espacio grandioso, mucho más elaborado de lo que había sido en los días de Arturo. El trono en sí era una monstruosidad de oro y joyas, muy diferente de la simple, resistente silla que Arturo había ocupado una vez. El hombre que estaba sentado en él era joven, su cabello oscuro, sus ojos agudos y calculadores. Llevaba una corona que brillaba con riqueza, pero su porte carecía de la dignidad silenciosa, la noble contención, que había definido a Arturo.

Este rey no era un líder de hombres. Era un gobernante de súbditos, y hay una diferencia.

Me quedé al borde de la sala, observando mientras escuchaba las peticiones de su corte, su expresión era de aburrimiento indiferente. Le hablaban de acuerdos comerciales, de disputas entre casas nobles, de las preocupaciones cotidianas de un reino más preocupado por las apariencias que por los ideales que alguna vez lo guiaron.

Cuando hubo una pausa en los procedimientos, di un paso adelante, mis pasos resonaron en el silencio mientras me acercaba al trono. Los ojos del rey se fijaron en mí, la curiosidad pasó por su rostro, aunque rápidamente fue enmascarada por una capa de desinterés.

—¿Y quién eres tú? —preguntó, su voz llevaba un leve tono de burla—. ¿Otro peticionario? ¿O vienes a entretenernos con un cuento de desdicha?

Lo miré a los ojos, mi corazón pesado con el peso de todo lo que había visto, todo lo que había perdido.

—Soy Lancelot du Lac —dije, mi voz era firme, aunque se sentía como una confesión más que una presentación.

Hubo un murmullo de sorpresa entre los presentes en la sala del trono, pero el rey solo levantó una ceja, sin impresionarse.

—¿Lancelot? ¿El Lancelot de las viejas historias? Qué pintoresco. Pensé que estabas muerto.

—Todavía no —respondí, una amarga sonrisa asomaba en la comisura de mis labios—. Aunque empiezo a preguntarme si eso no habría sido un destino más amable.

El rey soltó una carcajada, un sonido bajo y desdeñoso que me irritó.

—¿Qué te trae de vuelta a estas tierras, Lancelot? ¿Buscas redención? ¿O quizás has venido a ofrecer tus servicios a un nuevo rey?

—He venido a ver qué queda de Camelot —dije, mi voz estaba teñida de una tristeza que no podía ocultar—. A ver si queda algo que valga la pena salvar.

El rey se recostó en su trono, sus ojos se entrecerraron mientras me examinaba.

—Camelot ya no existe, viejo. Esto es Caer Arianrhod ahora, un reino construido sobre las cenizas de tus sueños fallidos. Arturo es una leyenda, un símbolo de una edad dorada que nunca existió realmente. Nosotros somos el futuro, y no necesitamos los restos del pasado.

Las palabras cortaron profundo, más afiladas que cualquier espada. Pero sabía que tenía razón, en su propia manera. Camelot se había ido, y con él, los ideales por los que habíamos luchado. Lo que quedaba era un reino que había seguido adelante, un pueblo que no tenía uso para los fantasmas de una era pasada.

Incliné ligeramente la cabeza, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Entonces mi viaje aquí ha terminado.

Me giré para irme, pero la voz del rey me detuvo.

—Dime, Lancelot, ¿cómo se siente regresar a un lugar que ya no te recuerda?

Me detuve, la pregunta colgaba en el aire entre nosotros, pesada con el peso de mil arrepentimientos no expresados.

—Se siente como volver a una casa que ha sido vendida a extraños. Las paredes pueden estar en pie, pero todo lo que la hacía tuya se ha ido.

Con eso, salí de la sala del trono, la risa del rey resonando detrás de mí, un sonido que me siguió a través de los pasillos, por las escaleras y fuera de la ciudad que ya no era mía.

Las calles de Caer Arianrhod bullían con vida mientras me dirigía de regreso a las puertas, pero era una vida que no tenía lugar para mí, una vida que había seguido adelante sin mí. Las risas de los niños, los gritos de los comerciantes, los vibrantes colores del mercado, todo se sentía como un mundo aparte, un mundo que no tenía espacio para el hombre en el que me había convertido.

Mientras me alejaba de la ciudad, las murallas del nuevo reino se desvanecían en la distancia, sentí una extraña sensación de alivio. El Camelot que había conocido se había ido, pero tal vez eso era lo mejor. Fue un reino del pasado, un sueño que había ardido demasiado brillante, demasiado rápido, y que había sido consumido por su propio fuego.

Ahora, lo único que quedaba era el camino ante mí, un sendero que no llevaba a ningún lugar en particular, pero que era mío para recorrer.

Había regresado a Camelot por última vez, solo para descubrir que no quedaba nada por salvar. Pero quizás, en esa realización, había un tipo de libertad. El pasado se había ido, y con él, el peso de las promesas que no pude cumplir.

Y así, seguí adelante, hacia el futuro, un futuro que no tenía lugar para Lancelot del Lago, pero que era, tal vez, el único futuro que quedaba.

* * *

La vida enclaustrada era una de rutina, de contemplación silenciosa, de momentos que se deslizaban como granos de arena en un reloj de arena. Sin embargo, incluso en la quietud, había una inquietud dentro de mí que ninguna cantidad de oraciones o penitencias podía calmar. Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses, y aún así, me encontraba atormentada por el pasado, por las decisiones que había tomado, por el amor que había intentado desesperadamente enterrar.

Era una mañana fresca y clara cuando la visión llegó a mí, aunque comenzó como cualquier otro día. El convento estaba envuelto en niebla, las paredes de piedra frías y húmedas bajo mis dedos mientras me movía por los pasillos familiares. Las hermanas ya estaban reunidas en la capilla, sus voces se alzaban en un suave canto que llenaba el aire con una sensación de reverencia y calma. Tomé mi lugar entre ellas, con las manos entrelazadas en mi regazo, los ojos cerrados mientras intentaba perderme en el ritmo de sus voces.

Pero mi mente, como lo hacía tan a menudo, divagó.

Pensé en Lancelot, en la vida que podríamos haber tenido si las cosas hubieran sido diferentes. Pensé en Camelot, en el sueño que habíamos construido y en el sueño que habíamos destruido. Pensé en Arturo, cuya fe en mí había sido inquebrantable, incluso cuando yo flaqueé. El peso de todo ello me oprimía, una carga que había llevado durante tanto tiempo que se había convertido en parte de mí.

Y luego, en la quietud de ese momento, algo cambió.

Fue como si el aire a mi alrededor se volviera más ligero, el mundo se desvaneciera en un suave borrón, dejándome en un espacio que no era ni aquí ni allá. El canto de las hermanas se desvaneció, reemplazado por un silencio tan profundo que parecía resonar dentro de mi alma.

Y en ese silencio, lo vi.

El Santo Grial.

Apareció ante mí, no como un objeto físico, sino como una visión, una presencia centelleante que llenó el espacio con una luz que era a la vez cálida y fría, reconfortante e imponente. Era perfecto, intocado por la corrupción del mundo, irradiando una pureza que parecía alcanzar las profundidades de mi ser.

Sentí una paz que se apoderó de mí, una sensación de calma que nunca había conocido, como si todo el dolor, todo el arrepentimiento, todo el pesar que me había atormentado durante tanto tiempo se estuviera desvaneciendo, dejándome ingrávida, libre.

El Grial era todo lo que había buscado pero nunca encontrado: pureza, redención, perdón. Era la encarnación de la paz que tanto había anhelado, la paz que había intentado encontrar en la

vida enclaustrada, en la oración, en la penitencia. Y ahora, aquí estaba, no solo ante mí, sino dentro de mí, llenando los espacios vacíos en mi corazón con una luz que ahuyentaba la oscuridad.

Las lágrimas llenaron mis ojos, no de tristeza, sino de alivio, de una liberación que nunca pensé posible. Extendí la mano, aunque sabía que no podía tocarlo, y al hacerlo, la visión pareció acercarse, la luz se hizo más brillante, más cálida, hasta que me envolvió completamente, envolviéndome en un capullo de puro amor inmaculado.

Y luego, tan rápido como había llegado, la visión comenzó a desvanecerse, la luz se atenuó lentamente hasta que el mundo a mi alrededor volvió a enfocarse. El canto de las hermanas llenó de nuevo mis oídos, las familiares paredes de piedra de la capilla se reafirmaron, la frescura del aire presionando suavemente contra mi piel.

Pero la paz permaneció.

Abrí los ojos, parpadeando para apartar las lágrimas que aún colgaban de mis pestañas, y miré a las hermanas, sus rostros serenos, intocados por la visión que yo había visto. Continuaron cantando, sus voces subían y bajaban en un ritmo que parecía reflejar los latidos de mi propio corazón.

Y en ese momento, lo entendí.

El Grial no era algo que se pudiera encontrar, no era un objeto que se pudiera poseer. Era un estado del ser, un símbolo de la pureza y la paz que solo se podía alcanzar dejando ir—dejando ir el pasado, la culpa, el amor que una vez me había definido. Era un regalo, no solo de perdón, sino de la comprensión de que había hecho lo mejor que pude, que había vivido y amado tan plenamente como pude, incluso si ese amor había llevado al dolor y la pérdida.

Cerré los ojos de nuevo, la imagen del Grial aún persistía en mi mente, y susurré una oración de agradecimiento, no por la visión en sí, sino por la paz que me había traído, el cierre que tanto necesitaba.

Cuando el canto terminó y las hermanas se levantaron para continuar con su día, permanecí en la capilla, mi corazón más ligero de lo que había estado en años. Sentí un sentido de claridad, de propósito, que me había eludido durante tanto tiempo. Ahora sabía que mi camino no estaba en el pasado, no en lo que podría haber sido, sino en el presente, en la vida que había elegido, en el amor que había dado.

El Grial me había mostrado que la paz no era algo que se encontraba en el mundo, sino algo que se cultivaba dentro de uno mismo. Y en esa paz, finalmente pude dejar ir a Lancelot, a Camelot, al peso de mis propios errores.

Me levanté de mi asiento, sintiendo la fría piedra bajo mis pies, y caminé hacia el altar, donde una sola vela ardía brillantemente, su llama firme e inquebrantable. Encendí otra vela junto a ella, un símbolo de la luz que se había reavivado dentro de mí, y observé cómo las llamas danzaban juntas, proyectando un cálido resplandor sobre la capilla.

Mientras estaba allí, sentí que una sonrisa se dibujaba en mis labios, una sonrisa genuina, una que había estado ausente durante demasiado tiempo. La visión del Grial me había dado el cierre que buscaba, me había mostrado que podía seguir adelante, que podía encontrar paz, no olvidando, sino abrazando el amor y las lecciones que me habían traído hasta aquí.

Salí de la capilla con un sentido de resolución tranquila, lista para enfrentar lo que el futuro me deparara. El pasado siempre sería parte de mí, pero ya no me definía. Yo era Ginebra, una mujer que había amado profundamente, que había cometido errores, que había buscado redención, y que finalmente había encontrado la paz que tanto había anhelado.

La visión del Grial permanecería conmigo, un recordatorio de que la pureza y la paz no eran ideales distantes, sino estados del ser que se podían alcanzar, incluso en un mundo que había sido roto y reconstruido.

Y mientras caminaba por los tranquilos pasillos del convento, supe que había encontrado mi lugar, no en la sombra del pasado, sino en la luz de un futuro que finalmente estaba lista para abrazar.

Paz



Hay una especie de locura que se apodera de un hombre cuando ha estado solo durante demasiado tiempo, cuando ha vagado tan lejos del camino que ya no puede ver de dónde viene ni a dónde va. Durante años, había recorrido ese camino solitario, mis únicos compañeros eran los fantasmas del pasado y el peso de mis pecados. El mundo había seguido adelante sin mí, y yo lo había permitido, contento de deambular por las sombras de mi vida anterior como un espectro que había sobrevivido a su tiempo.

Pero entonces escuché los susurros—tenues, casi imperceptibles al principio, pero que se hacían más fuertes con cada día que pasaba. Susurros sobre el Santo Grial, la copa sagrada que había eludido a los más grandes caballeros, que había sido buscada por reyes y guerreros, pero nunca encontrada. Se decía que era la clave para la redención, el camino hacia el perdón incluso para los pecados más graves.

Y yo, Lancelot del Lago, tenía suficientes pecados para llenar cien vidas.

No era la primera vez que escuchaba historias sobre el Grial. En los días de Camelot, cuando la Mesa Redonda aún estaba intacta, había sido el objeto de nuestra mayor búsqueda, la reliquia sagrada que creíamos que llevaría a nuestro reino a su máxima gloria. Pero esos eran los sueños de hombres jóvenes, hombres que aún creían en la pureza de su causa, que aún no habían sido quebrados por el mundo.

Yo ya no era ese hombre. Pero seguía siendo un caballero, y la idea del Grial—la posibilidad de que pudiera ofrecerme la redención que había buscado durante tanto tiempo—fue suficiente para despertar algo dentro de mí que había estado dormido durante años.

Y así, me embarqué en una última búsqueda.

No fue una decisión que tomé a la ligera. Había estado contento, o eso creía, de vagar por el desierto de mi propio arrepentimiento, de vivir mis días a la sombra de lo que había perdido. Pero el pensamiento del Grial, de lo que representaba, tiraba de mí con una fuerza que no podía ignorar. No se trataba solo de encontrar el Grial por su poder sagrado, aunque eso era motivo suficiente. Se trataba de encontrar algo dentro de mí, algo que había perdido hace mucho tiempo —fe, tal vez, o quizás solo esperanza.

El camino era familiar, y a la vez desconocido, una mezcla de lo viejo y lo nuevo. Pasé por aldeas que habían surgido donde antes no había más que bosque, por pueblos que habían crecido de pequeños caseríos en bulliciosos centros de comercio. El mundo había cambiado, y yo había cambiado con él, aunque apenas me reconocía en el reflejo del hombre en que me había convertido.

Mientras cabalgaba, las historias sobre el Grial se volvieron más frecuentes, más detalladas. Algunos hablaban de él como una copa que había sido escondida en una tierra distante e inexplorada, custodiada por fuerzas tanto santas como malévolas. Otros lo describían como una visión, algo que solo podía ser visto por aquellos que fueran verdaderamente dignos. Otros más afirmaban que nunca había existido, que era una historia contada para dar esperanza a los hombres donde no la había.

Pero no me importaban los detalles. El Grial era más que una copa, más que un símbolo. Era la última oportunidad para un hombre que lo había perdido todo, la última búsqueda de un caballero que había fallado en cada intento.

Un día me encontré en un denso bosque, los árboles se cerraban a mi alrededor, sus ramas creaban un dosel que bloqueaba el sol. El aire estaba cargado con el aroma a pino y tierra, y los únicos sonidos eran el suave susurro de las hojas y el distante canto de un pájaro. Era un lugar que parecía intocado por el tiempo, un lugar donde el mundo exterior dejaba de existir.

Fue aquí donde comencé a sentir la presencia de algo más grande que yo mismo, algo que me susurraba en el susurro de las hojas, que me llamaba hacia adelante con el suave resplandor de la luz del sol filtrándose a través de los árboles. Era como si el bosque mismo estuviera vivo, guiándome hacia algo que no podía ver, pero que sabía que estaba allí.

Y entonces, en un pequeño claro, lo vi.

El Grial.

No era la grandiosa copa adornada con joyas de la leyenda, sino un simple cáliz sin adornos, reposando sobre un altar de piedra cubierto de musgo y hiedra. Brillaba suavemente en la luz moteada, su superficie lisa y perfecta, intocada por el mundo que lo rodeaba.

Desmonté lentamente, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, la respiración entrecortada y áspera. Esto era—el objeto de mi búsqueda, la clave de mi redención, la respuesta a todas las preguntas que me habían atormentado durante tanto tiempo.

Pero a medida que me acercaba, sentí una extraña sensación de calma invadirme, una paz que no había conocido en años. El Grial estaba al alcance de mi mano, y sin embargo, al estar frente

a él, descubrí que la desesperada necesidad de agarrarlo, de reclamarlo como propio, se había desvanecido.

Me arrodillé ante el altar, con las manos descansando sobre la fría piedra, e incliné la cabeza. El Grial no era un premio que debía ser ganado, no era una cura para las heridas que me había infligido a mí mismo y a otros. Era un símbolo, un recordatorio de la pureza y la fe que una vez me impulsaron, que una vez me hicieron un caballero de Camelot.

En ese momento, me di cuenta de que la búsqueda nunca había sido sobre encontrar el Grial en sí. Había sido sobre encontrar al hombre que una vez fui, el hombre que había perdido en las ruinas de Camelot, en las cenizas de un amor que había ardido demasiado brillante, demasiado intensamente.

No necesitaba llevarme el Grial. No necesitaba poseerlo. Solo necesitaba aceptar que la redención que buscaba no podía encontrarse en un solo objeto, sino en las decisiones que tomara, en la vida que eligiera vivir a partir de ese momento.

Con una claridad que no había sentido en años, me puse de pie, mi mirada se detuvo en el Grial un momento más antes de darme la vuelta. Lo dejé allí, intacto, un símbolo del hombre que había sido, y del hombre que aún podía llegar a ser.

Mientras regresaba por el bosque, el peso que había presionado sobre mí durante tanto tiempo comenzó a levantarse. El camino por delante era incierto, pero por primera vez en años, sentí un sentido de propósito, de esperanza.

* * *

Hay una paz que solo llega después de haberlo perdido todo. No es la paz de la victoria ni siquiera de la aceptación; es la paz de saber que ya no hay nada que temer, nada que perder. Esa era la paz que había encontrado en el convento, en las horas silenciosas de oración, en las simples rutinas de una vida dedicada a algo más grande que yo misma. Era una paz que había tardado años en alcanzar, una paz ganada a través de lágrimas y reflexión.

Pero incluso en esa paz, había una parte de mí que permanecía inquieta, una parte que aún recordaba una vida diferente, un amor diferente. Lo había enterrado profundamente, había intentado olvidarlo, pero el amor, aprendí, no es algo que se pueda enterrar. No es algo que se pueda olvidar.

Así que cuando llegó el mensaje, una simple nota entregada por un viajero de paso, mi corazón lo supo antes de que mi mente pudiera procesarlo. No había grandes declaraciones, ni

súplicas de perdón o reconciliación, solo unas pocas palabras, garabateadas en una letra familiar, pidiéndome que me encontrara con él una última vez.

Debería haberme negado. Debería haberme quedado dentro de la seguridad de los muros del convento, dentro de la vida que había elegido. Pero el corazón, aprendí, es una cosa terca, y el mío nunca había dejado ir realmente.

El lugar que había elegido era una pequeña capilla, enclavada en un bosquecillo de árboles justo más allá de los terrenos del convento. Era un edificio humilde, modesto, con sus paredes desgastadas por el tiempo, sus ventanas teñidas de colores simples y vibrantes que captaban la luz del sol y la esparcían por el suelo en un caleidoscopio de rojos, azules y dorados. Era un lugar de reflexión tranquila, un lugar donde el mundo parecía desacelerarse, donde el ruido de la vida se desvanecía en segundo plano.

Llegué primero, la niebla matutina aún se aferraba al suelo, el aire fresco y nítido contra mi piel. Esperaba sentirme nerviosa, sentir el peso de todos los años que habían pasado entre nosotros presionando sobre mí. Pero al entrar en la capilla, al arrodillarme ante el altar y susurrar una oración, descubrí que lo único que sentía era una sensación de calma, una sensación de inevitabilidad.

Escuché la puerta abrirse detrás de mí, el suave crujido de la madera y el leve susurro de la tela cuando él entró. No me volví para mirar, no lo necesitaba. Podía sentir su presencia, tan familiar para mí como mi propia respiración, tan reconfortante como el calor del sol en mi rostro.

—Ginebra —dijo, su voz suave, reverente, como si temiera perturbar la quietud de la capilla.

Me levanté lentamente, girándome para enfrentarlo. Se veía casi como lo recordaba, aunque los años se habían grabado en las líneas de su rostro, habían suavizado los bordes de su antaño poderoso cuerpo. Su cabello estaba salpicado de canas, sus ojos sombreados con el peso de todo lo que había visto, de todo lo que había perdido. Pero bajo todo eso, seguía siendo Lancelot, el hombre que había amado, el hombre al que amaba.

—Lancelot —respondí, mi voz se quebró en mi garganta al decir su nombre. Se sentía extraño en mi lengua, como si perteneciera a otro tiempo, a otra vida.

Durante un largo momento, simplemente nos quedamos ahí, mirándonos, el aire entre nosotros cargado con todas las cosas que nunca podríamos decir. No había necesidad de palabras, no había necesidad de explicaciones o disculpas. Todo lo que necesitaba decirse ya había sido hablado en el silencio de nuestros corazones.

—No estaba seguro de que vinieras —dijo finalmente, su voz teñida con el eco de una sonrisa.

—No estaba segura de que debía —admití, aunque no había amargura en mis palabras, solo una tranquila resignación—. Pero tenía que verte. Una última vez.

Él asintió, sus ojos se suavizaron al dar un paso más cerca, la distancia entre nosotros se redujo a un simple suspiro.

—Pensé que podría olvidar —dijo, su voz apenas más que un susurro—. Pero nunca pude.

—Yo tampoco —respondí, extendiendo la mano para tomar la suya. El toque fue eléctrico, familiar, una conexión que nunca se había roto realmente—. Pero ambos hemos encontrado nuestra paz, ¿no es así? Después de todo, hemos encontrado nuestro camino.

—Sí —asintió, su mano apretando la mía—. Pero eso no lo hace más fácil.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. No lo hace.

Nos quedamos ahí durante mucho tiempo, tomados de la mano, mientras la luz del sol se filtraba a través de las vidrieras, arrojando un resplandor dorado sobre la capilla. Era como si los años se desvanecieran, como si volviéramos a ser los jóvenes amantes que habían robado momentos de felicidad en un mundo que nunca nos había entendido.

Pero ya no éramos esas personas. Habíamos sido templados por el dolor, por la pérdida, por las duras realidades de la vida. Nuestro amor, que una vez había sido un fuego que había arrasado con todo a su paso, se había enfriado hasta convertirse en brasas, aún cálidas, aún brillantes, pero ya no consumiendo todo a su alrededor.

—Me voy —dijo después de un rato, su voz firme pero llena de una tranquila determinación —. Ya no queda nada para mí aquí. Necesito seguir adelante, seguir buscando.

—Y yo me quedaré —respondí, mi voz tranquila, aceptando—. Aquí es donde pertenezco ahora. Aquí es donde he encontrado mi propósito.

Él asintió, sus ojos llenos de una tristeza que reflejaba la mía.

—Lo sé. Pero tenía que verte, Ginebra. Tenía que despedirme.

—Adiós —repetí, la palabra se atascó en mi garganta. Se sentía final, demasiado final, pero sabía que era necesario. Habíamos pasado demasiados años viviendo a la sombra de lo que podría haber sido. Era hora de dejar ir, de permitirnos la libertad de avanzar, sin las cargas del pasado.

Entonces él se inclinó, presionando un suave y prolongado beso en mi frente. Fue un gesto de amor, de despedida, de cierre. Fue todo lo que habíamos sido y todo lo que nunca podríamos ser.

—Nunca te olvidaré —susurró, su aliento cálido contra mi piel.

—Ni yo a ti —respondí, mi voz temblaba con el peso de todas las emociones que no podía expresar.

Y entonces, con una última mirada, se dio la vuelta y se marchó, sus pasos resonaron en el silencio de la capilla, cada uno alejándolo más de mí, de la vida que habíamos compartido, del amor que nos había definido.

Lo vi marcharse, mi corazón dolía con la finalización de todo, con el conocimiento de que esa sería la última vez que lo vería. Pero cuando la puerta se cerró detrás de él, cuando la quietud de la capilla volvió, sentí una sensación de paz, una sensación de cierre que nunca había creído posible.

Me arrodillé una vez más ante el altar, mis manos entrelazadas en oración, y susurré un último adiós, no solo a Lancelot, sino a la vida que habíamos dejado atrás, al amor que había sido nuestra mayor alegría y nuestro mayor dolor.

La reunión había sido breve, pero había sido suficiente. Habíamos encontrado nuestra paz, nos habíamos despedido, y ahora éramos libres para caminar por caminos separados.

Y mientras me levantaba para irme, mientras salía al sol, sentí cómo el peso del pasado se levantaba de mis hombros, dejándome más ligera, más libre, lista para abrazar el futuro, sea lo que sea que pudiera depararme.

Este era el final de nuestra historia, pero también era el comienzo de algo nuevo.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí lista.

Oración



Los años pasan como las páginas de un libro, cada capítulo cerrándose en silencio, dejando solo el rastro más tenue de lo que fue escrito antes. Mi vida se había convertido en una serie de esos capítulos, cada uno marcado por los mismos temas: arrepentimiento, redención y la interminable búsqueda de algo que nunca lograba alcanzar. El tiempo me había desgastado, no en cuerpo, sino en espíritu, hasta que incluso los ecos de Camelot parecían un sueño lejano.

Pero es curioso cómo funcionan las leyendas. No importa cuánto te alejes, no importa cuánto intentes dejar el pasado atrás, tienen una manera de alcanzarte, susurrándote en los rincones de la mente cuando menos lo esperas. Y así fue con la leyenda de Arturo.

Escuché los rumores por primera vez en un pequeño pueblo azotado por el viento, enclavado en la sombra de las montañas. La gente allí hablaba en tonos susurrantes, como si temieran que incluso pronunciar su nombre pudiera invocar algo demasiado poderoso para controlar. “Arturo volverá”, decían, “el Rey que fue y será”. Volverá cuando el mundo más lo necesite, para restaurar el orden, para traer de vuelta la edad dorada.

Al principio, lo desestimé como simple fantasía, el pensamiento ilusorio de aquellos que anhelaban un tiempo que nunca existió realmente. Después de todo, yo había estado allí. Había visto al hombre detrás del mito, había luchado a su lado, lo había visto caer. Arturo se había ido, y ningún monto de esperanza o leyenda podía cambiar eso.

Pero a medida que las historias se esparcían, mientras me movía de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, descubrí que la leyenda había crecido, había cobrado vida propia. Arturo ya no era solo un rey; era un símbolo, un faro de esperanza en un mundo que había perdido su rumbo. Su nombre se susurraba en los pasillos del poder, estaba tallado en las piedras de antiguos templos, y era cantado por bardos en tabernas llenas de humo. Y con cada relato, la leyenda se hacía más fuerte, más vívida, hasta que parecía que incluso yo, Lancelot, no era más que una nota al pie en la historia de su retorno.

Me preguntaba, mientras escuchaba los cuentos, si nuestra historia de amor —la mía y la de Ginebra— también viviría en la leyenda, o si se desvanecería en el olvido, recordada solo por aquellos que la habían vivido. ¿Seríamos recordados como amantes trágicos, atrapados en la red

del destino, o seríamos descartados como simples mortales, falibles e imperfectos, indignos de los relatos épicos que habían crecido a nuestro alrededor?

Era una pregunta que rondaba en mi mente, carcomiendo los bordes de mis pensamientos mientras cabalgaba a través del cambiante paisaje de mi vida. Y luego, un día, llegué a un reino lejos de Camelot, un lugar que nunca había conocido la gloria del reinado de Arturo, pero donde su nombre aún se pronunciaba con reverencia.

El reino era pequeño, enclavado entre colinas onduladas y densos bosques, su gente robusta y orgullosa, su rey joven y lleno de ímpetu. El castillo no era grandioso de ninguna manera —nada parecido a las imponentes torres de Camelot— pero tenía una fuerza, un sentido de propósito que me recordó a los primeros días del reinado de Arturo, antes de que el peso del mundo cayera sobre sus hombros.

Era un extraño en esta tierra, pero no pasó mucho tiempo antes de que la noticia se extendiera de que un caballero de antaño había llegado, un hombre que una vez había cabalgado con el más grande de los reyes. Los susurros me seguían por las calles, ojos observando mientras me dirigía al castillo, una curiosidad mezclada con una especie de asombro que me incomodaba.

Cuando finalmente me concedieron una audiencia con el rey, lo encontré como un hombre de aguda inteligencia y aún más agudo ingenio. Era más joven de lo que esperaba, sus ojos brillaban con el entusiasmo de la juventud, pero había una profundidad en él, un sentido de responsabilidad que desmentía sus años.

—Así que —dijo, estudiándome con una mirada perspicaz mientras yo permanecía de pie frente a su trono—, eres el legendario Sir Lancelot.

—Soy Lancelot —respondí, mi voz firme pero teñida con el cansancio de un hombre que había vivido demasiadas vidas—. Legendario, quizás, solo en las historias que se han contado.

El rey sonrió, una torcedura irónica de sus labios que denotaba tanto comprensión como diversión.

—Y sin embargo, aquí estás, muy real. Dime, Lancelot, ¿qué te trae a mi reino? ¿Estás buscando algo, o simplemente te has perdido en el camino?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, y por un momento, no supe cómo responder. ¿Qué estaba buscando? ¿Redención? ¿Un propósito? ¿O era simplemente un hombre que había vagado demasiado tiempo, buscando un lugar donde depositar sus cargas?

—He escuchado las historias —dije finalmente, eligiendo mis palabras con cuidado—. Historias del regreso de Arturo, de un rey que volverá cuando el mundo más lo necesite. Vine aquí para ver si esas historias tenían algo de verdad.

La expresión del rey se suavizó, y asintió lentamente.

—El nombre de Arturo se pronuncia con reverencia aquí, como en muchos otros lugares. Pero no creo que regrese, al menos no como dicen las leyendas. Arturo fue un gran rey, tal vez el más grande, pero seguía siendo solo un hombre. Y los hombres no resucitan de entre los muertos.

Sentí una punzada de algo, ¿decepción tal vez, o quizás solo la sensación de final al escuchar esas palabras en voz alta?

—Entonces, ¿por qué mantener viva la leyenda?

—Porque las leyendas tienen poder —respondió el rey, su voz llena de una convicción tranquila—. El nombre de Arturo inspira a la gente, les da esperanza en tiempos oscuros. Y la esperanza es algo que este mundo necesita desesperadamente.

Entonces se levantó de su trono, bajando para pararse frente a mí, sus ojos a la altura de los míos.

—Tal vez no soy Arturo, pero creo en los ideales que él representaba. Justicia, honor, valentía: estos no son solo cualidades de un rey; son las cualidades de un hombre que busca hacer del mundo un lugar mejor. Y eso es lo que yo pretendo hacer.

Había algo en sus palabras, en la forma en que hablaba, que despertó algo profundo dentro de mí: un recuerdo del hombre que una vez fui, de los sueños que compartimos en los salones de Camelot, antes de que todo se desmoronara. Por primera vez en años, sentí una chispa de propósito, un sentido de dirección que me había eludido durante tanto tiempo.

—¿Y qué hay de Lancelot? —preguntó el rey, suavizando su voz—. ¿Qué busca ahora el gran caballero de Camelot?

Lo miré a los ojos, el peso de los años presionando sobre mí, pero por una vez, no se sintió tan pesado.

—Busco un lugar donde pueda servir, donde pueda encontrar un sentido en los días que me quedan.

El rey sonrió, una sonrisa genuina, cálida, que llegó a sus ojos.

—Entonces quédate, Lancelot. Quédate y sirve a este reino, no como una reliquia del pasado, sino como un caballero del presente. Ayúdame a construir algo digno del nombre de Arturo, algo que perdure mucho después de que nos hayamos ido.

Era una oferta que no esperaba, una que me tomó por sorpresa, pero mientras estaba allí, me di cuenta de que era exactamente lo que había estado buscando. Una oportunidad para ser parte de algo más grande que yo mismo, para encontrar redención no en el pasado, sino en el futuro.

—Me quedaré —dije, las palabras llenas de una resolución que no había sentido en años—. Te serviré, como una vez serví a Arturo, con todo lo que me queda por dar.

El rey asintió, su expresión era de satisfacción tranquila.

—Entonces, construyamos una nueva leyenda, Lancelot. Una que resista la prueba del tiempo, tal como lo hizo la de Arturo.

Al salir de la sala del trono, con el peso del pasado todavía aferrándose a mí, sentí una sensación de paz, de propósito, que no había conocido en años. La leyenda de Arturo viviría, como debía ser, pero también lo haría la historia de aquellos que lo sirvieron, que lo amaron, que lucharon por mantener vivo su sueño.

Y tal vez, con el tiempo, mi propia historia encontraría su lugar entre esas leyendas, no como un relato de tragedia, sino como uno de redención, de un hombre que había perdido su camino, pero que lo encontró de nuevo al servicio de un nuevo rey, en la construcción de un nuevo reino.

El camino por delante era incierto, pero por primera vez en mucho tiempo, me sentí listo para recorrerlo.

* * *

Los años tienen una manera de suavizar los bordes ásperos del pasado, como un río que se abre paso a través de la roca, dejando tras de sí un paisaje suavizado por el tiempo. El convento se había convertido en mi santuario, un lugar donde el mundo exterior se desvanecía en un recuerdo distante, donde las cargas que había llevado durante tanto tiempo se iban aligerando poco a poco, una oración a la vez. El ritmo de la vida aquí era reconfortante, un pulso constante que me guiaba a través de los días con un tranquilo sentido de propósito.

Pero incluso en los momentos más silenciosos, cuando el mundo exterior parecía más lejano, encontraba que mis pensamientos volvían a él. Lancelot. Su nombre ya no era una fuente de dolor, ya no era una herida que se negaba a sanar. En cambio, se había convertido en una parte de mí, entretejida en la trama de mi ser, un recordatorio de un amor que había moldeado mi vida de maneras tanto profundas como trágicas.

Hacía mucho que había aceptado que nuestros caminos se habían separado, que nuestro amor, por poderoso que hubiera sido, pertenecía a otro tiempo, a otra vida. Pero los recuerdos permanecían, flotando como las últimas notas de una canción que se había tocado hace mucho tiempo. Y con esos recuerdos venía un sentimiento de gratitud: por los momentos de alegría que

habíamos compartido, por las lecciones que habíamos aprendido, incluso por el dolor que finalmente nos llevó a donde estamos ahora.

La capilla estaba tranquila esa noche, las velas ardiendo lentamente, sus llamas titilantes proyectando suaves sombras en las paredes de piedra. Las demás hermanas ya se habían retirado a sus celdas, dejándome sola en la quietud, el silencio envolviéndome como un manto reconfortante. Me arrodillé ante el altar, la fría piedra presionando mis rodillas, y junté las manos en oración, el gesto familiar trayéndome una sensación de paz.

Pero esta noche, mi oración era diferente. Esta noche, no era para mí, sino para él.

—Señor —comencé, mi voz apenas más que un susurro—, no te pido perdón, pues he encontrado la paz en las decisiones que he tomado. En cambio, te pido misericordia, para un alma que ha vagado lejos de la luz, pero que busca regresar.

Cerré los ojos, la imagen de Lancelot llenando mi mente, no como el hombre que vi por última vez, sino como el caballero del que me enamoré por primera vez: fuerte, noble, con los ojos llenos de una determinación que una vez pareció inquebrantable. Había sido mi campeón, mi protector, pero más que eso, había sido mi corazón, la única persona que me había visto no como una reina, sino como una mujer, con defectos y humanidad.

—Concédele paz —continué, mi voz firme, aunque mi corazón dolía con el peso de mis palabras—. Concédele la redención que busca, no ante los ojos del mundo, sino en su propio corazón. Que encuentre la fuerza para perdonarse a sí mismo, como yo lo he perdonado, como tú nos has perdonado a ambos.

Las palabras salieron con facilidad, la oración fluyendo de mis labios con una sinceridad que incluso a mí me sorprendió. Había pasado tantos años buscando la paz, buscando una manera de reconciliar el amor que había perdido con la vida que había elegido. Pero ahora, en este momento, me di cuenta de que la paz no era algo que se encontrara; era algo que se daba, que se compartía, que se ofrecía libremente, sin esperar nada a cambio.

—Cuídalo, Señor —susurré, mi voz temblando con la emoción—. Guíalo en su camino, dondequiera que lo lleve. Y si es tu voluntad, permítele encontrar el amor y la felicidad que ha buscado durante tanto tiempo.

Sentí que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, calientes y silenciosas, pero no hice ningún esfuerzo por secarlas. No eran lágrimas de tristeza, sino de liberación, de un último dejar ir los últimos vestigios del pasado que me habían mantenido cautiva durante tanto tiempo.

—Y cuando llegue el momento —concluí, mi voz apenas audible—, recíbelo en tu abrazo, con el amor y la misericordia que solo tú puedes dar.

La oración terminó, y el silencio de la capilla me envolvió una vez más, pero ahora era un tipo de silencio diferente: uno que estaba lleno de una profunda sensación de calma, de cierre. Había dicho todo lo que necesitaba decir, había ofrecido la última de mis oraciones por el hombre que había sido una parte central de mi vida. Y al hacerlo, sentí que la última de las cargas se levantaba de mis hombros, dejándome más ligera, más libre, de lo que había estado en años.

Me levanté lentamente, mis rodillas protestando por el movimiento, pero no sentí dolor, solo una sensación de tranquilo contento. Las velas parpadeaban suavemente, sus llamas proyectando un cálido resplandor sobre la capilla, y al girarme para irme, sentí la presencia de algo más grande que yo misma, una sensación de conexión con lo divino que no había sentido en mucho tiempo.

El aire de la noche era fresco cuando salí, las estrellas brillando sobre mí como diamantes esparcidos en un cielo de terciopelo. Me quedé allí un momento, respirando el aire limpio y fresco, y sentí que la paz se asentaba sobre mí, una paz que iba más allá de lo físico, que tocaba el mismo núcleo de mi ser.

Había hecho las paces con el pasado, había encontrado mi camino hacia adelante, y ahora, estaba lista para enfrentar lo que el futuro pudiera deparar, con un corazón sin cargas y un alma en paz.

Mientras caminaba de regreso a mi celda, el camino iluminado por el suave resplandor de la luna, susurré una última oración, una simple súplica llena de amor por el hombre que había amado y por la mujer en la que me había convertido.

—Que ambos encontremos la paz —susurré, las palabras llevadas por la brisa nocturna—, y que nuestras almas encuentren el camino de regreso a casa.

Y con eso, cerré la puerta detrás de mí, lista para enfrentar el final, sea lo que sea, con un corazón lleno de amor y un alma libre de arrepentimiento.

Libre



Hay una cierta claridad que solo se alcanza en la batalla, una agudeza mental que corta a través de toda la niebla y el ruido de la vida. El choque del acero, el rugido de las voces, el retumbar de los cascos sobre la tierra… todo se desvanece en el fondo, dejando solo el ritmo de la lucha, el pulso de la supervivencia, la conciencia de que cada aliento podría ser el último.

Había estado en incontables batallas antes, había enfrentado enemigos mucho más temibles que estos, pero esta se sentía diferente. No porque las apuestas fueran más altas o las probabilidades más largas, sino porque sabía, en el fondo, que esta sería la última. Había una sensación de final, una sensación de inevitabilidad que se asentó sobre mí como un manto, pesado pero reconfortante, como si los años de deambular y buscar finalmente me hubieran llevado a este momento.

El campo de batalla se extendía ante mí, un mar de caos y sangre, pero me movía a través de él con la facilidad de un hombre que había hecho de la guerra su oficio. Mi espada brillaba bajo el sol, cortando enemigos uno tras otro, mi cuerpo moviéndose con una gracia fluida que desmentía los años que lo habían cargado. Los viejos instintos regresaron a mí, perfeccionados por años de práctica, por las innumerables batallas que había librado en nombre de un rey que ahora era más leyenda que hombre.

Pero este rey era real, su causa justa, y me había comprometido con él como una vez me comprometí con Arturo. Había una pureza en eso, un sentido de propósito que había estado ausente en mi vida durante demasiado tiempo. Luché por él como una vez luché por Camelot, con toda la fuerza que me quedaba, con un corazón que finalmente había encontrado paz en su deber.

El enemigo surgía a mi alrededor, una marea de acero y furia, pero mantuve mi posición, mi espada un borrón de movimiento mientras los abatía. Cada golpe era preciso, cada movimiento calculado, una danza que había perfeccionado a lo largo de una vida. Los sonidos de la batalla eran distantes, apagados, como si estuvieran sucediendo en otro lugar, a otra persona. Lo único que importaba era el ritmo, la lucha, el deber que había jurado cumplir.

Y luego, en un momento de calma en medio de la tormenta, lo vi: el rey, mi rey, rodeado de enemigos, su espada destellando mientras luchaba por defender su vida y su reino. Era joven,

fuerte, pero estaba superado en número, y supe en ese instante que no sobreviviría sin ayuda.

Sin pensarlo, me moví hacia él, abriéndome paso a través de las líneas enemigas con una ferocidad que incluso a mí me sorprendió. Era como si los años hubieran desaparecido, como si volviera a ser el caballero de la leyenda, el guerrero que había luchado junto a Arturo, que había sido temido y respetado a partes iguales.

Llegué hasta el rey justo cuando un soldado enemigo se lanzaba contra él, su espada alzada para el golpe mortal. Con un grito, me interpuse entre ellos, mi propia espada cortando el aire con una velocidad que desafiaba mi edad, mi experiencia guiando mi mano con una precisión infalible.

El enemigo cayó, su espada resonando en el suelo, y me volví hacia el rey, encontrando su mirada con un breve asentimiento. No había tiempo para palabras, ni para agradecimientos, solo la batalla, solo el deber.

Luchamos lado a lado, el rey y yo, derribando a aquellos que se atrevían a desafiarnos, que se atrevían a amenazar el reino que habíamos jurado proteger. La marea de la batalla comenzó a cambiar, el enemigo retrocediendo ante nuestro embate, su resolución desmoronándose ante nuestra determinación.

Pero incluso mientras los empujábamos de regreso, sabía que mi tiempo se estaba acabando. El cansancio que había mantenido a raya durante tanto tiempo comenzaba a infiltrarse, los años de batalla y pérdida cobrando su precio. Mis movimientos se ralentizaban, mi respiración se volvía entrecortada, pero seguí luchando, impulsado por el conocimiento de que este era el lugar donde debía estar, que este era el final que había estado buscando.

Y entonces, en un momento de distracción, sucedió. Un soldado enemigo, más joven, más rápido, atravesó mis defensas, su espada hundiéndose profundamente en mi costado. El dolor fue agudo, cegador, pero no hubo miedo, ni pánico, solo una extraña sensación de calma, de aceptación.

Tropecé, cayendo de rodillas, pero aún logré levantar mi espada, derribando al hombre que había asestado el golpe. El rey estaba a salvo, la batalla ganada, pero para mí, todo había terminado.

El suelo estaba frío bajo mí, el sabor de la sangre en mis labios, pero no había arrepentimiento, ni tristeza. En cambio, mis pensamientos se desviaron, sin quererlo, hacia ella: Ginebra. La mujer que había amado, la mujer que había perdido, la mujer que había moldeado mi vida de maneras que nunca podría comprender por completo.

La vi en mi mente, no como la reina que había sido, sino como la mujer que era: fuerte, amable, imperfecta, humana. Vi su sonrisa, escuché su risa, sentí el calor de su toque, y en ese momento, supe que había encontrado la paz que había estado buscando, no en la gloria de la batalla ni en la redención de una búsqueda, sino en el simple y duradero recuerdo del amor.

Mi visión se nubló, el mundo desvaneciéndose a mi alrededor, pero lo recibí con agrado, sabiendo que este era el final, que finalmente había llegado al lugar donde debía estar. Y mientras la oscuridad me envolvía, mientras el dolor comenzaba a desvanecerse, sonreí, una pequeña y amarga sonrisa que contenía toda la alegría, toda la tristeza, todo el amor que había llenado mi vida.

—Ginebra —susurré, su nombre la última palabra en mis labios, el último pensamiento en mi mente. Y luego, con una sensación de alivio, de finalización, solté todo.

La oscuridad me tomó, pero no había miedo, ni arrepentimiento. Solo paz, solo amor, solo la esperanza de que en la muerte, pudiera encontrar la paz que me había eludido en la vida.

Y así, con una sonrisa, recibí el final, sabiendo que no era el final en absoluto, sino el comienzo de algo nuevo, algo que aún no podía ver, pero que sabía que estaría lleno de luz.

Porque yo era Lancelot, el caballero que había amado, que había perdido, que había encontrado la redención en el campo de batalla, y que ahora, por fin, era libre.

* * *

La noticia llegó como un viento frío que cortaba la quietud del convento, un rumor susurrado que se coló en los pasillos del claustro, llevado por los labios de viajeros y peregrinos. Lancelot había muerto.

Al principio, me negué a creerlo. ¿Cómo podía ser? Lancelot, el legendario caballero, el hombre que había sido mi mayor amor y mi mayor dolor, ¿cómo podía haberse ido? Pero a medida que los días pasaban y los rumores se volvían más fuertes, más certeros, supe en mi corazón que era verdad. El mundo había perdido a un caballero, y yo había perdido una parte de mi alma.

El convento, usualmente un lugar de paz y reflexión, se sentía de repente opresivo, las paredes cerrándose a mi alrededor, el peso de mi dolor aplastando mi pecho hasta que era difícil respirar. Vagaba por los pasillos como un fantasma, mis pensamientos consumidos por los recuerdos de Lancelot, por la vida que habíamos compartido, por el amor que nos había definido a ambos.

Me encontré en la capilla, el lugar donde tantas veces había buscado consuelo, donde había rezado por el alma de Lancelot, donde había encontrado la paz que creía me sostendría ante cualquier cosa. Pero ahora, esa paz era esquiva, deslizándose entre mis dedos como agua, dejando solo el frío y vacío dolor de la pérdida.

Me arrodillé ante el altar, mis manos temblorosas mientras se unían en oración, pero no salieron palabras. ¿Por qué podría rezar? Lancelot se había ido, su alma más allá del alcance de mis plegarias, su vida terminada en un campo de batalla distante que nunca vería.

Y sin embargo, mientras estaba allí, la silenciosa capilla envolviéndome, sentí que una extraña calma comenzaba a asentarse sobre mí, un calor que parecía surgir de lo más profundo de mi ser. Lancelot se había ido, pero nuestro amor—nuestro amor seguía aquí, aún conmigo, tejido en lo más profundo de mi ser. Siempre había estado allí, incluso en los años que estuvimos separados, incluso en las decisiones que nos habían llevado por caminos diferentes.

Las lágrimas brotaron entonces, calientes y rápidas, un torrente de emociones que ya no podía contener. Lloré por Lancelot, por la vida que había vivido, por las batallas que había librado, por el amor que habíamos compartido y el amor que habíamos perdido. Lloré por el dolor que había soportado, por las cargas que había llevado, por el alma que había estado tan cargada de culpa y arrepentimiento.

Pero debajo de las lágrimas, debajo del dolor, había algo más—algo que no esperaba encontrar. Había una sensación de alivio, de liberación, de una carga que finalmente había sido levantada. Lancelot había encontrado su paz, había librado su última batalla, había dejado su espada por última vez. Era libre, libre del peso de sus pecados, libre del mundo que tanto le había exigido.

Y en esa libertad, encontré consuelo.

Me levanté de mis rodillas, las lágrimas aún fluyendo, pero mi corazón más liviano de lo que había estado en años. Caminé hacia la pequeña ventana al costado de la capilla, la luz entrando a través de los vitrales, proyectando un caleidoscopio de colores sobre el suelo de piedra. Era hermoso, un recordatorio de que incluso en los momentos más oscuros, hay luz que encontrar.

Pensé en Lancelot entonces, no como el caballero que había sido, sino como el hombre que había amado—el hombre que me había amado, a pesar de todo, a pesar del mundo que había intentado separarnos. Nuestro amor había sido verdadero, incluso si había sido trágico, incluso si había sido imperfecto. Había sido real, y eso era algo que ni el tiempo, ni la distancia, ni la muerte podrían quitarme jamás.

Sonreí a través de mis lágrimas, una pequeña y amarga sonrisa que contenía toda la alegría, todo el dolor, todo el amor que había llenado mi vida. Lancelot se había ido, pero seguía conmigo, en cada aliento que tomaba, en cada latido de mi corazón. Había sido mi campeón, mi amante, mi amigo, y aunque nuestro tiempo juntos había sido breve, había sido suficiente.

Me alejé de la ventana, mi corazón lleno de recuerdos, lleno de amor, lleno del conocimiento de que la muerte de Lancelot no era el final de nuestra historia. Era simplemente el cierre de un capítulo, el comienzo de otro—un capítulo en el que nuestro amor viviría, no en el mundo, sino en los corazones de quienes nos recordaran, en las leyendas que se contarían, en las oraciones que seguiría ofreciendo, no por su alma, sino por el amor que habíamos compartido.

Volví al altar, mis pasos seguros, mi corazón en paz. Me arrodillé una vez más, esta vez no en tristeza, sino en gratitud, en amor, en el conocimiento de que Lancelot había encontrado la paz que buscaba, y que yo, también, había encontrado la mía.

—Gracias —susurré, mi voz firme, mi corazón lleno—. Gracias por el amor, por los recuerdos, por la vida que compartimos.

Y mientras salía de la capilla, la luz del sol poniente proyectando un cálido resplandor sobre las paredes de piedra, supe que llevaría a Lancelot conmigo, siempre. Nuestro amor había sido verdadero, había sido real, y eso era suficiente. Era más que suficiente.

Salí al aire fresco de la noche, sintiendo una calma asentarse sobre mí. El mundo había cambiado, mi vida había cambiado, pero el amor que sentía por Lancelot nunca cambiaría. Viviría, no solo en mi corazón, sino en los corazones de aquellos que contarían nuestra historia, que nos recordarían, no como figuras trágicas, sino como dos almas que habían amado profundamente, que habían encontrado la paz al final.

Descanso



Camelot había cambiado, como un reflejo en un espejo empañado, la grandeza atenuada, la vitalidad desvanecida. Las grandes salas, antes llenas de vida, ahora estaban más silenciosas, las voces de caballeros y cortesanos reemplazadas por los susurros del viento que recorría los corredores vacíos. Los estandartes que antes ondeaban con orgullo ahora colgaban lánguidos, sus colores apagados por el tiempo. Y sin embargo, todavía había algo sagrado en este lugar, un sentido de historia y honor que perduraba en las mismas piedras.

Era apropiado, entonces, que Lancelot regresara aquí, al lugar donde su historia había comenzado, donde su leyenda se había forjado. La noticia de su muerte se había esparcido rápidamente, llevada por los vientos del destino, y se tomó la decisión de traerlo de vuelta a Camelot, para darle sepultura en el corazón del reino al que había servido con tanta devoción.

El cortejo fúnebre era pequeño, respetuoso, liderado por el nuevo rey, quien había llegado a conocer a Lancelot en sus últimos años, quien había visto en él no solo los restos de una leyenda, sino al hombre detrás de ella. Detrás del rey caminaba un puñado de caballeros, sus armaduras pulidas, sus rostros solemnes, rindiendo homenaje al hombre que había sido el más grande de todos. Las calles de Camelot estaban llenas de gente, con la cabeza inclinada en silencio reverente mientras el cortejo pasaba, susurros convertidos en plegarias, un tributo a un hombre que se había convertido en símbolo de la gloria perdida del reino.

Llevaban el cuerpo de Lancelot en un sencillo féretro, cubierto con el blanco y rojo de Camelot, los colores del reino que había amado, el reino al que había dado su vida para proteger. Su espada, la espada que lo había acompañado en tantas batallas, descansaba sobre él, un último recordatorio del guerrero que había sido. Pero no había corona, ni ornamentos reales—Lancelot nunca había sido un rey, solo un caballero, y así sería recordado.

El entierro tuvo lugar al pie de la gran torre, bajo la sombra de las murallas que una vez fueron el símbolo de la fuerza de Camelot. La tierra estaba recién removida, la tumba cavada profundamente, un lugar de descanso digno de un hombre que había vivido y muerto por la espada. Los caballeros lo bajaron a la tierra con un cuidado que hablaba de respeto, de honor, del profundo sentido de pérdida que había venido con su partida.

El rey se encontraba a la cabecera de la tumba, sus ojos fijos en el suelo, sus manos unidas frente a él. Era joven, demasiado joven para haber conocido Camelot en su gloria, demasiado joven para haber cabalgado con Arturo, para haber conocido a Lancelot como algo más que una leyenda. Y sin embargo, cuando habló, había en su voz una gravedad, un peso que desmentía su juventud.

—Aquí yace Sir Lancelot du Lac —comenzó el rey, su voz clara y fuerte, llegando a los oídos de la multitud reunida—. El más grande caballero de una gran era, un hombre cuyo nombre vivirá en los anales de la historia, cuyos hechos se contarán en canciones y relatos por generaciones. Fue un guerrero sin igual, un hombre de honor, de valor, de lealtad.

Se detuvo, su mirada recorriendo a la multitud, como si buscara las palabras adecuadas, las palabras que pudieran capturar la esencia del hombre que habían perdido.

—Pero era más que eso —continuó el rey, su voz suavizándose—. Era un hombre que amaba profundamente, que entregó su corazón con la misma plenitud con la que empuñó su espada. Su amor por su rey, por su reina, fue tan feroz como su dedicación a la causa de Camelot. Fue un amor que lo definió, que moldeó al hombre en que se convirtió.

El rey dio un paso adelante entonces, su mano descansando en la simple piedra que marcaba la tumba de Lancelot. La piedra estaba sin adornos, salvo por las palabras que habían sido grabadas en ella, palabras que permanecerían como testamento del hombre que yacía debajo.

Aquí yace Sir Lancelot du Lac,
Caballero de la Mesa Redonda,
Campeón del Rey Arturo,
Amante de la Reina Ginebra.
Vivió por la espada,
Murió por la espada,
Y su corazón,
Por siempre,
Perteneció a Camelot.

Las palabras eran simples, pero hablaban de una vida que había sido todo menos eso. Hablaban del amor que había impulsado a Lancelot, el amor que tanto lo había elevado como destruido, el amor que había definido su vida y su muerte.

El rey retrocedió, inclinando la cabeza en un momento de reflexión silenciosa, antes de volverse hacia la multitud reunida.

—Recordémoslo —dijo, su voz llena de reverencia—. No solo como un caballero, no solo como un guerrero, sino como un hombre que amó, que luchó, y que dio su vida por el reino en el que creía.

Y con eso, el entierro se completó. La tierra fue devuelta a la tumba, la piedra colocada en su cabecera, un marcador del hombre que había sido, la leyenda en la que se había convertido.

Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, los caballeros permanecieron un momento más, el rey permaneció, sus ojos fijos en la tumba, en las palabras que habían sido grabadas en la piedra. Era un rey, pero en ese momento, solo era un hombre, de pie en la sombra de un legado que había moldeado el reino que ahora gobernaba.

Se arrodilló, su mano descansando sobre la tierra, y susurró una oración, un último tributo al hombre que había dado su vida para defender un reino, que había amado a una reina con un amor que viviría en la leyenda.

Y luego, con una última inclinación solemne, se levantó y se alejó, dejando a Lancelot descansar, encontrar la paz que había buscado por tanto tiempo.

Camelot lo recordaría, así como recordaría a Arturo, así como recordaría la edad dorada que había pasado. Pero más que eso, recordaría el amor que lo había impulsado, el amor que lo había definido, el amor que lo había hecho, al final, más que solo un caballero.

Y mientras el sol se ponía detrás de la gran torre, proyectando largas sombras sobre el reino en silencio, la tumba de Lancelot se erguía como un símbolo de todo lo que Camelot había sido, y todo lo que aspiraría a ser.

La leyenda viviría, pero el hombre finalmente podría descansar.

* * *

Los años habían pasado suavemente, como las páginas de un libro bien amado. El convento se había convertido en mi mundo, un lugar donde el ruido y el tumulto del pasado se desvanecieron en un recuerdo lejano, dejando solo el tranquilo ritmo de la oración, la reflexión y los días simples y sin preocupaciones. Las hermanas se habían convertido en mi familia, sus voces un telón de fondo reconfortante para la vida que había construido aquí, una vida que, aunque sencilla, me había traído una paz que nunca antes había conocido.

Pero incluso en la quietud, sabía que mi tiempo se acercaba. Podía sentirlo en la forma en que mi cuerpo comenzaba a cansarse con más facilidad, en la forma en que el sueño llegaba a mí más pronto y duraba más, en la forma en que mis pensamientos se deslizaban, sin ancla, hacia el

pasado con más frecuencia que hacia el presente. No era algo que temiera, sino algo que acogía, con la tranquila aceptación que surge de una vida vivida plenamente, una vida que había conocido tanto grandes alegrías como grandes tristezas.

Había hecho las paces con las decisiones que había tomado, con el amor que había compartido, con las pérdidas que habían marcado mi camino. Había encontrado un propósito aquí, en la tranquila vida del convento, en las oraciones que ofrecía por aquellos a quienes había amado, en los simples actos de bondad que llenaban mis días. Y sin embargo, había una parte de mí que aún se aferraba al pasado, que aún conservaba el recuerdo de un amor que había moldeado mi vida de maneras tanto hermosas como trágicas.

Lancelot.

Su nombre se había convertido en una oración en mi corazón, un suave estribillo que susurraba en la quietud de la noche, un recordatorio del amor que nos había definido a ambos. Había rezado por su alma, había pedido por su paz, y al hacerlo, había encontrado la mía. Pero a medida que los días se acortaban, a medida que el mundo a mi alrededor parecía desvanecerse en un suave borrón, me encontraba pensando en él con más frecuencia, no con la tristeza que una vez marcó esos pensamientos, sino con un suave y tranquilo anhelo.

Estaba lista para volver a verlo.

La noche era calma, el aire fresco y fragante con el olor de las flores que florecían justo fuera de mi ventana. El convento estaba en silencio, las hermanas hacía tiempo que se habían retirado a sus camas, dejándome sola con mis pensamientos, con los recuerdos que se habían convertido en mis más constantes compañeros. Me acosté en mi estrecha cama, la manta subida hasta la barbilla, y miré por la ventana hacia las estrellas que titilaban en el cielo oscuro, su luz suave y distante, como los recuerdos que llenaban mi mente.

Podía sentir el cansancio asentándose sobre mí, una suave pesadez que tiraba de mis párpados, que me susurraba de descanso, de un final que no era un final en absoluto, sino un comienzo. Mi respiración era suave, constante, su ritmo me arrullaba en un estado de paz, de aceptación. Cerré los ojos, dejando que la oscuridad me envolviera, soltando el mundo, el convento, la vida que había construido aquí.

Y mientras me deslizaba hacia ese sueño tranquilo y suave, mis pensamientos se dirigieron, como tantas veces lo hacían, hacia Lancelot.

Lo vi en mi mente, no como era en los últimos años de su vida, sino como era cuando éramos jóvenes, cuando nuestro amor era nuevo y feroz y todo lo consumía. Vi la forma en que sus ojos

brillaban cuando me miraba, la forma en que su sonrisa calentaba mi corazón, la forma en que su voz calmaba mis miedos, me hacía creer que el amor podía conquistar todo.

Sentí sus brazos alrededor de mí, sosteniéndome cerca, segura y cálida, un consuelo que había extrañado más de lo que jamás podría expresar. Escuché su voz, un suave susurro en la oscuridad, diciéndome que estaba bien, que era hora de descansar, que me estaba esperando.

Y sonreí.

Fue una pequeña sonrisa, una suave curva de los labios, pero estaba llena de todo el amor, toda la paz, toda la aceptación que había encontrado en estos últimos años. Estaba lista, lista para soltar, lista para volver a verlo, lista para encontrar la paz que nos había eludido a ambos en vida.

—Lancelot —susurré, el nombre una última oración, un último pensamiento, mientras soltaba los últimos restos del mundo, de la vida que había conocido.

Y con eso, me deslicé silenciosamente hacia la oscuridad, mi corazón lleno de amor, mi alma en paz, mi sonrisa aún presente mientras tomaba mi último aliento.

El convento estaba en silencio, la noche no perturbada por mi partida. No había dolor, no había miedo, solo la tranquila y suave liberación de un alma que había encontrado su camino de regreso a casa, que finalmente había encontrado la paz que había buscado durante tanto tiempo.

Las hermanas me encontrarían en la mañana, aún yaciendo pacíficamente en mi cama, la sonrisa aún en mis labios, la calma aún asentada sobre mi rostro. Llorarían por mí, sí, pero también sabrían que había encontrado lo que había estado buscando, que había dejado este mundo con un corazón sin cargas, con un alma libre de arrepentimientos.

Y en algún lugar, en un lugar más allá de este mundo, lo vería de nuevo, al hombre que había sido mi mayor amor, que había moldeado mi vida, que me había esperado en la oscuridad, en la luz, en la paz que ambos finalmente habíamos encontrado.

Y estaríamos juntos, al fin, en un lugar donde el tiempo ya no importaba, donde el amor era lo único que permanecía, donde finalmente podríamos estar en paz.

Y así, con una sonrisa, dejé ir, sabiendo que el final no era un final en absoluto, sino el comienzo de algo nuevo, algo hermoso, algo que había estado esperando por nosotros todo este tiempo.

Enamorados



Hay algo en una buena historia que perdura mucho después de que las personas en ella se hayan convertido en polvo. Está en la forma en que las palabras te envuelven, en cómo resuenan en la mente, en cómo tocan algo profundo en el corazón. La historia de Lancelot y Ginebra era una de esas historias, una historia demasiado hermosa y trágica para ser olvidada, una historia que se convirtió en leyenda.

Comenzó en las pequeñas tabernas llenas de humo del reino, donde los bardos se reunían para cantar a cambio de una comida, para entretener a los viajeros con relatos de heroísmo y amor. La historia de Lancelot y Ginebra no era nueva, no para aquellos que habían vivido el auge y la caída de Camelot, pero sí lo era para quienes solo habían escuchado del reino en susurros y rumores, para quienes anhelaban un vistazo de la edad dorada que una vez existió.

Y así, los bardos empezaron a cantar.

Cantaron sobre Lancelot, el mayor caballero de la Mesa Redonda, un hombre de valentía y habilidad incomparables, cuya lealtad a su rey solo era superada por el amor que albergaba en su corazón por la reina. Cantaron sobre sus batallas, sobre sus victorias, sobre cómo su espada destellaba bajo el sol, derribando a quienes amenazaban la paz de Camelot. Pero más que eso, cantaron sobre su amor, un amor que desafió las reglas de reyes y reinos, un amor que ardió tan intensamente que casi los consumió a ambos.

Cantaron sobre Ginebra, la reina cuya belleza solo era igualada por su sabiduría, una mujer que había capturado el corazón del caballero más poderoso y lo mantuvo incluso cuando el mundo a su alrededor se desmoronaba. Cantaron sobre su gracia, sobre su tristeza, sobre cómo su amor por Lancelot la había elevado y, a la vez, la había pesado, un amor que era tan trágico como verdadero.

Juntos, sus historias se entrelazaron, tejiendo un tapiz de amor y pérdida, de honor y traición, de un reino que brilló tan intensamente antes de desvanecerse en las sombras de la memoria. Los bardos cantaron sobre cómo su amor había llevado a la caída de Camelot, cómo había desgarrado el tejido mismo de la Mesa Redonda, cómo había puesto a prueba los lazos de lealtad y amistad, dejando un reino en ruinas y una leyenda en su lugar.

Pero también cantaron sobre la redención, sobre cómo Lancelot libró sus últimas batallas no por gloria, sino por amor, cómo encontró la paz al final, una paz que lo había eludido en vida pero que se le concedió en la muerte. Cantaron sobre cómo Ginebra, también, había encontrado su propia paz, cómo había amado profunda y verdaderamente, y cómo ese amor había perdurado incluso después de que el mundo que habían conocido desapareciera.

Su historia se convirtió en un símbolo, un cuento de amor caballeresco que trascendió las fronteras del tiempo y el espacio. Era la historia de dos almas que se habían encontrado en un mundo que nunca pudo comprenderlas del todo, un mundo que les había exigido tanto y les había dado tan poco a cambio. Era una historia que hablaba a las partes más profundas del corazón humano, al anhelo por un amor puro y verdadero, incluso cuando es imposible.

Los bardos viajaron de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, sus voces llevando la historia de Lancelot y Ginebra por toda la tierra. La gente escuchaba, cautivada por el romance, por la tragedia, por cómo su amor había desafiado las probabilidades y se había convertido en algo más grande que ellos mismos. La historia de Camelot se desvaneció en la bruma del tiempo, pero la historia de Lancelot y Ginebra permaneció, un hilo brillante tejido en el tejido de la historia.

Los niños crecieron escuchando las canciones, soñando con caballeros y reinas, con un amor tan poderoso que podía derribar un reino. Los amantes susurraban los nombres de Lancelot y Ginebra mientras intercambiaban votos, sus propias historias de amor inspiradas por la leyenda de los más grandes amantes que Camelot había conocido. La historia se convirtió en parte de la cultura, un punto de referencia para aquellos que buscaban comprender las complejidades del amor y el honor, del deber y el deseo.

Con el tiempo, los detalles de sus vidas se desdibujaron, las líneas entre la realidad y la ficción se desvanecieron hasta que lo que quedó fue pura leyenda. Lancelot se convirtió en el arquetipo del caballero caballeresco, su amor por Ginebra un símbolo de los ideales más elevados del amor cortés. Ginebra, también, se convirtió en más que una reina, se convirtió en la encarnación de la belleza, la gracia y la naturaleza trágica del amor que nunca puede realizarse plenamente en este mundo.

Y así, incluso cuando Camelot se convirtió en un recuerdo, un cuento contado a la luz del fuego a quienes quisieran escuchar, la historia de Lancelot y Ginebra vivió. Se susurraba en los pasillos de los grandes castillos, se cantaba en los prados por los pastores, y se recordaba en los corazones de aquellos que anhelaban un amor que pudiera resistir la prueba del tiempo.

Los bardos continuaron cantando, sus voces resonando por toda la tierra, asegurando que la leyenda nunca moriría. Cantaron sobre un caballero que había amado a una reina, que había

pagado el precio más alto por ese amor, y que se había convertido en un símbolo de todo lo que era noble y verdadero en un mundo que había desaparecido hace mucho tiempo.

Y a medida que los años se convirtieron en siglos, a medida que el mundo cambiaba y crecía, la historia de Lancelot y Ginebra permaneció. Se convirtió en parte de la memoria colectiva, una historia que se volvió a contar de innumerables maneras, en innumerables lugares, pero siempre con el mismo núcleo: su amor, su sacrificio, su leyenda.

Lancelot y Ginebra ya no eran solo figuras de la historia, eran mito, eran leyenda, eran los más grandes amantes que Camelot, o cualquier reino, había conocido.

Y así, su historia vivió, un faro de amor y honor, un recordatorio de que incluso en los tiempos más oscuros, hay luz que encontrar en el amor entre dos almas, un amor que trasciende el tiempo, un amor que se convierte en leyenda.

* * *

Hay un momento, justo después de la muerte, en que el mundo que conocías se desvanece, y todo lo que queda es una vasta y tranquila extensión de luz. Es un momento de paz, de liberación, cuando las cargas de la vida se levantan de tus hombros, cuando el peso del pasado se desliza como un sueño olvidado. Y en ese momento, solo queda el amor.

Había vivido una vida llena de amor, y pérdida, y la búsqueda de redención. Había conocido una gran alegría y una profunda tristeza, había amado con un corazón que estaba a la vez lleno y roto. Pero al final, cuando di el paso hacia esa luz final, todo eso se desvaneció, dejando solo la esencia pura e imperecedera del amor que había llevado conmigo a lo largo de todos esos años.

Lancelot.

Su nombre fue lo primero que pensé al cruzar el umbral hacia el más allá, el primer susurro de un nuevo comienzo en un lugar donde el tiempo ya no tenía poder. Era como si el núcleo mismo de mi ser hubiera estado esperando este momento, la oportunidad de estar con él de nuevo, de encontrar la paz que a ambos nos había sido negada en vida.

La luz a mi alrededor era suave, cálida, envolviéndome en una sensación de calma que iba más allá de cualquier cosa que hubiera conocido. Era un lugar de belleza tranquila, de posibilidades infinitas, donde el dolor y la tristeza del mundo no podían alcanzarme. Y, sin embargo, mientras estaba allí, bañada en ese suave resplandor, no sentí miedo, ni ansiedad, solo la profunda y firme certeza de que no estaba sola.

Me volví, y allí estaba él.

Lancelot.

Era tal como lo recordaba, aunque de alguna manera más… más real, más completo, como si el hombre que había sido en vida solo hubiera sido una sombra de la verdad. Sus ojos brillaban, claros, libres de las cargas que lo habían agobiado durante tanto tiempo. Su sonrisa era cálida, acogedora, llena de un amor que nunca se había apagado, que nunca había flaqueado, incluso cuando el mundo había intentado separarnos.

—Ginebra —dijo, su voz suave, reverente, como si apenas pudiera creer que yo estaba allí, frente a él. Era una voz que había añorado escuchar, una voz que me había susurrado en sueños, que me había llamado a través de los años.

—Lancelot —respondí, con el corazón hinchado de alegría por verlo de nuevo, por estar con él en un lugar donde nada podría separarnos otra vez.

Nos acercamos el uno al otro, como atraídos por una fuerza mayor que nosotros mismos, una fuerza que siempre había estado allí, guiándonos, incluso cuando nos habíamos perdido en el mundo. Y cuando finalmente estuvimos cara a cara, lo suficientemente cerca para tocarnos, fue como si los años se desvanecieran, como si todo el dolor, todo el anhelo, todo el arrepentimiento no hubieran sido más que una tormenta pasajera, dejando tras de sí un cielo claro y sereno.

Extendió la mano, su palma cálida y firme mientras acariciaba mi mejilla, su toque enviando una ola de calor a través de mí que era tanto familiar como nueva, un recordatorio del amor que habíamos compartido y una promesa del amor que ahora sería nuestro para siempre.

—He esperado por ti —dijo, su voz cargada de emoción, sus ojos brillando con una luz que coincidía con el resplandor a nuestro alrededor—. Sabía que vendrías.

—Y yo sabía que estarías aquí —respondí, mi propia voz temblando con el peso de todas las emociones que habían estado contenidas durante tanto tiempo—. Te he extrañado, Lancelot. Más de lo que puedo expresar.

Sonrió entonces, una sonrisa que contenía todo el amor, toda la alegría, toda la paz que ambos habíamos buscado durante tanto tiempo.

—Ahora estamos juntos —dijo suavemente—. Y nada nos separará nunca más.

Sentí las lágrimas brotar de mis ojos, lágrimas de felicidad, de alivio, de un amor que había perdurado más allá de los límites del tiempo y el espacio.

—Te amo —susurré, las palabras fluyendo de mí con una verdad que iba más allá de cualquier cosa que hubiera conocido—. Siempre te he amado.

—Y yo siempre te he amado —respondió, su voz firme, segura, mientras me atraía hacia sus brazos, sosteniéndome cerca, como si temiera soltarme.

Pero no había necesidad de temor, ni de preocupación. Estábamos aquí, en un lugar donde el amor era lo único que importaba, donde el mundo no podía tocarnos, donde la paz que habíamos buscado durante tanto tiempo finalmente era nuestra.

Nos quedamos allí, envueltos en los brazos del otro, la luz a nuestro alrededor creciendo más brillante, más cálida, como si fuera un reflejo del amor que llevábamos dentro. No había palabras, no las necesitábamos, ya que el silencio entre nosotros estaba lleno de la comprensión de que siempre habíamos estado destinados a esto, que nuestro amor había sido un faro que nos había guiado a través de los tiempos más oscuros, llevándonos a este momento, a este lugar, donde finalmente podíamos estar juntos.

En esa luz, en ese calor, sentí que todo se desvanecía: los arrepentimientos, las tristezas, los errores. Todo lo que quedaba era el amor, puro y verdadero, intacto por el mundo, inalterado por el tiempo. Y en ese amor, encontré la paz que siempre había sabido que me esperaba.

Caminamos juntos a través de la luz, nuestras manos entrelazadas, nuestros corazones finalmente en reposo. No había necesidad de mirar atrás, no había necesidad de pensar en lo que había sido, porque habíamos encontrado lo que habíamos estado buscando todo el tiempo.

Y mientras avanzábamos, hacia la infinita extensión de luz y amor, supe que esto no era el final, sino el comienzo. El comienzo de un amor que duraría para siempre, inquebrantable, eterno, como siempre había estado destinado a ser.

Juntos, habíamos encontrado nuestro capítulo final, y era más hermoso, más perfecto, de lo que podríamos haber imaginado.

Y así, con una sonrisa en los labios y su mano en la mía, dejé atrás el pasado y di un paso hacia el futuro, sabiendo que aquí era donde siempre debíamos estar.

Juntos, para siempre, enamorados.